

BO KISS



*Atlas
de cristal*

Carol S. Brown

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2019

© 2019 Carol S. Brown
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)
[Nota del Editor](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Epílogo](#)
[Nota de la autora](#)
[Agradecimientos](#)

A mi padre.

La música expresa aquello que no puede decirse con palabras pero no puede permanecer en silencio.

Víctor Hugo

Prólogo

Londres, enero de 1840

El día en el que *lady* Rosalie Ridgeway conoció a Simon Daventry, cumplía siete años. Una semana atrás, después de superar un incómodo y aburrido viaje en carruaje que había durado días, llegó por fin a Londres, procedente de la casa solariega que el marquesado Blackmore tenía en el campo. La casa de campo había sido su hogar desde que nació, así que era la primera vez que la pequeña Rosalie pisaba la capital y, por lo que había oído comentar a los miembros del servicio, a partir de aquel momento toda la familia pasaría largas temporadas allí.

Su padre y su madre se habían acostumbrado rápido a la nueva casa, dado que no era la primera vez que vivían allí, pero ella no había tenido tanta suerte. No le gustaba nada Londres. Demasiadas casas y ruido que no se parecía en nada al canto de los gorriones que escuchaba en el campo. Quería volver allí, donde podía correr por los terrenos del marquesado sin que nadie la reprendiese. La primera vez que lo había intentado, recorriendo los jardines que rodeaban Blackmore House, su madre la había regañado con dureza. Le recalcó que ya era mayor para comprender que las damas no corrían como salvajes, y menos donde cualquiera pudiera verla. Rosalie estuvo a punto de manifestar que ella no era una dama, pero sabía que su réplica no sería bien recibida.

No, no le gustaba Londres.

Pero esa certeza, que parecía inamovible en su mente, cambió en cuanto conoció a sus vecinos. A uno de ellos en realidad.

Sus padres decían que los Daventry eran una familia importante, un rico marqués con tres hijos y dos hijas. Rosalie era hija única y estaba acostumbrada a estar sola, pero tenía la esperanza de que alguna de las niñas quisiese jugar con ella. Sin embargo, era muy tímida y no era capaz de llamar a la puerta de al lado y presentarse como era debido. Habían recibido una invitación para tomar el té y su madre la había aceptado de buen grado —según ella, lo contrario sería una enorme falta de educación—, pero Rosalie no sabía si quería acompañarla. Seguramente se le trabaría la lengua y todos pensarían que era tonta y que no sabía hablar.

Aquella mañana de finales de enero, estaba en el jardín porque el sol se había asomado entre las nubes y hacía que el frío cortante de Inglaterra fuera algo más soportable. Había huido de su institutriz con menor culpabilidad que entusiasmo, y estaba persiguiendo una mariposa de alas blancas que revoloteaba cerca de las flores que con tanto esmero cuidaba el jardinero. Pensó que le gustaría volar como la mariposa para poder saltar la valla del jardín y salir a ver mundo. Su madre no le había dicho que las damas no pudiesen volar.

La pequeña mariposa se paró encima de una preciosa rosa roja y Rosalie se acercó lentamente para intentar tocarla. De repente, una voz la sobresaltó, provocando que sacudiese la flor y la mariposa saliese volando de nuevo.

—¿Sabes que las mariposas son muy frágiles? —dijo la voz, con un evidente tono de crítica.

Rosalie miró a su alrededor, desconcertada, pero no vio a nadie.

—Aquí arriba.

Levantó la cabeza y vio a un niño encaramado a un gran árbol del jardín vecino, cuyas gruesas ramas se internaban en el de Rosalie. Parecía algo mayor que ella y la miraba con seriedad, sentado perezosamente en una de las ramas más gruesas y altas. Tenía los ojos claros, el pelo castaño y una enorme mancha de barro en la mejilla derecha. Aunque iba correctamente vestido, las prendas estaban arrugadas y sucias, como si hubiese estado revolcándose por el suelo. Rosalie lo observó con una mezcla de temor y curiosidad. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí mirándola? Sintió la enorme necesidad de alisarse las faldas de su vestido de lana azul, pero se clavó las uñas en las palmas para no hacerlo.

Al ver que ella no respondía, el niño siguió hablando.

—Podrías haberle roto un ala —lo dijo con censura, sus ojos acusadores. Fue esa mirada la que consiguió que la indignación sobrepasase su timidez.

—¡N-no iba a hacerle d-d-daño! —replicó Rosalie enfadada—. Y, tú, no deberías e-espiar a la gente.

El niño le dedicó una sonrisa burlona, como si su tartamudeo le pareciera gracioso. Sintió que el calor inundaba sus mejillas y se sintió pequeña. Sin embargo, el niño no hizo ningún comentario al respecto.

—El árbol está en mi jardín, así que puedo estar aquí si quiero.

Así que él era uno de los hijos de los vecinos, pensó Rosalie de repente. Su timidez volvió y no pudo responder nada más. Acobardada por aquel niño, sintió ganas de llorar por no ser capaz de echarlo de allí. Así que, enfadada consigo misma, no se le ocurrió otra cosa y dio media vuelta en dirección a la casa. Mejor irse en silencio que quedar como una tonta.

Estaba claro que no podría ser amiga de sus vecinos. No tenía las habilidades sociales suficientes, esas que su institutriz intentaba inculcarle sin éxito. Por mucho que la castigara, cuando se hiciese mayor y debutase no sería capaz de desenvolverse en sociedad como debería hacerlo una dama.

Sin embargo, antes de dar un paso más, su voz la detuvo.

—Ey, *Mariposa* —la llamó. Rosalie se dio la vuelta, pensando en que, si ella saludase a alguien de esa forma, su madre la castigaría por toda la eternidad—. Mi nombre es Simon. ¿Y el tuyo?

La niña se dio cuenta de que él ya no la estaba mirando de forma burlona, sino que ahora sus ojos eran más amables. Por la distancia no podía verlos bien, pero la luz del sol los hacía parecer muy claros. ¿Sería verdad que no le importaba su tartamudeo, ese que tanto censuraban su madre y su institutriz? Ellas siempre le decían que las damas tenían que hablar correctamente si querían ser aceptadas.

Algo suspicaz, se armó de valor para responderle.

—R-rosalie.

Simon sonrió, esta vez más ampliamente.

—Me gusta más Mariposa —respondió contento.

Dicho esto, bajó con agilidad del árbol y desapareció en el interior de su jardín, dejando a Rosalie anonadada. La niña no supo entonces que aquel encuentro iba a ser tan importante para ella.

¿Quién podría imaginarlo?



Londres, marzo de 1850

La ceremonia anual que se celebraba en Buckingham Palace era todo un despliegue de encajes, volantes y riqueza aristocrática. Las debutantes que iban a ser presentadas en sociedad en la próxima temporada debían presentarse ante la reina Victoria con una reverencia, y aquello era todo un honor y un privilegio.

Esperando en la antesala al salón del trono, donde la reina y el príncipe Albert ya comenzaban a recibir a las primeras chicas, los nervios espesaban el ambiente. Todas las jóvenes casaderas, vestidas con sus mejores atuendos blancos, esperaban su turno junto a sus madrinas, que las habían enseñado durante años a caminar erguidas, bailar correctamente y a comportarse con una cortesía intachable para llegar a ser un buen partido con el que contraer matrimonio. Algunos hombres, bien porque eran padres, hermanos o simples nobles solteros, esperaban en la sala contigua para observar a las nuevas debutantes, con las que podrían casarse si así lo deseaban cuando comenzara la temporada.

Por supuesto, nadie preguntaba a las muchachas si ellas querían ser esposas y madres. Era algo que simplemente se daba por hecho.

Su madre, como no, era su madrina. Rose había batallado con todas sus fuerzas para no ser una más de aquel rebaño de muchachas chillonas y nerviosas, pero era una guerra perdida de antemano. Por suerte, había llegado a un acuerdo con su madre después de mucho discutir: ella sería instruida para el matrimonio sin rechistar a cambio de que se le permitiese seguir con sus clases de violín. En opinión de su madre, la música era una pérdida de tiempo, pero claudicó cuando Rose alegó que saber tocar un instrumento nunca estaba de más en una buena anfitriona. Gracias a Dios, la pudo convencer o se habría vuelto loca.

Sin embargo, aquella promesa de sumisión le pesaba muchas veces. Como en ese momento. El agobio que sentía en su pecho amenazaba con aplastarla y hacerla pedacitos.

—¿Cómo se encuentra, querida? —La condesa de Farrell, se había acercado para saludarla. Vestía de forma recargada, a la última moda. Su pelo rubio estaba estrictamente recogido en un moño tirante. No solían tratar mucho, pero su madre la criticaba cada vez que tenía ocasión. Era algo habitual entre la clase alta: falsedad y apariencias—. Nos ha hecho un día espléndido para la presentación en la Corte, ¿no cree?

Su madre asintió con cortesía y esbozó una sonrisa educada, aunque Rose notó un rictus tenso en su huesuda mandíbula. La joven fingió colocarse mejor la impecable mantilla que llevaba sujeta al cabello para disimular su animadversión. La condesa ya había presentado en sociedad a su hija, pero era de las que no se perdía ningún evento al que fuera invitada. Nada era demasiado con tal de conseguir su dosis de cotilleos.

Si hubiese alguna clase de revista o panfleto que publicase dichos rumores y noticias, la condesa sería la primera suscriptora. Y su madre la segunda.

—Estoy de acuerdo, aunque en mi opinión hay demasiada gente. —La condesa apretó los labios y fingió que no había entendido la indirecta de su madre, que le recordaba que ella, al ser marquesa, tenía más derecho a estar bajo el mismo techo que la reina de Inglaterra. La mujer la

señaló y Rosalie se puso tensa—. Permítale que le presente a mi hija, *lady* Rosalie Ridgeway.

—Es un placer conocerte, querida. —La mujer le dedicó una mirada evaluadora que la incomodó. Sus ojos azules eran críticos; nada amables—. Llevas un vestido precioso. Recuerdo que mi hija, *lady* Cynthia, portaba uno parecido cuando debutó. Era la más guapa del salón.

Rose notó cómo el calor se instalaba en sus mejillas y el nudo que tenía en la garganta se le hacía mucho más grande y apretado. Comenzó a ahogarse y tuvo que respirar con rapidez para poder hacer llegar el oxígeno a sus pulmones a través del apretado armazón que era el corsé. Trató de abrir la boca para responder, pero tenía la boca seca. Vio que la mujer comenzaba a fruncir el ceño, pues ya debería haberle dado una respuesta apropiada, tal y como dictaba el protocolo. Fue la dura mirada de su madre lo que consiguió que pudiese arrancar las palabras.

—En-encantada de conocer-la, condesa. —Articuló como pudo—. Est-t-toy segura de que su hija iba pre-preciosa.

Decir aquello le había costado un mundo y era evidente que la condesa pensaba que tenía alguna especie de retraso. Rara, poco inteligente, inadecuada... Los pensamientos se reflejaban en su rostro. Eso provocó que su timidez y ansiedad se incrementaran, dejándola exhausta.

Por suerte, su madre acaparó la conversación, no sin antes lanzarle una mirada llena de reproche. Se parecían físicamente, pero sus caracteres eran incompatibles. Tuvo ganas de llorar y deseó parecerse más a ella para sobrevivir a aquello con dignidad. Si iba a ser así a partir de ese momento, lo único que quería era desaparecer. No iba a poder atraer a ningún posible pretendiente. Pensó en Simon y deseó que estuviese allí para apoyarla.

Iba a ser un debut infernal.

Cuando ya iban de vuelta a casa en el carruaje, Rose analizó mentalmente su presentación ante la reina y concluyó que tampoco había ido tan mal. Al fin y al cabo, pudo hacerle una reverencia perfecta sin caerse.

Su madre, claro, no era de la misma opinión.

—Has hecho el ridículo delante de *lady* Farrell —le decía en esos instantes con dureza. Le colocó un bucle castaño detrás de la oreja con escaso cuidado—. Tienes que hablar cuando se dirijan a ti, te lo he dicho millones de veces.

Para ella era muy fácil; no tenía ningún problema para socializar. No entendía que, para ella, el entablar una conversación era como empujar la piedra de Sísifo: una vez que creía que podría lograrlo, la piedra la arrastraba a la casilla de salida.

—Pensaba que los hombres preferían que sus mujeres no hablaran —replicó con sequedad—. ¿No es eso lo que quieren todos? ¿Una mujer florero que cuelgue de sus brazos?

La marquesa la miró con frialdad y una pizca de decepción.

—Depende del hombre y de la mujer que lo acompañe; las apariencias engañan muchas veces —admitió haciendo una mueca, como si le doliera admitirlo—. Pero primero necesitas encontrar marido y no lo vas a lograr con esa actitud.

¿Acaso alguien se había molestado en preguntarle con quien quería casarse?

Capítulo 1

¡Bienvenidos de nuevo, queridos lectores! No sé ustedes, pero yo estoy deseando que comience la temporada para que Londres vuelva a animarse y así escribir cada semana. ¡Sé que me echan de menos tanto como yo a ustedes!

Como ya saben, la mayoría de la aristocracia pronto viajará a sus casas de campo hasta enero. Menos mal que los ingleses adoran reunirse incluso cuando están fuera de Londres. ¿Qué haría yo sin cotilleos? Y, lo que es más importante, ¿qué harían ustedes sin ellos?

Ahora que ya estamos en noviembre, comenzarán a llegar las consabidas invitaciones para los bailes de Navidad. Por mencionar las más importantes: en Devon están los Harshmar, donde se rumorea que habrá una estúpida, inútil y absurda estatua de hielo de dos metros con la que solo se busca presumir; en Yorkshire se celebra la fiesta de los Harlock, cuyos eventos nunca decepcionan; y en Bedfordshire están los Daventry. De esta última todavía no sabemos nada, pero estoy segura de que pronto lloverán las invitaciones. ¿Quiénes serán los privilegiados que puedan acudir a la maravillosa Lily Manor? Ahora que la marquesa viuda ha casado a su hijo mayor, estará muy motivada para seguir con el resto de la prole. ¿Tendrá éxito? No sería la primera vez que se forman matrimonios fuera de la temporada.

Si siguen leyéndome, serán los primeros en enterarse, queridos lectores.

De la columna de *The Golden Swan*,
4 de noviembre de 1854.

Londres, Satherton House

La hora del té era una tradición sagrada entre los británicos, pero en casa de los Daventry no se solía practicar con mucha diligencia. Y, si se hacía, era porque tenían una visita o los miembros de la familia querían reunirse para conversar. Al igual que sus cuatro hermanos, Simon solía aparecer en el salón a la hora convenida si le apetecía y, si se alineaban los suficientes astros, podía encontrarse a uno o dos miembros de la familia. Otras veces no había nadie, ni siquiera la marquesa viuda.

Era un sistema muy eficaz que les había funcionado durante años. Si alguno de ellos no tenía ganas de hablar, era libre de encerrarse en sí mismo para no enterrar al resto bajo su mal humor. Si algún día tenía familia propia, Simon pensaba llevarse esa tradición a su casa.

Sin embargo, aquella vez tenían una visita y todos los residentes de la casa estaban obligados a asistir. Todos a los que les importase un mínimo las normas de cortesía o, en su defecto, a los que quisiesen evitar el sermón que más tarde les echaría su madre si no se dignaban a aparecer.

Simon era más partidario de la segunda opción.

Observó el despliegue habitual que se organizaba para tomar el té: el aparador estaba repleto de todos los utensilios necesarios para que cada invitado se preparase su bebida —jarrita de leche, limón cortado en rodajas, azucarero, tetera y cafetera para los que prefiriesen café, como él y Sophie— y la mesita donde descansaban las tazas y dos bandejas de tres pisos llenas de dulces y pastas. Los sándwiches no estaban teniendo mucho éxito aquella tarde, pero los lacayos habían tenido que reponer las galletas dos veces. La mayoría desaparecía gracias a Gwen.

A pesar de que las mujeres debían tomar el té con guantes, la reunión era informal y de confianza, por lo que todas se habían librado de ellos. Además, Simon había escuchado decir a sus hermanas alguna vez que la mejor parte de organizar una fiesta del té era que no tenían por qué llevar corsé. Simon imaginó aquel armazón restrictivo y estrangulador y no pudo estar más de acuerdo con ellas.

—Qué poco queda para Navidad. —La marquesa viuda, *lady* Olivia Satherton, suspiró con una extraña mezcla de nostalgia y tristeza. Por aquellas fechas, era cuando más echaba de menos a su marido. Era una época feliz, pero también cuando más dolían las ausencias.

Simon se levantó para servirse un poco más de café, por lo que no vio a su hermana Sophie poner los ojos en blanco, dispuesta a morder el cebo y a participar en la conversación que tan sutilmente había iniciado su madre.

—Estamos a principios de noviembre. ¡Quedan siglos!

—Seis semanas no son siglos, querida Sophie —intervino la marquesa de Blackmore, dispuesta a romper una lanza a favor de su compañera de tropelías. Sus ojos castaños reflejaban el entusiasmo propio de las matronas cuando intuyen una oportunidad de hacer de las suyas—. Hay mucho que preparar y muy poco tiempo.

Rosalie le lanzó una mirada de complicidad y Simon tuvo que ocultar una sonrisa detrás de su taza. Gwendolyn, por su parte, siguió bebiendo té y comiendo galletitas a dos carrillos, demostrando que la conversación le importaba bien poco, al igual que el mantener los modales. Su hermana pequeña aprovechaba al máximo la falta de corsé, desde luego.

—Este año puedes ayudarme a organizarlo todo, ya que os quedáis con nosotros en Lily Manor. —Olivia miró a la mujer, que asintió con entusiasmo.

—Oh sí, deberíamos pensar ya en el menú para la cena y... —comenzó una diatriba sobre

adornos, comida y demás cosas que lo aburrían soberanamente.

Los Ridgeway eran grandes amigos de la familia desde hacía años y los tres habían sido invitados a pasar unas semanas en la casa solariega de los Daventry, Lily Manor, mientras Blackmore Park, la propiedad en el campo del marquesado, era reformada. La estructura había cedido en el ala oeste, acabando con la mitad de la casa. Por suerte, nadie había resultado herido, pero la propiedad era un absoluto desastre, así que su madre los había invitado a viajar con ellos en diciembre y alojarse con la familia hasta que tuvieran que volver a Londres para la temporada o hasta que todo estuviese arreglado, lo que pasase primero.

—*Lord Blackmore* marcha mañana, querida —respondió la marquesa en ese momento a algo que le había preguntado su madre.

El marqués era un hombre afable y retraído, que no se dejaba amilanar porque la estructura de su propiedad más importante estuviese hecha de papel mojado y ya estaba organizando los preparativos para marchar a supervisar la obra. Algunos tenían más suerte que otros.

Ojalá se llevase a su esposa con él.

—Rosalie, siéntate derecha —le murmuró con rudeza a su hija, que estiró la espalda de inmediato de forma antinatural e hizo una mueca que procuró que su madre no viese—. Te he dicho muchas veces que una dama no deja que su espalda toque el respaldo de la silla.

Simon se mordió la lengua con mucho esfuerzo para evitar decirle cuatro verdades a *lady Blackmore*. Rosalie era su mejor amiga desde hacía muchísimos años y no conocía a nadie que se hubiese esforzado más por cumplir las exigencias de su madre, pero nunca era suficiente. Siempre estaba reprendiéndola por algo y no le importaba que hubiese gente delante. Era realmente odiosa.

Vio a Gwen poner los ojos en blanco y asegurarse de que su espalda se estrellase contra la silla de la forma más dejada posible. Todo esto sin dejar de comer. El joven fingió toser para disimular una carcajada.

—¡Gwendolyn! ¡No te comas todas las galletas! —Su madre acabó con el tenso momento que habían vivido.

—*Efqueftán* muy *buenaf*. —Hablar con la boca llena no era el *summum* de la cortesía, pero a Gwendolyn le solía importar el protocolo tanto como a él el proceso del barbecho. Simon estaba seguro de que su debut iba a ser de lo más entretenido.

—Hay que invitar a muchos jóvenes al baile de Navidad. —*Lady Blackmore* seguía en sus trece—. Pero sin que se note demasiado.

Ahora fue el turno de Rosalie de poner los ojos en blanco y Simon entendía bien por qué. Sus respectivas madres siempre aprovechaban cualquier oportunidad para buscarles marido o esposa, hecho que molestaba a todos. No habían tenido éxito todavía, exceptuando la reciente boda de Gabriel, aunque pare ser justos ninguna de las dos mujeres había tenido papel en aquella historia. Pero eso no significaba que fueran a rendirse sin luchar hasta el último aliento.

Cuando una madre quería casar a sus hijos e hijas, nadie la paraba.

—Ya se encargará *The Golden Swan* de que se note. —Gwen rio tras zamparse otra galleta.

Era la única que había heredado el cabello rojo de la marquesa viuda, además del buen estómago que tuvo su padre en vida. Los demás se parecían físicamente al anterior marqués —cabello castaño y ojos claros—, aunque sus caracteres no podrían ser más distintos. Era sorprendente que los cinco se llevaran tan bien.

—Y también a muchas damas —intervino su madre, como si la joven Daventry no hubiese

hablado—. Todavía tengo dos hijos solteros.

Simon maldijo en voz baja.

—Espera a que Michael vuelva de su viaje y así nos fastidias a los dos, madre. —Esbozó una sonrisa fingida—. No puedo ser el único que sufra.

Olivia le lanzó una mirada suspicaz que le dio a entender que se aseguraría por todos los medios de que Michael asistiese a la fiesta de Navidad. De repente, temió por su propia integridad.

Sophie, que por una vez no era el centro de atención, aprovechó para marcharse alegando que tenía que escribir unas cartas urgentes. Una excusa como cualquier otra para librarse de la pesca matrimonial. Para Simon solo era una forma de retrasar lo inevitable.

Y su madre lo sabía.

—¡No me olvido de ti! —le gritó Olivia a su hija mayor cuando ya subía las escaleras.

Sophie prefirió ignorarla, algo bastante inteligente si alguien le pedía su opinión. Simon la siguió con la mirada hasta que la tela de su vestido azul desapareció en lo alto de la escalera. Por otro lado, y tras llenar el bolsillo del vestido con las galletas restantes sin que su madre la viese, Gwen se dirigió a su sala de dibujo, de donde saldría con manchas de pintura por todas partes. Simon decidió que era el momento de hacer una escapada inteligente.

—Rosalie —dijo con calma—. Creía que tenías que enseñarme la nueva pieza que habías ensayado al violín.

Su amiga, afortunadamente, lo entendió en el acto.

—Oh, sí —respondió con una sonrisa—. Vamos a la sala de música.

No tuvo que decírselo dos veces. Simon se levantó como un resorte y le ofreció el brazo a Rose, que se apoyó en él para marcharse de allí con toda la dignidad que fueron capaces de reunir a sabiendas de que estaban huyendo como cobardes y sus madres eran conscientes de ello.

Por suerte, cuando cerraron la puerta de la salita Simon escuchó cómo volvían al tema del baile. Los habían dejado marchar en paz por el momento.

Habían sobrevivido a una batalla, pero no estaba seguro de que pudiesen ganar la guerra.

Claro que él tenía sus propias batallas que librar y estaba perdiendo terreno a marchas forzadas.

Capítulo 2

Blackmore Park, 3 de mayo de 1849

Querido Simon:

Te escribo desde la casa de campo. Mi institutriz me acompaña, puesto que mis padres están en Londres pasando la temporada. Por suerte, he protestado lo suficiente para que me permitan quedarme aquí. Sabes que lo prefiero a la concurrida ciudad. En realidad, las damas no protestan, muestran su descontento con cortesía, pero sé que me guardarás el secreto.

Mi padre me comprende, pero mi madre se pregunta a todas horas cómo es posible que haya tenido una hija tan poco sociable. Quizá, si hubiesen podido tener más hijos, no me dedicaría tanta atención y me dejaría respirar. Está deseando que debute, pero a mí me parece más la llegada de una tortura.

Te echo de menos. ¿Qué tal todo por Eton? Imagino que te dedicarás a hacer trastadas con tu amigo Rhys. Perteneces al grupo de los alumnos mayores y deberías dar ejemplo. Sé que vas a hacer como si no hubiese dicho nada, pero tengo que intentarlo.

Mi profesor de violín está muy contento conmigo. La próxima vez que nos veamos, tocaré para ti. ¿Me acompañarás al piano?

Cuídate mucho.

Rose

—Gracias por sacarme de ahí —susurró Rose en cuanto llegaron a la sala de música—. Estaba esperando que mi verdugo se dirigiera a mí para dictar sentencia.

Simon sonrió y dejó la puerta entornada. Por muy amigos que fuesen, no podían quedarse a solas en una habitación cerrada. Por suerte, hacía ya mucho tiempo que habían decidido dejar de supervisarlos con la condición de que estuviesen a la vista en todo momento.

Era exasperante hasta decir basta. ¿Qué creían que iba a pasar? Rose podía responder a la pregunta sin dudarle un momento: nada.

Simon no la veía de ese modo.

—Lo he hecho también por mí —bromeó él—. He limitado los sermones de mi madre a dos a la semana y pienso cumplirlo a rajatabla.

La joven rio y se acercó a un rincón de la sala, donde su violín descansaba sobre un apoyo. Lo había llevado con ella, para disgusto de su madre, pero nunca desaprovechaba la oportunidad de practicar en Satherton House; la acústica era mucho mejor que la de su casa. Abrió la funda y sacó su preciado instrumento, que le había regalado su padre años atrás. Lo cuidaba con mimo; era su mayor tesoro.

—Esas partituras no las había visto yo.

Rose se sobresaltó. No había sentido a Simon a su espalda, que miraba los papeles que también guardaba en la funda. Era una partitura a medio hacer y se apresuró a cerrar la tapa antes de que su amigo pudiese cogerla.

—¿Por qué no puedo verla? —preguntó haciendo un mohín.

Estaba tan adorable que Rose no pudo más que sonreír.

—No hasta que esté terminada. —Lo señaló con un dedo acusador—. Promete que no vas a husmear.

Simon levantó las manos en son de paz.

—Te doy mi palabra de caballero —prometió con sinceridad y ella se relajó un tanto—. Pero estoy deseando oírte tocar tu nueva obra.

—Si la termino —murmuró ella.

Era una partitura muy personal, pero le aterraba no poder terminarla como tantas otras obras inacabadas que se habían quedado en el cajón. Sin embargo, aquella pieza quería terminarla, porque era la que se estaba llevando gran parte de su corazón.

Simon le alzó la barbilla con la mano y le sonrió.

—Lo harás.

Rose no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Serás el primero en saberlo. —La joven rio—. Y el único.

—Me siento un privilegiado —afirmó con rotundidad—. Hasta que encuentres un marido que te aleje de mí.

Lo último lo dijo con cierto dramatismo, pero Rose arqueó una ceja, disimulando el pinchazo de dolor que acababa de atravesarle el pecho. Era evidente que ni siquiera contemplaba la posibilidad de ser el marido.

—Dado que la próxima temporada será la última antes de que me consideren oficialmente una mujer florero, eso no me preocupa.

Rose guardó su violín de nuevo, se le habían quitado las ganas de tocar. Se sentó en una de las sillas de la sala de música y, como una muda rebeldía hacia su madre, lo hizo apoyando la espalda en el respaldo.

Cuatro temporadas... Y solo había recibido un par de proposiciones nada atractivas. Por suerte, su padre no había consentido casarla con cualquiera y su madre consideraba que podía aspirar a algo mejor. Sin embargo... ¿cuánto tardarían en cambiar de opinión al ver que aquella temporada Rose tampoco sería capaz de atraer a ningún hombre? Su timidez le impedía llevar una conversación fluida y cortés con un caballero que estuviese mínimamente interesado. Siempre acababa diciendo algo inapropiado —o tartamudeando sin control— y, dada la rigidez del protocolo inglés, aquello no era muy difícil. A aquel paso, acabaría solterona o la obligarían a casarse con un hombre que no le haría el mínimo caso, interesado solo en su dote.

Quizá aquello era preferible a seguir sufriendo por alguien al que no podía tener. Así, cabía la posibilidad de que pudiese olvidarse de él. Aunque, siendo sincera consigo misma, lo veía improbable.

Simon la miró como si fuese un niño pequeño con un berrinche.

—¿Tengo que decirte por qué cualquier hombre sería afortunado por casarse contigo? —No aguardó a que respondiese, sino que comenzó a enumerar con los dedos—. Eres inteligente, buena persona, tocas el violín de maravilla...

Rose puso los ojos en blanco.

—Tampoco de maravilla.

—No me interrumpas. —Simon la cortó con un ademán de la mano—. Compones tu música,

juegas al *bridge* mejor que muchos en esta ciudad y, por supuesto, eres preciosa...

La joven casi se atraganta con su propia saliva. ¿Qué?

—¿Preciosa? —repitió sin dar crédito.

El pulso se le disparó.

Simon se acercó a ella y la ayudó a ponerse de pie, quedándose frente a frente. Su mirada grisácea era penetrante cuando respondió, como si tratase de decirle muchas más cosas de las que podía pronunciar en voz alta.

—Por dentro y por fuera.

«No te hagas ilusiones», arguyó una vocecita en su cabeza, demasiado racional para su gusto. «Solo lo dice porque eres su amiga».

Pero su corazón era incapaz de obedecer a su razón y latía por él. Por su proximidad y por la forma en la que la miraba, como si conociese su interior mejor que ella misma.

—Exagerado —se burló, tratando de romper aquel momento antes de volverse loca. Se encogió de hombros despreocupada y se alejó de él unos pasos, tirando con nerviosismo de las mangas de su vestido burdeos—. En realidad, es el dinero de mi padre lo único que les importa.

Trató de sonar despreocupada, pero no estaba segura de haberlo engañado.

Simon frunció el ceño.

—No me gusta que te menosprecies, Mariposa.

Rose puso los ojos en blanco.

—¿Por qué sigues llamándome por ese ridículo apodo? —preguntó para cambiar de tema.

Él se encogió de hombros y se sentó de forma despreocupada en la banqueta del piano.

—Te quejas, pero ambos sabemos que te encanta, *Mariposa* —rebató poniendo especial énfasis en la última palabra.

Rose no respondió, pero ambos sabían que tenía razón. Aquel apodo simbolizaba el día que comenzó su amistad. Independientemente de lo que sintiera por él, Simon era una de las personas más importantes de su vida y aquel apodo era algo especial entre ambos, pues solo la llamaba así cuando estaban a solas.

Tenía razón: le encantaba. Aunque nunca iba a admitirlo, claro.

—Ven aquí —la instó él, repentinamente serio.

Ella se sobresaltó levemente ante la intensidad de su mirada.

—¿Para qué? —preguntó con cautela mientras se aproximaba a él despacio.

Cuando la cogió de la mano, Rose se esforzó por contener un respingo. ¿Por qué no podía comportarse con él de forma normal? ¡Era su mejor amigo, por el amor de Dios!

—Vas a aprender a tocar el piano —afirmó, arrastrándola sin esperar respuesta—. Te debo mis enseñanzas desde hace mucho.

Simon se sentó correctamente en la banqueta y la instó a apoyarse sobre sus piernas. Rosalie aguantó la respiración, tensa como el arco de su violín, pero no dijo nada mientras él le cogía las manos y las ponía sobre las teclas.

Si alguien entraba y los veía, no habría puerta entornada que los salvase.

Él debió de notar su incomodidad, por lo que le dio un suave apretón en la cintura, tratando de relajarla. No sabía que en realidad estaba consiguiendo el efecto contrario.

—Esto no es algo que se aprenda en un momento, Simon, y lo sabes bien porque has tardado años en aprender a tocar —murmuró al fin, deseando salir de aquella encerrona y, al mismo

tiempo, queriendo quedarse allí para siempre—. Ya lo he intentado muchas veces.

—No conmigo de maestro —argumentó él cerca de su oreja y Rosalie contuvo un estremecimiento cuando sintió su cálido aliento sobre la piel—. Y sabes que soy el mejor en todo.

Su voz tenía un deje divertido mientras las mejillas de ella se encendían, por lo que agradeció estar de espaldas a él. Era tan injusto. Simon ni siquiera estaba algo alterado por tenerla sentada encima y en cambio Rosalie era un manojito de nervios que no sabía cómo detener.

—Eres un arrogante —lo acusó en un intento por destensar la situación.

Simon rio suavemente y Rose sintió la vibración de su pecho por todo su cuerpo. Que Dios la ayudara.

—Es parte de mi encanto.

Rosalie puso los ojos en blanco y, a su pesar, sonrió. Era un sinvergüenza y siempre lo sería, pero también sabía que tenía un corazón enorme. Lo había visto muchas veces y no dudaba de ello.

Pero ese corazón nunca sería para ella. Era algo para lo que tendría que haberse resignado ya y, sin embargo, su cuerpo la delataba cada vez que estaba cerca de él. Gracias a Dios, Simon no se daba cuenta de nada. Si había algo que no quería, era estropear su amistad por un amor no correspondido. Prefería tenerlo así que no tenerlo en absoluto.

Así que Rosalie hizo de tripas corazón y giró la cabeza para mirarlo por encima del hombro con su mejor mueca burlona.

—No te engañes, tú no tienes encanto.

Los ojos azules, casi grises, de su mejor amigo reflejaron diversión antes de fingirse ofendido.

—¿Es así cómo le hablas a tu profesor?

Ella no respondió, ambos sabían que el piano era un instrumento tan difícil como el violín, que requería años y años de práctica. Pero decidió seguirle el juego y colocó las manos sobre las de él, acariciándole los dedos suavemente.

—Estoy lista para aprender, maestro —aseguró con una ligereza que no sentía.

Simon no respondió con alguna broma como ella esperaba, sino que se quedó en silencio. Confusa, Rosalie volvió a mirarlo por encima del hombro y se sorprendió al comprobar que la estaba observando con intensidad, de una forma que no supo identificar. Pero de algo sí estaba segura: nunca la había mirado así.

Se movió un poco para poder observarlo mejor, pero él la cogió por la cintura para detenerla.

—¿Simon...? —preguntó confusa.

Él parpadeó, y la miró como si no la conociese. La mano que él tenía en su cintura comenzó a moverse lentamente, acariciándola a través del vestido. A pesar de las capas de ropa, Rosalie sintió esa leve caricia en lo más hondo de su ser.

La joven no se atrevió a moverse, paralizada por su contacto. No estaba segura de si estaba respirando siquiera. Él movió la otra mano y la colocó sobre las faldas, sujetando suavemente uno de sus muslos. Rosalie inspiró con fuerza al sentir que se derretía por ese ínfimo contacto.

Simon seguía mirándola como en trance y ella no se atrevía a decir nada que estropease la extraña situación en la que se encontraban. Entonces, él abrió la boca para hablar, pero fuera lo que fuese que iba a decir, murió en sus labios ante el estruendoso grito que cruzó toda la casa.

—¡ROSALIE!

Ella dio un respingo, reconociendo la voz de su madre, y se levantó de inmediato, alejándose de él. Todavía podía sentir el contacto de sus manos... Sacudió la cabeza, intentando serenarse. ¿Qué

acababa de pasar?

Simon no parecía encontrarse mucho mejor. Todavía no se había movido y parecía que no iba a hacerlo nunca. Poco a poco, giró el rostro hacia ella y la miró totalmente desconcertado.

—Simon... —comenzó, aunque no sabía qué demonios iba a decir a continuación.

Sin embargo, no hizo falta porque él se levantó como un resorte de la banqueta y se alejó de ella en dirección a la puerta.

—Tengo que irme —se despidió sin mirarla—. Hasta pronto, Rose.

Ella no intentó detenerlo. No hubiese podido ni aunque hubiese querido.



Maldijo mentalmente mientras se encaminaba hacia el vestíbulo como alma que llevaba el diablo. Sin embargo, antes de que pudiese dar más de un par de pasos, se encontró de frente con la marquesa de Blackmore.

—¡Simon, querido! —exclamó nada más verlo—. ¿Rosalie no estaba contigo? Tenemos que volver ya a Blackmore House y...

La mención de su mejor amiga lo alteró aún más y fue apenas consciente de farfullar algo parecido a «sala de música» antes de seguir con su camino. Si había sido un grosero con la madre de Rose, le traía sin cuidado. Necesitaba salir de esa casa antes de volverse loco del todo.

Caminó a grandes zancadas por la calle, que estaba muy poco concurrida a aquella hora. Hacía un frío de mil demonios y no había cogido el abrigo, pero no pensaba volver a por él. Por suerte, el aire gélido lo ayudó a calmarse lo suficiente como para pensar en lo que acababa de pasar en la sala de música.

Había empezado como un juego y un deseo sincero de distraerla, de que olvidase su melancolía. Él también quería olvidar aquel pensamiento insidioso que lo había asaltado cuando habían hablado sobre sus escasos pretendientes. Aquella estúpida vocecita que gritaba con fuerza que el único marido digno de ella era él mismo. Que todos ellos eran unos malditos imbéciles por no ver lo mucho que valía, por solo fijarse en su dote.

No era la primera vez que estaba tan cerca de Rosalie. Dios sabía que llevaban a las espaldas muchos años de amistad y nunca había sido más que eso: su amiga. Pero las cosas habían cambiado y Simon no quería asustarla confesándole que, desde que había vuelto de su viaje por Europa y la había vuelto a ver, soñaba con saber cómo sería acariciar su piel desnuda. Más de un año sin verla y había experimentado una transformación impresionante. Se había convertido en toda una mujer.

Y la deseaba.

Rose lo consideraba su amigo y, a pesar de tenerse por un hombre seguro de sí mismo, se volvía un auténtico imbécil cuando se trataba de ella. A pesar de que su interior era un caos, estos últimos meses había logrado controlarse siempre en su presencia.

Y, sin embargo, aquella vez había sido distinto. Ella lo había tocado con suavidad y esa simple caricia había encendido algo en él que no esperaba. Sus manos se habían movido por voluntad propia y Rosalie se había quedado inmóvil, dejándose acariciar por él de una forma que jamás habían experimentado juntos.

El tirón en sus pantalones cuando ella se había movido sobre él no lo había ayudado a pensar

con claridad. Por suerte, Rose no se había dado cuenta de nada.

¿En qué demonios estaba pensando?

Se le formó un nudo en la garganta al reflexionar por enésima vez sobre las implicaciones de desear a su mejor amiga. De, que Dios lo ayudara, querer llegar a su corazón.

Sacudió la cabeza con fuerza; estaba jugando con fuego. Por mucho que tratase de controlarse, Simon no era de piedra y era totalmente natural que el tenerla sobre él lo hubiese provocado de esa forma. Era una mujer preciosa, aunque ella no se diese cuenta. Cualquier hombre reaccionaría de la misma forma en su situación.

Ella nunca había dado muestras de interesarse en él y no lo sorprendía. Solo tenía que hacer como si no hubiese pasado nada y las aguas volverían solas a su cauce. Debía mantener cierta distancia, sin que ella se diese cuenta de que pasaba algo o no tendría el valor suficiente para explicarle la verdad. Tenía que entender que entre Rosalie y él no podía haber nada más que amistad, era absurdo plantearse siquiera algo diferente. Y estaba convencido de que ella pensaba igual.

Debía lograr convencerse de ello o la próxima vez le sería todavía más duro resistirse a su sonrisa, a su mente despierta, a sus encantos. Tenía la impresión de que estaba hundiéndose cada vez más en las arenas movedizas.

Cuanto más se movía, más atrapado quedaba en la trampa.

Se detuvo abruptamente al darse cuenta de adonde lo habían llevado sus pies. Miró la fachada de la enorme casa y se decidió a tocar. Quizá él estaba en casa y necesitaba algo de cordura en ese momento.

Un mayordomo que conocía bien le abrió la puerta y lo saludó con amabilidad al reconocerlo.

—Señor Daventry. —Si parecía trastornado, el hombre no dio señales de percibirse—. Iré a ver si el señor puede recibirlo. Pase, por favor.

Ambos sabían que no había avisado previamente de su visita, pero Simon sabía que en casa de Rhys no tenía que andarse con formalismos. Por suerte.

—El señor Harrington lo espera en su despacho. —La vuelta del mayordomo lo sobresaltó—. Por favor, pase.

Simon hizo amago de dejarle su sombrero al lacayo, pero se dio cuenta de que también había salido sin él. Su madre se escandalizaría si lo viera de aquella guisa.

Cuando entró en el luminoso despacho, se encontró cara a cara con Rhys Harrington, el mejor abogado de Londres. Y también un buen amigo desde que ambos estudiaban en Eton. Lo observó con atención: pelo rubio oscuro, ojos azul claro que eran capaces de amedrentar a todo magistrado inglés y una sonrisa amigable que solo utilizaba en escasas ocasiones como esas.

—¡Simon! ¡Qué sorpresa! —Se levantó de inmediato para abrazarlo—. He pedido que nos traigan té y... —Se detuvo al observarlo mejor y frunció el ceño—. Aunque creo que necesitas algo más fuerte.

Simon sonrió con desgana y se dejó caer en uno de los sillones.

—No se te escapa una, letrado. —Suspiró antes de mirarlo—. Espero no molestarte.

Rhys sirvió dos vasos de *whisky* antes de sentarse frente a él. Simon se bebió el suyo de un trago y dejó que el líquido abrasador que bajaba por su garganta lo despejara. Su amigo enseguida le sirvió un poco más. Cuando un lacayo entró con el té, Rhys le hizo una señal para que volviera a llevárselo.

—No te preocupes; estaba preparando un aburrido caso sobre unas propiedades. —Hizo un ademán para restarle importancia y se puso serio, como si fuese a interrogar a un testigo de asesinato—. Ahora cuéntame qué te pasa.

Y lo hizo, sin guardarse nada. Rhys ya estaba al tanto de lo que sentía por Rose, así que no tuvo que explicarle nada más para que su amigo se diese cuenta de que Simon estaba en un buen lío.

Lo miró como si fuese un reo destinado a galeras.

—Ay, amigo... —susurró—. Menuda situación.

—Eso no me consuela, Rhys.

Su amigo se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Ya sabes mi opinión.

La sabía de sobra. Rhys era de los que preferían lanzarse a por sus objetivos —tras sopesar pros y contras— a languidecer sin hacer nada. Según él, en la balanza de su vida declararse a Rose tenía más pros que contras, pero aquella comparación no era suficiente para él.

Seguía habiendo un enorme contra que destrozaba todos los pros: ella no lo amaba.

—Dime que vendrás a Lily Manor —le dijo para cambiar de tema. Necesitaba centrarse en otra cosa o se volvería loco—. No puedo estar un mes bajo el mismo techo que ella y no hacer alguna estupidez.

—¿Como pedirle que se case contigo y ser feliz? —Rhys resopló exasperado, pero Simon lo ignoró.

—Rhys...

El aludido suspiró, debatiéndose entre sus años de amistad y un sentimiento algo más agresivo.

Simon se sintió culpable por pedirle aquello. Rhys no era noble, aunque muchos de sus clientes sí lo eran. Era un profesional muy respetado, si bien tuvo que ganarse ese respeto a base de ganar casos en los juzgados. Un hombre mitad inglés y mitad escocés no tenía buena reputación en Inglaterra. De vez en cuando, todavía tenía que soportar desplantes a causa de sus raíces maternas.

—No quiero obligarte... —comenzó, arrepentido.

No obstante, su amigo sonrió como si no pasara nada.

—¿Y perderme la oportunidad de que pomposos aristócratas me miren por encima del hombro por respirar el mismo aire que ellos? —Su sarcasmo era ácido, pero en su rostro vio su deseo de apoyarlo—. Cuenta conmigo.

Capítulo 3

Eton College, 24 de mayo de 1849

Querida Rose:

Estoy deseando acabar mis días en este lugar. Al menos la Universidad promete muchas más diversiones para un joven lleno de inquietudes como yo y, sobre todo, más libertad de movimientos. No puedo prometerte que no romperé alguna que otra regla, no soy un santo... En estos momentos es cuando debes imaginarme guiñándote el ojo de forma exagerada. Ahora has puesto los ojos en blanco, ¿he acertado? Sé que sí.

Me alegro mucho de que hayas decidido permanecer en el campo. Los ingleses le damos demasiada importancia al concepto de socializar. Por supuesto que tocaré el piano para ti, eso no tienes que preguntarlo siquiera. Eres mi mejor público, nadie merece más que tú el honor de disfrutar de mi arte —otro guiño exagerado—. A veces me pregunto por qué sigues dirigiéndome la palabra; luego recuerdo que soy demasiado maravilloso.

Espero verte pronto, Mariposa. Vuelve a la ciudad unos días, aunque sea por mí. Rhys te manda recuerdos; dice que le caes bien a pesar de tus escasas dotes para socializar. Así que no te preocupes por la gente que no importa en absoluto.

Con mis mejores deseos,

Simon

El despacho del marqués de Blackmore se podía describir como indudablemente masculino. Muebles oscuros impregnados de olor a *whisky*, cuero, tabaco y tinta de escribir. Un santuario masculino al que las mujeres rara vez estaban invitadas. Rose no creía que aquel estilo tan sobrio representara a su padre, mucho más simple en sus gustos, pero aparentar era la máxima de la aristocracia inglesa y en aquella casa se cumplía a rajatabla.

A veces escuchaba a los Daventry quejarse de lo pesada que era la marquesa viuda, pero no tenían idea de lo afortunados que eran teniendo una madre así. De vivir en una casa en la que las normas eran flexibles y el protocolo desaparecía casi todo el tiempo.

Observó el santuario de su padre con ojo crítico. De niña nunca le habían permitido entrar allí y terminó por acostumbrarse; solo cruzaba el umbral cuando su padre la llamaba por alguna razón, como en aquel caso. Nada más poner un pie en el vestíbulo, el mayordomo de la familia, Perkins, la había avisado de que su padre la esperaba. Nunca le había gustado aquel despacho y, la cara sombría con la que el marqués la recibió, le provocó un enorme deseo de volver por donde había venido.

Bueno, quizá no tanto. Volver a la sala de música de los Daventry y enfrentarse a Simon no era algo que deseara en demasía. Además, él había huido tan rápido como le habían permitido sus largas piernas.

Sacudió la cabeza, tratando de concentrarse.

—¿Querías verme, padre? —preguntó con cautela.

Dawson Blackmore miró a su hija como si tuviera que anunciarle una gran desgracia. Quizá era así, pensó Rosalie preocupada.

—Siéntate —le ordenó con voz suave. No continuó hablando hasta que ella estuvo acomodada frente a él—. Hija, el próximo año empezará tu quinta temporada.

Un peso enorme se instaló en el estómago de Rose y el corazón comenzó a latirle frenético. Se esforzó por mantener las manos quietas, pues le habían comenzado a sudar y el deseo de secárselas en el vestido era muy fuerte.

La temida conversación había llegado.

—Te he dado libertad para que eligieses —prosiguió su padre claramente molesto—. Por el amor de Dios, eres una heredera rica y la perfecta dama inglesa. ¡Los hombres deberían hacer cola delante de la puerta de este despacho!

Rosalie no dijo nada, se sentía muy pequeña. Sabía que su padre no lo había dicho con mala intención, pero sus palabras le habían dolido. Era algo que ya sabía: solo valía por el dinero que heredaría y por sus modales. Su mente o su personalidad no valían de nada. Dios Santo, ni siquiera había mencionado su físico, cosa que también atraía a los maridos. Su madre ordenaba a menudo que le apretaran el corsé más de la cuenta. Un día se desmayaría por falta de oxígeno.

Debía de ser peor elección de lo que ella pensaba. De repente, recordó una conversación entre unas damas mayores que escuchó a escondidas. Hablaban de ella, así que esperó aun sabiendo que no le gustaría lo que dirían. Lo que concluyeron era esperado, pero le afectó de igual manera: era tan sosa que no podía atraer a ningún hombre. Sí, eso tenía que ser. Su padre también la creía una sosa incapaz de encontrar marido.

Suspiró. En una ocasión le había dicho a Isabelle Walls que desoyera los comentarios malintencionados y a la primera de cambio ignoraba sus propios consejos sin dudar un instante.

—Esto no puede seguir así. —Su padre se calmó un poco y la miró con tristeza. Ella tuvo que esforzarse mucho para mantenerle la mirada; se sentía avergonzada—. Yo ya no soy joven y quiero irme de este mundo sabiendo que no te quedarás sola.

Le escocieron los ojos y luchó por contener las lágrimas. Había crecido sola, tratando de cumplir las altas expectativas de su madre. Había debutado sola, sin amigas que la ayudaran a sobrellevarlo. Estaban los Daventry, pero solo con Sophie y Simon lograba sentirse bien del todo. Se había acostumbrado a estar sola y quiso decírselo a su padre, pero ella sabía que no era eso lo que quería oír.

—Padre...

—Déjame terminar —la cortó—. Quiero que te cases antes de que comience la próxima temporada, así que he decidido que yo te buscaré un marido.

Las palabras que más temía: las puertas a un matrimonio concertado. Sabía que algún día llegarían, pero había mantenido la vana esperanza de que no fuese así. Pero era una heredera, su padre tendría que entregar su título a algún conocido lejano al morir, pero sabía desde hacía mucho tiempo que las propiedades y el dinero serían para ella, la mayoría administradas por su marido, claro estaba. La noticia no era de dominio público, por eso no tenía a los pretendientes tras sus faldas, pero estaba segura de que eso cambiaría pronto.

Su padre no se andaba con sutilezas cuando se proponía hacer algo.

—Vas a anunciar que has desvinculado las propiedades del título. —Lo miró seria; solo buscaba una confirmación.

Al ser mujer, su padre no podía dejarle el título en herencia, a pesar de ser su única descendencia. Por tanto, el marqués había desvinculado la mayoría de propiedades y todo el dinero, que ella sí podía heredar. No era algo que se hiciera usualmente, de hecho era algo bastante escandaloso, pero su padre no había querido que todo lo que había construido acabase en manos de cualquier familiar lejano que fuese el siguiente en la línea de sucesión. Aunque, por supuesto, su herencia sería suya hasta el momento en el que se casara, que pasaría a ser de su marido. Cualquier posesión que tuviese una mujer pertenecía a su marido, incluida ella misma.

Su padre la miró con gravedad.

—He enviado la noticia a *Pennie's* esta mañana —respondió y sus palabras fueron como un mazazo—. Seguramente *The Golden Swan* lo anunciará en su próxima columna.

Algo pesado se instaló en su pecho, ahogándola.

—Me has vendido al mejor postor. —La rabia inundó sus venas y cerró los puños, temblando.

Su padre negó con la cabeza. Se le veía triste, pero eso no la conmovió. Acababa de abrir la veda para que todos los hombres solteros buscaran su favor con el fin de adquirir su fortuna. Se acababa de convertir en un trofeo.

—Vas a venderme al primero que pase.

—No vas a casarte con cualquiera, Rose —el marqués la interrumpió, impaciente—. No pienso permitir que cualquier mequetrefe destruya todo por lo que hemos trabajado mis antepasados y yo.

Rose trató de ocultar que aquellas palabras le habían dolido como una cuchillada. Ya lo sabía, pero aquello era una confirmación.

—Claro, lo único que te importa es que tus propiedades no sean devastadas.

Su padre se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo y su mirada reflejó arrepentimiento.

—No quise decir...

Rose lo cortó.

—Está perfectamente claro lo que has querido decir. —Resopló—. Dices que separas las propiedades para no dejarme desamparada y que consiga casarme, pero en realidad lo que quieres impedir es que el heredero al título se las quede, ¿me equivoco?

En su rostro vio que no lo hacía.

—Padre, por favor... —Odiaba suplicar, pero era lo único que le quedaba—. N-no me obligues a s-soportar esto.

Odió tartamudear, un claro reflejo de lo que pasaría. Pensar en toda la atención que atraería a partir de ese momento no la dejaba respirar con normalidad. Nunca había sido una persona sociable; le resultaba inconcebible cambiar a aquellas alturas. Quería encogerse hasta desaparecer en medio de una voluta de humo.

—Podrás seguir eligiendo a tu marido. —Su padre se mantuvo firme—. Yo solo te ayudaré a cribar; ahora tendrás mucho donde escoger.

Si pensaba que debía sentirse agradecida, estaba muy equivocado.

Rose alzó la barbilla y lo miró, dispuesta a mantener su expresión lo más neutral posible. Sabía que no tenía nada que hacer; su padre pocas veces ejercía su autoridad de aquel modo, por lo que estaba segura de que no cambiaría de opinión. Había enviado la información sobre su herencia incluso antes de hablar con ella. También estaba segura de que su madre tenía mucho que ver en todo aquello y sintió un dolor agudo en el pecho.

Una vez más, la marquesa decidía inmiscuirse en su futuro porque su hija no era lo suficientemente válida para vivir y avanzar sola. La marquesa de Blackmore prefería morir que verla convertida en una triste solterona. Había perdido la partida sin ni siquiera darse cuenta de que habían repartido la última mano de cartas.

—Claro, estoy segura de que me dejaréis escoger. —Soltó una risa sardónica y su padre la miró, algo sorprendido por su reacción—. Espero que mamá y tú os divirtáis y elijáis bien. Al fin y al cabo, frente a la gran y perfecta marquesa de Blackmore mi voto nunca ha contado para nada. Yo me limitaré a ir hacia el altar, como la mujer florero que se espera que sea.

Dicho aquello se levantó y se marchó lo más rápido que pudo. Cuando cerró la puerta del despacho tras ella, su padre no había dicho una sola palabra más. Tampoco hizo falta.

Capítulo 4

Por otro lado, la lista de damas que han seguido solteras al acabar la temporada es bastante larga. La encabeza *lady* Rosalie Ridgeway, de forma inexplicable si quieren mi opinión. Una heredera de buen ver y modales exquisitos. Es el ejemplo perfecto de todo lo que una dama inglesa debe ser. Al menos, lo que nos enseñan a ser. Quizá sea su inteligencia lo que asusta a los hombres. Sinceramente, no me sorprendería lo más mínimo. ¿Quién quiere una mujer con opinión propia?

De la columna de *The Golden Swan*,
4 de noviembre de 1854.

A la mañana siguiente, Simon bajó a desayunar tratando de fingir ante su familia que había disfrutado de un sueño reparador y no que se había pasado la noche soñando con Rose. En sus más profundos y vergonzosos pensamientos, lo que había pasado en la sala de música se quedaba en un inocente encuentro sin ninguna intención oculta.

Ojalá fuese eso. No estaba seguro de poder seguir mirando a Rosalie a los ojos sin ponerse a maldecir como un marinero. O sin suplicarle de rodillas que le concediese sus atenciones. A pesar de lo que Rhys pudiese decirle, el solo hecho de plantearse cortejarla era absurdo hasta decir basta. Rose lo miraría como si se hubiese vuelto loco y se reiría de él, y tendría que recoger su maltrecho orgullo y desaparecer con él bajo tierra. A pesar de lo que podía parecer, Rose lo hacía sentirse muy inseguro y odiaba encontrarse en esa situación. Él nunca había necesitado pensar dos veces antes de hablar.

Claro, que nunca había deseado estar con su mejor amiga. Su experiencia no era muy vasta, pero siempre había procurado huir de encuentros con mujeres que podían traer consecuencias a las que no quería enfrentarse. Eso implicaba, por supuesto, el evitar a las damas solteras de la aristocracia. Y a las casadas también. No era su intención atarse a nadie.

Así que, las numerosas consecuencias provocadas por desear a su mejor amiga lo aplastaban como si llevase a la espalda dos toneladas de ladrillos. Perder su amistad por comportarse como un imbécil... No, no podía permitirse esa estupidez. Se arrepentiría toda la vida.

Dios, quería besarla hasta perder el sentido.

—Tienes un aspecto horrible —le indicó Gwen cuando entró en el comedor.

—Buenos días a ti también, hermanita —respondió hosco.

Fue hacia el aparador donde estaban dispuestos los platos del desayuno y se llenó uno hasta arriba con un poco de todo. Huevos revueltos, jamón, tostadas, salchichas... Podía padecer de insomnio, pero ni el mayor de los problemas le haría perder el apetito. Se sirvió café y fue hasta la mesa.

Se sentó enfrente de Sophie, que tuvo la deferencia de seguir bebiéndose el té sin decirle nada. Su madre estaba leyendo su correspondencia, que formaba un buen montón encima de una pequeña bandeja de plata y solo le dedicó una leve sonrisa. Pero, por supuesto, Gwen no iba a ser tan

considerada.

—La orquídea que tengo en mi habitación tiene mejor aspecto que tú, y eso que está medio marchita —volvió a la carga.

Dispuesto a no entrar en una disputa con su hermana, Simon cogió el tenedor y empezó a engullir su desayuno. No era su comportamiento habitual, que consistía en devolver el insulto con la más fina de las ironías, pero en aquella ocasión no se veía capaz de bromear sin acabar gritando a los cuatro vientos lo que le pasaba. Sin embargo, antes muerto que dejar que sus hermanas lo descubriesen.

—Deberías cuidar mejor tus flores. —Fue un pobre intento, hasta él lo sabía.

Gwen lo miró asombrada, pero no dijo nada más. Se limitó a observarlo de forma suspicaz antes de llenarse de nuevo la taza de té. Algo le decía que se había propuesto descubrir a qué venía su actitud. Que Dios lo ayudara.

—Vaya —su madre rompió el silencio, gratamente sorprendida—. Vuestro primo vendrá de visita. Llegará el mes que viene y pasará una buena temporada con nosotros.

Salvado por la marquesa viuda.

—¿El primo Leo? —preguntó Simon.

—Hace muchos años que no lo vemos —intervino Sophie sorprendida cuando su madre asintió—. ¿Lo has invitado o te ha escrito para preguntarte si puede venir?

Olivia sacudió la cabeza.

—Vuestro tío me escribió para pedirme que lo invitase a pasar un tiempo aquí, pero tenía que fingir que había sido idea mía. —Ante la mirada interrogante de sus tres hijos, la mujer sonrió—. Al parecer, quiere que siente la cabeza antes de que él se haga demasiado viejo y tenga que traspasarle sus negocios al completo. Aprovechará para encargarle que busque un lugar donde construir un hotel para asentar su empresa en Inglaterra.

Cogió la carta que había estado leyendo y carraspeó antes de leer en voz alta: «Tu querido sobrino es muy inteligente, pero se comporta como un auténtico idiota al desaprovecharlo. Espero que tú y mis queridos sobrinos consigáis lo que yo no he podido. Quiero que mis dos hijos se impliquen en el negocio. Con Rafé lo he conseguido, pero Leo ni siquiera se concentra más de dos segundos en lo que intento enseñarle. Quiero que pruebe en serio y, si después me dice que prefiere dedicarse a otra cosa, lo respetaré. Admitiré cualquier cosa excepto su intención de vivir de mi dinero. Cuento contigo, Olivia».

Simon trató de hacer memoria. Su tío Edward, hermano de su padre, se casó con una americana y acabaron haciéndose cargo del negocio de la familia de su esposa, que estaba al borde de la quiebra. Por lo que sabía, consiguieron salvar el negocio, un majestuoso hotel en Boston que pronto se convirtió en toda una próspera cadena. La última vez que la otra rama de la familia Daventry había pisado Inglaterra, Leo tenía cinco años, uno menos que Simon.

—¿Y cree que nosotros conseguiremos que siente cabeza? —Gwen abrió mucho los ojos—. Es tan ridículo que ni siquiera puedo reírme.

—Los Daventry no somos los más indicados para conseguir que nuestro primo trabaje en el negocio hotelero —coincidió Sophie—. Quizá Gabriel. Es el más serio de nosotros.

—Ya veremos. —Su madre parecía optimista—. Tal vez todos resultéis una buena influencia.

Los tres hermanos se miraron antes de romper a reír de forma incontrolada. Su madre frunció el ceño y eso los hizo reír aún más.

—Eres muy graciosa, madre. —Gwen fingió secarse una lágrima mientras seguía hipando de la risa.

Su madre los miró como si se preguntase si estaba ante personas hechas y derechas o infantes de cinco años. Se quedó con la duda, pues la mujer prefirió no responder y seguir mirando su correspondencia.

En realidad, Simon no podía dejar de entender que un joven de veintitrés años no quisiera trabajar; era una edad en la que cualquiera busca divertirse. Sin embargo, entendía a su tío. Últimamente había estado pensando en buscar alguna forma de estar ocupado. Había estudiado en Oxford y no quería que todo se quedase en papel mojado. Pero no estaba seguro de qué hacer; se le daban bien los números desde que era pequeño, quizá porque en cierto modo tenían la misma armonía que una partitura: cada número, igual que las notas musicales, tenía su lugar. Decidió que hablaría con Gabriel la próxima vez que lo viese. Quizá él lo ayudase a descubrir cómo podría utilizar sus conocimientos para sentirse útil. Para ser digno de...

...de Rose.

Sacudió la cabeza. Tenía un problema muy grave.

—Oh, querido, esto es para ti. —Su madre le pasó una carta—. Debe de haberse traspapelado entre mi correspondencia.

Simon cogió la carta y, al reconocer el sello grabado en el lacre, se le cayó el alma a los pies. Fingió tranquilidad mientras rompía el sello y leía con cuidado la escueta carta escrita con una letra pulcra y estilizada que conocía demasiado bien.

¿Puedes venir a visitarme en cuanto leas esto? Es importante.

R.

Aquello era todo. No se necesitaba ser formal y cortés cuando se trataba de ellos dos. Sus palabras transmitían urgencia. ¿Se habría dado cuenta de lo que había pasado en la sala de música y querría hablar de ello? Sea como fuere, Rose quería verlo y él ni quería ni podía negarse. Apuró el café y se levantó como un resorte.

—Debo irme —informó a nadie en particular.

Su madre lo miró de forma suspicaz, pero no dijo nada. Evidentemente, también había reconocido el sello Blackmore en el lacre. A veces se preguntaba si su madre sabría más de lo que decía. Según Gabriel, la marquesa viuda era medio bruja.

—Yo también. —Gwen se levantó y se alisó las faldas color crema—. Mary y yo vamos a ir de compras. Se han puesto de moda unos sombreros anchos que me parecen bastante bonitos.

—¿Y tú, Sophie? —preguntó su madre.

Sophie se limitó a sonreír. Parecía algo preocupada, pero no dijo nada al respecto.

—Creo que me pasaré la mañana leyendo.



—Lady Rosalie. —Perkins asomó la cabeza y Rosalie se detuvo. Miró al mayordomo con el arco del violín todavía vibrando entre sus dedos—. El señor Daventry ha venido a visitarla.

Llevaban tantos años yendo el uno a casa del otro, que nadie se sorprendía de que Simon fuese

a visitarla a horas poco adecuadas. Se limitaban a dejarlo pasar.

Repentinamente nerviosa, se tiró de las mangas del vestido de encaje rosa palo mientras pesaba en lo que le diría. «Debes aprender a comportarte como una anfitriona adecuada», la voz de su madre se introdujo en su mente de repente y Rose respiró hondo. Quería expulsarla, pero no callaba nunca.

—Llévelo a la salita de arriba y pida que nos traigan té y algo de comer. —El mayordomo asintió y ya estaba dispuesto a irse cuando Rose lo detuvo—. ¿Perkins?

Él la miró sin inmutarse.

—¿Sí, *lady* Rosalie?

—¿Cómo... cómo me veo?

El mayordomo suavizó la mirada. Rose había pasado mucho tiempo sola, sobre todo antes de debutar, y era Perkins el que siempre estaba ahí para ella. Más que un miembro del servicio, él era un amigo. Un amigo bastante observador, pues no tardó en darse cuenta de lo que Rose sentía por Simon y acabó convirtiéndose en uno de los pocos guardianes de su secreto.

—Hermosa, como siempre —respondió antes de marcharse a cumplir su encargo.

Rose sonrió levemente antes de guardar cuidadosamente el violín en su funda y salir de la sala de música. Cerró la puerta y se paró a observar la escalera que conducía al primer piso. No podía hacer esperar a Simon, pero estaba más nerviosa que de costumbre por lo que tenía que decirle.

Y... por lo que había pasado en la sala de música.

¿Él querría hablar de ello? ¿Fingiría que no había pasado nada? ¿Debía fingir ella por no embrollarlo más? Ni siquiera sabía con exactitud lo que había ocurrido. Las preguntas se arremolinaban en su mente mientras subía la escalera. Antes de abrir la puerta de la salita, respiró hondo.

La sala era cargante, decorada profusamente al gusto de la marquesa. Ella no utilizaría tantos adornos inútiles que no servían para nada más que para coger polvo. Pero el lema de la aristocracia era «cuánto más, mejor» y su madre lo seguía a rajatabla. Figuritas de porcelana, marcos de oro y plata, cajitas... Nada era suficiente para ella. Si algún día tenía su propia casa, se ocuparía de decorarla lo más distinto posible.

A pesar de todo, el salón de baile y las salas de visitas eran todavía peores. Al fin y al cabo, aquella sala era utilizada solo por la familia y algunas visitas demasiado importantes que no requerían la formalidad de los salones del piso de abajo. Simon, por supuesto, entraba en esa categoría.

Se estaba paseando de arriba abajo, como un león enjaulado. En cuanto la vio, se detuvo abruptamente y la miró. Estaba guapísimo, como siempre. Vestía con sencillez: camisa blanca, chaleco gris a juego con los pantalones y chaqueta oscura. La pajarita también era negra, pero la llevaba torcida. No se había peinado, por lo que llevaba el cabello castaño totalmente revuelto. Muchas damas le habían dicho que no lo encontraban atractivo, por su nariz demasiado grande o sus dientes levemente torcidos, pero para Rose no había nadie mejor. Quizá no fuera tan alto como otros —aunque era más alto que ella— o musculoso, pero sus ojos claros eran la ventana a su alma y la joven amaba lo que veía en ellos.

Rose clavó la vista en su cuello y vio cómo su nuez descendía de forma visible cuando tragó saliva.

—Rose, lo que pasó ayer...

Se le disparó el corazón y la invadió la angustia. Sabía lo que iba a decir, que había sido un error. Que no significaba nada. Estaba segura de que no quería oírlo. Solo conseguiría que se le agrietara más el corazón si escuchaba su rechazo.

Los nervios que la reconcomían desde ayer amenazaban con hacerle perder los estribos.

—No te preocupes. —Hizo un esfuerzo hercúleo por sonreír—. No te he llamado por eso.

Él la miró desconcertado.

—Pero... —comenzó.

—Ayer no pasó nada —volvió a cortarlo, esta vez de forma más abrupta—. No le des más vueltas.

En aquella segunda ocasión, el silencio que se instaló entre ellos fue más largo y denso. Rose pensó que nunca había tenido ganas de escapar estando a solas con Simon. Que nunca se había sentido tan incómoda. Él la miraba como si quisiese decirle algo y, por un fugaz segundo, se preguntó si tendría que haberlo dejado hablar. Sin embargo, aquel pequeño instante pasó cuando él asintió, dándole la razón.

—Como deseas —dijo con un tono de voz extraño en él. Trató de recuperar su acostumbrada jovialidad, pero aún se le veía tenso—. Entonces ¿en qué puedo ayudarte?

Su frialdad la asombró y destrozó a partes iguales. Trató de leer su rostro, pero no fue capaz; se había puesto una máscara de indiferencia. Tenía la sensación de que acababa de dar un paso en falso y no había encontrado suelo bajo sus pies. Era la prueba que necesitaba para confirmar que su amistad se resentiría si ella manifestaba sus sentimientos.

Conteniendo las ganas de llorar, fue su turno de tragar saliva.

—Necesito tu ayuda —comenzó y notó que le temblaba la voz. Necesitaba a su Simon—. No sé qué hacer.

Simon suavizó la mirada, repentinamente preocupado. Sin decir palabra la condujo hasta el sofá e hizo que se sentara delante de él. Rose le sostuvo la mirada, incapaz de hablar.

—Cuéntame qué pasa.

Sus palabras fueron como un resorte. Soltó a borbotones todo lo que tenía dentro, recordando por enésima vez la conversación que había mantenido con su padre. Bueno, el casi monólogo que había tenido que soportar. La cara de Simon pasó de la incredulidad, cuando se enteró de que Rose era la heredera de la mayoría de las propiedades, al más absoluto desprecio cuando supo que su familia la había lanzado a las garras de la cotilla más grande de Londres.

—¿Cómo es posible? —Se levantó y se pasó las manos por el pelo, nervioso—. ¡Te han convertido en carnaza para tiburones! ¿Y por qué no me habías dicho nada sobre tu herencia?

Que lo dijese él lo hacía todavía más horrible. Bajó la cabeza, mirándose el regazo. Los bordados florales de su vestido de repente le parecían muy interesantes. Al momento, sintió que una mano se colocaba debajo de su barbilla, alzando su rostro. No supo lo que Simon vio en sus ojos, pero los de él reflejaban algo que no supo descifrar. Se le hizo un nudo en la garganta.

—No voy a dejar que te casen con cualquier imbécil que solo busca tu dinero —sentenció con firmeza.

Ella sonrió con tristeza. Ambos sabían que era eso lo que iba a pasar.

—No puedes hacer nada —respondió.

«Cásate conmigo».

No, eso jamás pasaría. Ahogó aquella vocecita insidiosa antes de que echase raíces. Simon no

haría tal cosa, era hora de dejar de esperar algo que nunca sucedería.

Él la abrazó y ella enterró la cara en su hombro, inspirando su olor; tan difícil de identificar, pero tan atrayente para ella. Se aferró a su espalda para mantener el equilibrio y quiso quedarse allí para siempre.

—Gracias por escucharme —dijo en voz baja, pero él la oyó.

Simon se separó un poco de ella; tenía la mandíbula en tensión. No obstante, le lanzó una cálida mirada que derritió sus huesos e impulsó el latido de su corazón. Si aquella mirada fuese música, sería la más bella de las composiciones. Y ella quería tocarla hasta que su violín se desgastase.

—Siempre que lo necesites, Mariposa.

Capítulo 5

No me gusta ver Londres tan vacío, queridos lectores. El frío ha llegado con fuerza y muchas familias se han marchado hacia sus casas de campo para preparar las Navidades. Yo misma me marché, pero no teman por esta columna.

Las fiestas de diciembre pronto empezarán y me aseguraré de que tengan su dosis de cotilleos. Saben que me debo a ustedes en cuerpo y alma.

Para empezar, les daré una noticia bomba. Nos ha llegado información sobre el testamento del marqués de Blackmore. Tranquilos, que no ha muerto. Al menos todavía. Siéntense en sus mejores sillones para leer que Dawson Blackmore, octavo marqués, ha desvinculado la mayoría de sus propiedades al título. Así que, naturalmente, el dinero y las posesiones pasarán a manos de *lady* Rosalie, su única heredera directa. ¿Qué les parece?

Si quieren mi opinión —y si no la quieren, voy a dársela de igual forma—, me temo que no puedo alegrarme por la joven *milady*. Más bien debo compadecerla por lo que le espera. Su padre, y no tengo ningún reparo en decirlo, la ha convertido en una presa de caza. Espero que esté orgulloso de tan vil hazaña.

**De la columna de *The Golden Swan*,
18 de noviembre de 1854.**

El traqueteo del carruaje comenzaba a resultarle insoportable. Rose miró por la ventana y suspiró por enésima vez, cansada de estar encerrada en el asfixiante vehículo. ¿Quién podía decir que aquel medio de transporte era cómodo para viajar?

—Ya estamos llegando —murmuró Sophie sin apartar la vista del libro que estaba leyendo. Sintió envidia de que el bamboleo no la afectara en absoluto.

Las dos hermanas Daventry y Rosalie habían compartido carruaje desde Londres rumbo a Lily Manor. La marquesa viuda y su madre iban en el carruaje Blackmore, abriendo la comitiva. Dos carros con sus voluminosos baúles de equipaje, donde también viajaban sus doncellas personales, cerraban la marcha.

En la casa de campo se reunirían con el resto de la familia, exceptuando a su padre, que llegaría más tarde porque las obras de Blackmore Park requerían toda su atención. Además, estaba completamente segura de que había utilizado las reformas como excusa para huir de su furia. Su madre, en cambio, sin ningún asomo de vergüenza por lo que le habían hecho, le había asegurado que no se conformaría con ningún hombre que no fuese al menos un conde de noble linaje. Eso quería decir que la marquesa de Blackmore no aceptaría menos de cualquier pretendiente.

Como si los hombres solteros, ricos y con título superior cayesen de los árboles. Probablemente solo se le acercarían los aristócratas pobres como las ratas, con la esperanza de obtener su suculenta herencia a cambio de darle el apellido de un título antiguo y polvoriento.

Estaba harta. Harta de que hiciesen y deshiciesen su vida a su antojo, sin preguntar. Harta de no poder hacer nada o, mejor dicho, de no tener el valor suficiente para imponerse.

Tenía ganas de ver a Isabelle de nuevo y conversar con ella. Quizá podría darle algún consejo, como la última vez en aquel baile. Ahora que estaba felizmente casada y muy embarazada del heredero Satherton —si es que resultaba ser un niño—, sus cartas eran muy alegres y divertidas, pero sin perder su seriedad y madurez.

—El viaje se me está haciendo eterno —se quejó Rose, cambiando de incómoda postura por enésima vez.

Sophie asintió con una mueca.

—Ojalá madre me hubiese permitido hacer el viaje a caballo, como a Simon.

El corazón de Rose se encogió al oír el nombre de su amigo. Simon había partido dos días atrás, alegando que prefería hacer el viaje a caballo. Sin embargo, no podía desprenderse de la sensación de que estaba huyendo de ella.

Recordó aquella extraña conversación en su casa y sacudió la cabeza. No entendía qué estaba pasando, pero no le gustaba. Sentía que Simon se alejaba de ella, a pesar de que le había dado su apoyo. Quizá con todo aquello de la herencia millonaria, no quería estar cerca de ella. Al fin y al cabo, se lo había ocultado. En realidad, si quería ser completamente sincera consigo misma, no se lo había contado porque era el único hombre que la quería por ella misma, no por su dote o por su dinero. Tenía miedo de que eso cambiase si se enteraba. No porque no confiase en la integridad de Simon, sino por su propia inseguridad.

—*The Golden Swan* dice que también se va al campo —intervino Gwen, que estaba leyendo atentamente la última columna de la cotilla. Tras interrogarla una sola vez, las hermanas habían llegado al acuerdo tácito de no nombrar el tema de su herencia. Les agradecía enormemente que se comportasen con ella como de costumbre.

Sophie puso los ojos en blanco y se acomodó la capa de piel para protegerse del frío. Rose no dijo nada; estaba furiosa con la cotilla por haber contado lo de su herencia. Era cierto que su padre había hecho mal, pero *The Golden Swan* tampoco era una santa.

—No creo que eso te dé muchas pistas sobre su identidad. —Sophie soltó una risita—. ¿Todavía seguís haciendo de detectives Mary y tú?

Gwen se encogió de hombros, restándole importancia.

—No hay que perder la esperanza.

Rose se inclinó sobre los mullidos asientos de terciopelo burdeos y devolvió su atención a la ventana. El paisaje agreste del campo inglés siempre le había hecho sentir mejor, como si fuese de nuevo la niña que corría por Blackmore Park sin preocuparse porque sus ropas, comportamiento y conversación fueran absolutamente correctos. Cuando no tenía que preguntarse cada mañana si llegaría el día en el que su padre se cansase y la entregase en matrimonio al primero que pasase.

Unas pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer en el mismo momento en el que el carruaje giraba y la imponente visión de Lily Manor aparecía en el horizonte. El corazón de Rose aleteó al ver la casa de campo Daventry y, mientras cruzaban la enorme verja de entrada, fijó la vista en sus majestuosos jardines, que tanto le gustaba recorrer. A pesar de que el invierno estaba a la vuelta de la esquina, lucían hermosos y bien cuidados, tal y como el antiguo marqués los conservaba. Cuando Rose bajó del carruaje por fin y respiró el aire puro de Bedfordshire, se sintió mucho mejor.

—¡Bienvenidos! —Una voz a su derecha interrumpió sus pensamientos y se giró para sonreír a Michael Daventry, que se aproximaba a buen paso desde uno de los senderos del bosque—. ¡No

os esperábamos hasta la tarde!

—A madre le han entrado las prisas de repente —respondió Sophie a su espalda.

Michael besó en la mejilla a sus dos hermanas y saludó con cortesía a Rose. Como siempre que lo veía, la joven pensó en lo poco que se parecía a Simon. Michael tenía los ojos muy azules, oscuros, y el cabello rizado. Sus rasgos eran más duros y angulosos, aunque sí se podía apreciar que habían heredado la misma nariz y el mismo hoyuelo en la mejilla cuando sonreían. No obstante, ni siquiera en el carácter podían considerarse parecidos, pues Michael siempre le había parecido el más sensato de los cinco Daventry.

Le pareció que un rictus de preocupación ensombrecía su rostro, pero enseguida desapareció cuando volvió a dirigirse a su hermana.

—Mamá siempre tiene prisa. —Michael puso los ojos en blanco.

—¡Te he oído! —La voz de *lady* Satherton provocó en su hijo una mueca, y se apresuró a saludarla algo avergonzado—. Deberíais dejar de quejaros y colaborar un poquito conmigo. ¡No pido tanto!

Rose estaba segura de que, una vez más, los hermanos Daventry harían lo posible para huir de las indeseadas dotes de casamentera de *lady* Satherton y que esta no se rendiría tan fácilmente.

Sabía cómo se sentían.

Los criados se estaban ocupando de su equipaje, estrechamente vigilados por el mayordomo de la familia y el ama de llaves, cuando vio aparecer a Gabriel, *lord* Satherton. Lucía una sonrisa alegre, pero desvergonzada, un rasgo que no parecía ser capaz de ocultar. Era un gesto muy atractivo y Rose sabía que era una de las primeras cosas que habían cautivado a Isabelle. Podía imaginarse por qué.

—¡Con lo tranquilos que estábamos! —bromeó el marqués tras saludar a su madre con un beso en la mejilla—. ¿Podemos decir a todos los invitados que se cancela la fiesta de diciembre?

A Rose aquello le parecía una buenísima idea.

—¡No digas tonterías, Gabriel! —La marquesa viuda lo miró con el ceño fruncido antes de entrar en la casa, aunque todavía se la pudo escuchar desde el vestíbulo—. ¡Tenemos mucho que preparar!

Gabriel puso los ojos en blanco y rio entre dientes. Buscó la complicidad de Rose, cuya madre ya andaba a la zaga de Olivia para ayudarla a organizar la reunión campestre navideña. La joven esbozó una pequeña sonrisa y se encogió de hombros, dándolas por perdidas.

Bueno, en realidad, los que estaban perdidos eran ellos.

Cuando todos hubieron entrado en la casa, se diseminaron con rapidez. Rose observó el enorme y bello vestíbulo que pronto se llenaría de la aristocracia que había obtenido el privilegio de ser invitada a Lily Manor; y se preguntó si sería posible que una nevada bloquease los caminos para que ningún invitado pudiese llegar a su destino.

—Impone, ¿cierto?

Rose se giró para enfrentarse a una sonriente Isabelle. Un agudo ladrido le indicó que no venía sola. Sonrió al pequeño Pepper, que sacó la lengua y meneó la cola, contento. Antes de que la joven pudiese decir nada, la nueva marquesa de Satherton le cogió las manos y le dijo con sinceridad:

—Me alegro mucho de verte, Rosalie.

La joven le devolvió la sonrisa, encantada de verla.

—Yo también, Belle. —Entrecerró un poco los ojos, mirándola divertida—. ¿O debería decir *milady*?

Belle rio y sacudió la cabeza.

—Todavía no me acostumbro a no ser nunca más la señorita Isabelle Walls.

—Ahora eres la anfitriona —le respondió burlona—. Deberás acostumbrarte pronto a tu título.

La nueva marquesa hizo un ademán con la mano, restándole importancia a sus palabras.

—Todo el mundo sigue hablando de esta fiesta como la de *lady* Olivia —le aseguró irónica—. Nadie se fijará en mí.

Hubo un momento de silencio y ambas soltaron una carcajada al mismo tiempo.

—Van a estar a tu alrededor como buitres —rio Rose.

Isabelle asintió, resignada.

—Sobre todo ahora, que todavía puedo asistir a actos sociales —respondió acariciándose la tripa.

Todavía no se le notaba demasiado el embarazo, pero ya debía utilizar vestidos especiales, más anchos. Dentro de cinco meses un pequeño bebé llegaría a la familia Daventry. Rose no podía pensar en un nonato más afortunado.

La envidiaba.

—¿Cómo te encuentras?

Isabelle se detuvo a hablar con el ama de llaves, que apareció para preguntarle sobre la cena de aquella misma noche. La señora Madson saludó a Rose con afecto y se marchó de vuelta a las cocinas.

—Te acompaño a tu habitación —le dijo Belle. Iniciaron la marcha, subiendo despacio por la majestuosa escalera que conectaba la entrada principal con los pisos superiores. Pepper enseguida las adelantó, pero sin separarse demasiado de su ama—. Respondiendo a tu pregunta, el embarazo va mejor de lo que esperaba. Por suerte, se han acabado las náuseas. Si tengo que seguir tomando la horrible infusión que me preparaba la señora Madson, gritaré de forma muy impropia.

Ambas rieron y Rose comenzó a sentirse un poco mejor. La conversación de Belle, tranquila y nada referente a su herencia, le parecía un bálsamo en aquellos momentos. Además, no necesitaba participar demasiado y era de agradecer.

—No obstante, últimamente tengo mucha hambre. —Sonrió como disculpándose—. Temo el momento en el que empiece a engordar, pero el doctor dice que debo comer por dos.

—Estarás preciosa —le respondió ella con sinceridad.

Ya estaba radiante a pesar de las náuseas y los cambios de humor. Rose pensó que el verla debería despertar en ella algún deseo de ser madre, como pasaba en muchas de las otras damas de su edad, pero no era así. Le habían enseñado que su deber era tener hijos, pero nunca había querido cumplir con él y seguía sin desearlo.

No era algo que pudiese decirse en voz alta. A su madre le daría un infarto. Pero ¿acaso no era lícito desear cosas distintas a las de las demás mujeres?

Ella no quería casarse con un desconocido y tener sus hijos, pero ese parecía ser el único destino posible para las mujeres de su rango. Matrimonios como el de Belle parecían la excepción que confirmaba la regla. Ni siquiera se le permitía elegir al hombre con el que compartir su vida porque nadie de su elección sería suficientemente bueno para su madre.

Simon no era suficientemente bueno.

No debería ni pensar en ello.

Cuando llegaron a la habitación de Rose, Belle se despidió con la promesa de encontrarse de nuevo a la hora del té y se marchó para cumplir con sus deberes de marquesa. La observó alejarse con un nuevo nudo en la garganta.

Su doncella ya la esperaba para ayudarla a asearse y cambiarse de ropa. Como siempre, Amelia iba impecablemente vestida con su uniforme blanco y negro, el pelo rubio peinado en un moño tirante bajo la cofia.

Amelia la distrajo con algunos cotilleos que le habían contado en la sala de servicio y le agradeció el intento. Después de escucharla con paciencia durante unos minutos, decidió preguntarle por lo que de verdad quería saber.

—Amelia, ¿sabes dónde está...?

—¿...el señor Daventry? —Su doncella sonrió; ambas sabían a qué señor Daventry se refería—. Me he encargado de hacer averiguaciones discretas. Al parecer, lleva horas en ese lugar que tanto le gusta. Va a congelarse.

Rose sabía a cuál se refería; había ido con él en alguna ocasión. Aunque la gente que tenía el honor de visitar Lily Manor alababa el invernadero y los jardines principales de la mansión, Rose prefería el pequeño parque situado en la zona norte, detrás de la casa. También era el lugar preferido de Simon, donde iba cuando quería pensar.

—Gracias, Amelia.



El frío ya se había adueñado de Inglaterra y la nieve adornaba el camino que conducía a la hermosa fuente del centro, cuyas aguas ya tenían finas placas de hielo. La joven se arrebujó en su capa y se acercó a uno de los bancos repartidos por la zona, que estaba vacía a excepción de su amigo.

Se sentó a su lado en silencio. Simon no parecía haber reparado en su presencia; tenía los ojos cerrados y el ceño levemente fruncido. Estaba pálido y tenía la punta de la nariz roja.

Aprovechó para observarlo mejor y le llamaron la atención sus marcadas ojeras. ¿Acaso no podía dormir bien? Por enésima vez, se preguntó qué le preocuparía tanto. Estaba tan ensimismada que dio un respingo cuando Simon por fin habló.

—¿Por qué no me contaste que lo heredarías todo?

Su tono de voz era neutral, nada que ver con el Simon que conocía. Rose suspiró antes de responder con paciencia a algo que ya le había preguntado antes.

—Siento no habértelo contado, pero no quería que lo supiese nadie.

Él por fin la miró y su rostro era sombrío. Comenzaba a asustarse, porque imaginaba qué rumbo habían tomado sus pensamientos.

—¿Ese es el concepto que tienes de mí? —preguntó con brusquedad, confirmando sus sospechas—. ¿El de alguien a quien solo le importa el dinero?

Rose se ruborizó ante la vil acusación. Era cierto que no quería que la tratase de forma distinta, pero aquello no tenía ni pies ni cabeza. No obstante, ella hubiese pensado igual que él y eso fue lo único que le permitió moderar la voz cuando le respondió.

—Claro que no —le aseguró con total sinceridad—. Pero no es algo de lo que me guste hablar

porque sé lo que implica.

Simon rio, sardónico. Estaba irreconocible.

—¿Que te venderán al mejor postor? O debería decir que tú eres el mejor postor.

El tono fue tan frío, tan acusador, como si ella hubiese hecho algo malo, que se sintió profundamente dolida. Y la rabia la inundó.

Se levantó como un resorte y lo miró desde arriba. Él debió arrepentirse de lo que había dicho, pues hizo una mueca de dolor, pero Rose no iba a dejar pasar aquello. El otro día había parecido que la entendía, pero estaba claro que no había sido el caso.

—No sé qué demonios te pasa, Simon Daventry. —Hasta ella se sorprendió por utilizar un vocabulario tan impropio—. Pero no tengo ningún deseo de ser tu saco de boxeo. No te lo voy a permitir.

Simon estuvo a punto de decir algo, pero en el último momento se arrepintió. Eso la enfureció todavía más.

—No me culpes de tus frustraciones. —Una vez empezado, le fue imposible parar—. Sea lo que sea por lo que estás tan enfadado, arréglalo en lugar de pagarlo con los demás.

Y lo dejó de nuevo solo mientras conseguía, a duras penas, aguantar las lágrimas.



Si antes tenía una pequeña posibilidad, se había esfumado. Sabiendo lo que Rose heredaría, todos los asquerosos cazadotes irían tras ella. Era cuestión de tiempo que uno de ellos tuviese un título apropiado para su rango.

No podía competir contra eso. Él solo era el tercer hijo de un marqués sin posibilidad de heredar nada que deslumbrara a los marqueses de Blackmore.

Se sentía como un imbécil por haberle hablado así; no lo merecía. Al principio, cuando se lo contó, creía poder hacer como si no le importase y apoyarla. El dinero le daba igual, pero cambiaba las cosas. Y el ser consciente de eso lo había dejado en la miseria.

Ella había sido el primer blanco que su frustración había encontrado. Ni siquiera pensaba que no se lo hubiese contado por maldad; Rose no sería capaz de algo así.

«Eres un imbécil, Simon», se dijo con rabia.

Quizá era mejor así. Si se alejaba de ella, sería más fácil ver cómo salía de su vida de la mano de otro hombre. Una vez casada, su amistad se resentiría por la presión social. Ya había rumores, así que todo se multiplicaría por mil. Era cuestión de tiempo y ambos lo sabían.

Pero el pensar en perderla le rasgaba el alma.

Capítulo 6

Blackmore House, 30 de abril de 1850

Querido Simon:

La temporada está siendo un desastre. La mayoría de las damas de mi edad están teniendo mucho éxito, pero yo no soy capaz de hablar con nadie. ~~Ojalá estuvieses aquí.~~ Mi madre no hace más que atosigarme.

Hace mucho que no me escribes, que no sé de ti. Desde que te fuiste a Oxford, te has olvidado de mí. ~~Me siento sola.~~

Te echo de menos.

Rose

(Carta no enviada)

Una semana después, Rose se despertó muy temprano y, a pesar de que hacía bastante frío, decidió levantarse para intentar desbloquear su mente. Se abrochó con fuerza la bata antes de tirar de la campanilla para llamar a su doncella. Los nervios se la comían desde hacía días. La composición no avanzaba; no conseguía que la línea melódica fuera coherente y no ayudaba que su mente solo quisiera encontrar justificación ante el extraño e inexcusable comportamiento de Simon.

No habían hablado de nuevo desde la discusión en el parque y él procuraba no estar en la misma habitación que ella más de lo estrictamente necesario.

Le dolía muchísimo su comportamiento y ella esperaba que a aquellas alturas él ya hubiese recapacitado. Pero prefería evitarla a enfrentarse a ella.

Rose no daría el primer paso; no había hecho nada malo.

Y, por supuesto, estaba todo el asunto de la herencia. Allí en el campo todavía no había podido ver las repercusiones que le traería la columna de *The Golden Swan*, pero sabía que llegarían con la oleada de invitados de la primera semana de diciembre.

Quería hacerse pequeña hasta desaparecer.

Todo aquello la mortificaba. ¿Por qué tenía que casarse? La llenaba de rabia el hecho de saber que, fuera quien fuese su futuro marido, solo querría su dinero. Y no solo eso: no podría conseguir que el hombre le gustase porque solo deseaba recibir una propuesta de matrimonio en concreto.

Maldito fuera Simon Daventry.

Su doncella entró cuando Rose volcaba el agua de la jarra en el aguamanil para lavarse la cara.

—Buenos días, *milady* —la saludó con una sonrisa afable—. ¿Cómo está? ¿Ha manchado las sábanas de sangre?

Rose negó con la cabeza.

—Todavía no.

Amelia llevaba la cuenta de su periodo mejor que ella y se encargaba de que siempre tuviese paños limpios a mano cuando llegaba el momento.

—Entonces ¿ha dormido bien?

—Más o menos —respondió mientras se desperezaba. Amelia descorrió las cortinas y se encargó de atizar el fuego mientras Rose se desahogaba con ella. Era un ritual que mantenían a menudo—. La composición no va del todo bien y...

—¿Y qué, *milady*? —preguntó al ver que Rose callaba.

Se sentó frente al tocador para que Amelia la peinase. Cogió la crema de manos y comenzó a aplicársela, distraída. Su doncella se dedicó a cepillar su cabello, esperando con paciencia a que Rose se decidiese a hablar. No fue hasta que se puso los pendientes que encontró el valor para decir en voz alta lo que pensaba.

—Tengo miedo de perder a Simon.

Vio que Amelia arqueaba levemente las cejas. A menudo, las doncellas particulares eran conocedoras y guardaban los secretos de sus señoras y Rosalie le confiaba muchas cosas a la suya. Ella era la única persona con la que podía hablar de su amor por Simon.

—No creo que eso vaya a pasar, *milady* —le aseguró. Terminó de cepillar un mechón y cogió otro—. ¿Por qué no intenta hablar con él? Seguro que se arrepiente de lo que le dijo.

Rose no quería ir a hablar con él; no era ella quien debía dar el primer paso. Eso le decía la cabeza y el orgullo. Pero su corazón le gritaba justo lo contrario.

Dejó que Amelia le recogiese el pelo en un moño sencillo y la ayudara a vestirse. Se moría de hambre, así que decidió bajar a desayunar, aunque lo más seguro era que lo hiciese sola. Seguía siendo muy temprano para la familia Daventry.

Sin embargo, antes de que pudiese marcharse, la puerta de su habitación volvió a abrirse de golpe, sin llamada previa.

—Buenos días, madre —susurró sin mirar. Era la única que podía entrar en su dormitorio de una forma tan grosera.

Su madre no respondió, atravesándola con la mirada, idéntica a la suya. La diferencia era la frialdad que desprendía cuando se trataba de mirarla a ella. Se quedó quieta, sin hablar, pues aquel escrutinio era una costumbre demasiado habitual entre ellas. La marquesa evaluó su aspecto y chasqueó la lengua con disgusto.

—Apriétale más el corsé, Amelia —ordenó a su doncella—. Cuántas veces tengo que decirlo. No puedes parecer una vaca si estás buscando marido.

Cerró el puño, furiosa, y notó que le temblaba. Siempre era así, porque Rosalie no era suficiente para ella. Su aspecto nunca era correcto, nunca hablaba ni se comportaba de forma adecuada; solo tenía críticas para ella. Ni una sola vez recordaba un halago que saliese de ella de forma natural. Por mucho que Rose se esforzara, no era lo bastante buena para ser la hija de la marquesa de Blackmore.

Quizá tuviese razón en eso, pensó. Nunca había encontrado el valor para enfrentarse a ella y decirle lo que pensaba. Era consciente de que la mayoría de sus inseguridades se agravaban en su presencia, pero era su madre y su autoridad todavía la amedrentaba. Podría hundirla con una sola palabra.

Y se despreciaba a sí misma por ello.

Cuando Amelia, tras mirarla compungida, hubo cumplido la orden hasta que la marquesa estuvo satisfecha, Rose no podía respirar con normalidad. Aquellos corsés eran jaulas de metal para los pulmones de las mujeres. Debería haberse acostumbrado, pero no creía poder hacerlo nunca.

—Así está bien —asintió la marquesa antes de marcharse a sus quehaceres. Le dedicó algo parecido a una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Puedes salir, Rosalie. Y procura hablar correctamente con los caballeros. Se te acaba el tiempo y no me gustaría que tu padre hubiese desvinculado las propiedades en vano. No serás tan desagradecida con él, ¿verdad?

El bofetón no fue físico, pero dolió tanto o más que si le hubiese golpeado la cara. No solo le recordaba sus problemas para socializar, sino también que se estaba convirtiendo en una solterona. Pero si esperaba hacerla sentir culpable por lo que le habían hecho, estaba muy equivocada.

Pero no pudo decirle nada.

—No, madre —se limitó a murmurar antes de marcharse rumbo al comedor.

Nada más perderla de vista, Amelia le aflojó el corsé y Rose pudo volver a respirar. Ninguna de las dos dijo nada más.

Deprimida, bajó a desayunar. Como esperaba, ninguno de los hermanos se encontraba en el comedor. Sin embargo, la marquesa viuda estaba sentada en la cabecera de la mesa leyendo su abundante correspondencia, como era habitual en ella.

—Buenos días, querida. Todo el mundo está aceptando la invitación a la fiesta —la saludó antes de dar un buen trago a su taza de té—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —fue hasta el aparador para servirse huevos y tostadas en un plato. Se sirvió una taza de té y se sentó a la mesa—. ¿Qué hace despierta tan temprano?

—Hoy tengo muchas cosas que hacer. —Suspiró sirviéndose un poco más de té y bebiendo con deleite—. Tengo que preparar el ala norte para cuando lleguen los invitados, aprobar los menús... Espero que me dé tiempo a ir al pueblo para enviar estas cartas. Algunas son urgentes.

Rose echó un vistazo al buen montón de cartas selladas que *lady* Satherton miraba con intensidad, como si deseara que saliesen volando de repente y se enviasen ellas solas.

—Da la casualidad de que quería acercarme al pueblo —mintió con una sonrisa—. Puedo enviárselas yo.

Salir de la casa le haría bien para despejar la mente, pero no quería que *lady* Satherton la interrogase en demasía. Podía ser tan insistente como su propia madre.

Sin embargo, la mirada de la marquesa se iluminó como la de Gwen cuando servían en la mesa su postre favorito: pastel de zanahoria.

—Te lo agradezco muchísimo, querida. —Le puso el montón de cartas en la mano y le sonrió con dulzura—. Te lo encargo a ti, entonces.

Dicho aquello, salió con rapidez del comedor y Rose la escuchó dar órdenes a diestro y siniestro. Sonrió, deseando tener tanta energía cuando llegase a su edad, y dio buena cuenta del desayuno.

Tras terminar la segunda taza de té, avisó a su doncella y ambas se abrigaron bien. Amelia la acompañaría, por supuesto. Sabía que era mejor no marcharse sola, aunque solo fuese al pequeño pueblo un par de horas.

Estaban ya en el vestíbulo cuando una voz las detuvo.

—¿Adónde vas?

Rose se giró y encontró a Simon bajando la escalera principal. Iba impecablemente vestido, pero despeinado. La observaba fijamente y Rose se debatió entre el alivio porque por fin dejara de ignorarla y la rabia por su comportamiento infantil.

Decidió contar hasta diez antes de responder.

—Al pueblo —respondió lo más serenamente que pudo—. ¿Quieres venir?

Lo observó vacilar antes de negar con la cabeza.

—Diviértete —dijo antes de desaparecer dentro del comedor.

Sin duda, se quedaba con la rabia.

Reprimiendo las ganas de ir tras él y decirle las cuatro verdades que merecía, salió de la casa y se encaminó hacia el pueblo a buen paso. Era un trayecto un poco largo, pero necesitaba caminar. Amelia se acomodó a su ritmo en silencio, arrebujándose en su abrigo, y esperó pacientemente a que Rose estallara. No tuvo que esperar mucho.

—¡Es un... un...! —El enfado le impedía seguir hablando.

—Negaré haber dicho esto, pero quizá la palabra que busca *milady* es «imbécil».

—¡Sí! —exclamó—. ¡Es un auténtico imbécil!

Cuando llegaron al pueblo, Rosalie todavía despotricaba contra Simon, pero tuvo que calmarse para guardar la compostura delante de la gente que paseaba por las calles de Maulden¹.

Era un pueblecito tranquilo, cuyos habitantes eran trabajadores de las casas de campo colindantes. Arrendatarios en su mayoría, que iban al pueblo para comprar suministros en vista del crudo invierno que se avecinaba. De vez en cuando se encontraban a algún noble que paseaba o entraba en alguna de las modestas tiendas. Rosalie procuraba que los saludos duraran lo estrictamente necesario; no le gustaba socializar en días normales, así que en aquel momento solo deseaba chasquear los dedos y que todo el mundo desapareciese.

Pasaron frente al escaparate de una pequeña y modesta tienda que vendía libros y toda clase de adornos. Rose se fijó en una cajita-joya preciosa, que tenía la forma de una mariposa de color dorado, azul y malva. Estaba medio abierta y mostraba varios compartimentos entre sus bonitas alas. Sin pensar, entró en la tienda.

Aspiró el olor a papel viejo y le devolvió la sonrisa al amable vendedor, que le dio la bienvenida. Antes de poder preguntar por aquella cajita, una imagen de Simon apareció en su mente, mirándola con desprecio, y un dolor agudo se instaló en su pecho.

—Tinta para recargar una pluma —dijo al fin.

Pagó su compra y se despidió lo más serena que pudo. Cuando salió de la tienda, resistió el impulso de mirar la cajita. Una parte de su ser le decía que estaba siendo irracional, que solo era un estúpido adorno. La otra, más poderosa, no podía evitar sentir rencor.

Le decía que no iba a ser *Mariposa* nunca más.

—Vayamos a la posta a enviar las misivas —le dijo a Amelia, que la siguió en silencio. Le agradeció que no hiciese ningún comentario.

Se tragó la tristeza y la rabia. Ella no tenía la culpa de haberse convertido en un blanco para los cazafortunas. Ella no tenía la culpa de que su padre la hubiese puesto en primera línea de fuego. Y, desde luego, ella no tenía la culpa de ser presa de un amor no correspondido.

¿Él quería alejarla? Muy bien. Pues se acabó el seguir deseando un imposible.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, tan indignada, que no vio que alguien salía de la posta al mismo tiempo que ella intentaba entrar. El choque fue inevitable y Rose tuvo que concentrarse para no perder el equilibrio y no caer al suelo de forma muy poco apropiada.

—¡L-lo siento mu-mucho! —se apresuró a decir. El nerviosismo se apoderó de ella y se agachó a recoger las cartas que habían caído al suelo sin ni siquiera fijarse en la persona con la que se

había chocado.

—No se preocupe, ha sido un accidente —dijo una voz de hombre. Tras ayudarla a recoger, el desconocido la agarró del codo para ayudarla a incorporarse.

Rose contuvo el aliento; era un atrevimiento tocarla. Él pareció darse cuenta porque la soltó de inmediato. El hombre la miró y sonrió antes de quitarse el sombrero con rapidez para saludarla.

—Mil perdones, bella dama. —Tenía unos modales perfectos y educados—. Ha sido un error garrafal por mi parte no verla aparecer.

Lo observó con atención. Era alto y corpulento. Tenía el pelo castaño oscuro y unos ojos muy verdes. No tenía unos rasgos muy atractivos, pero lo compensaba con una sonrisa que lo hacía parecer muy accesible. No debía de tener ni treinta años. Por su acento, supuso que era americano. Había algo en él que le resultaba familiar, pero no sabía decir qué.

Llevaba el cabello perfectamente peinado y la barba arreglada. Vestía ropas de buena calidad, que delataban su posición social. O era noble o un burgués muy rico. Quizá era el dueño de alguna de las casas de campo de los alrededores.

No obstante, a pesar de su aspecto de caballero, Rose lo caló de inmediato; era un libertino. Tenía esa mueca desvergonzada de la que su madre siempre le advertía; esa que indicaba que solo querían divertirse con las mujeres. Sin embargo, parecía agradable, así que le devolvió la sonrisa.

Si no se dejaba embaucar, no era un peligro para ella. Al menos mientras siguiese acompañada de su doncella.

—Es-espero que me perdone —respondió—. Estaba pe-pensando en mis cosas y no lo he visto.

El joven dio un paso hacia atrás y pestañeó con gran teatralidad. Parecía ignorar por completo su nerviosismo. Él mismo parecía comportarse de forma extraña.

—Admito que suelo pensar en mis cosas más veces de las que se consideraría correcto —le aseguró, cogiéndola de la mano y besándosela—. Puede usted chocar conmigo todas las veces que quiera.

Rose lo miró en silencio antes de romper a reír con ganas. Tuvo que ponerse la otra mano delante de la boca para disimular. Era de mala educación reírse de los desconocidos. De reojo vio que Amelia miraba al hombre con una mezcla de diversión y escepticismo. Aquel joven era todo un personaje.

—¿Se ríe usted de mí? —No parecía enfadado, pero Rose trató de controlarse.

—Lo siento —se disculpó entre hipidos—. He visto a libertinos en acción, pero a nadie tan directo como usted.

Había sido demasiado irrespetuosa. Volvió a intentar disculparse, pero él se limitó a mirarla algo extrañado antes de reír con ella.

—Me ha cazado al vuelo, señorita —respondió sin pizca de vergüenza—. Le prometo que puedo llegar a ser mucho más sutil; se lo demostraré.

Ella negó ante la broma.

—Ya he tenido zalamerías suficientes para toda una vida. —Rose se soltó y volvió a sonreírle para suavizar el rechazo—. Me conformo con una conversación amigable.

Lo vio fijar la vista de repente en un hombre que pasaba cerca de ellos. Iba con su hijo pequeño y le estaba dando una charla sobre no interrumpir a los mayores cuando hablaban de cosas importantes. Su tono era amable, pero estricto, y el niño escuchaba con atención.

—Mi padre solía darme charlas como esa —murmuró tan bajo su interlocutor que Rose tuvo que esforzarse para entenderlo.

—¿Disculpe?

Él se giró de nuevo hacia ella, como si hubiese olvidado que estaba allí. Tenía la mirada un poco perdida, pero enseguida pareció aterrizar de nuevo en la Tierra. Amelia la miró con un mohín de disgusto; sabía en qué estaba pensando: dejar de escuchar a la otra persona denotaba una gran falta de educación.

—Soy un despistado —dijo avergonzado, dándose cuenta de lo que estaba haciendo—. Le ruego que me disculpe. ¿Qué me decía?

Rose estuvo a punto de decirle algo cortante, pero en su mirada vio que realmente parecía arrepentido, así que suspiró.

—Le decía que me conformaba con una conversación amigable, sin zalamerías.

—Faltaría más —dijo él con rapidez, inclinando la cabeza para mostrar su conformidad—. Acabo de llegar a este país gris y lluvioso y todavía no he podido hacer amigos.

—Entonces debería comenzar por presentarse.

Se sorprendió de repente. ¿Era ella la que estaba hablando con tanta fluidez? Se dio cuenta de que aquel joven la hacía sentir cómoda, a pesar de sus rarezas. El que la hiciese reír había disipado su timidez y su vergüenza inicial por el choque.

—Leonard Daventry a su servicio, señorita —se presentó con una teatral reverencia—. Pero usted puede llamarme Leo.

Rose palideció. ¿Había dicho Daventry?

La expresión de Amelia había pasado del escepticismo a la incredulidad. Probablemente era un eco de la suya.

—Veo que mi apellido no le es indiferente —añadió Leo al estudiar su expresión—. ¿Acaso conoce a mi tía y mis primos de Inglaterra?

—La... la verdad es que sí —respondió todavía sorprendida—. Soy una amiga de la familia Daventry: *lady* Rosalie Ridgeway.

La mirada de Leo se iluminó.

—¡Qué magnífica casualidad! —exclamó contento—. Me cuesta admitir que estoy perdido desde que llegué al pueblo y me dirigía a preguntar indicaciones. ¿Podría usted indicarme el camino a Lily Manor?

No había reconocido su apellido, al menos eso esperaba. Era refrescante hablar con alguien que no conocía quién era su padre.

—Por supuesto. —Le sonrió—. En cuanto envíe unas cartas, iré hacia allá. Si quiere, puede acompañarnos.

Leo se mostró de acuerdo, así que esperó con Amelia en la puerta a que Rose enviara las cartas de *lady* Olivia. No pudo haber tardado más de cinco minutos, pero cuando salió pudo ver que ya tenía a su doncella comiendo de la palma de la mano. Le dio la impresión de que era un lobo feroz con modales encantadores.

—¡Vamos! —dijo ofreciéndole su brazo.

Ella iba a dárselo, pero se dio cuenta de que Leo se dejaba algo.

—Creo que olvida su sombrero. —Señaló el alféizar de la ventana de la posta, donde estaba la prenda oscura.

Leo parpadeó, como si ya no recordara que antes llevaba sombrero.

—Dios santo, perdería la cabeza si no la llevara pegada a los hombros —arguyó sin darle más importancia.

Una vez tuvieron todo, se encaminaron de vuelta a Lily Manor. Leo hablaba sin parar, contándole cosas de América y de Boston, la ciudad en la que vivía. Rose se sorprendió respondiendo algunas de sus preguntas y rio cuando su acompañante admitió avergonzado que no tenía ni la más remota idea de música.

—No se preocupe —le aseguró—. La mayoría de la aristocracia finge entender, pero tampoco lo hace. Al menos usted lo confiesa.

Una vez dejaba atrás su galanteo, Leonard Daventry se convertía en una persona agradable y con la que era fácil conversar. Le recordaba a sus primos, pero había en él una jovialidad y una energía que delataba que su parte americana superaba a la inglesa. Lo único que veía era que se distraía con mucha facilidad, pero pronto vio que no era falta de educación, sino algo que no podía evitar.

—Espero poder oírla tocar alguna vez —decía en ese momento.

Ella no respondió; no tocaba para nadie que no fuera de la familia o su círculo más íntimo. Era complicado para ella evadirse del hecho de ser el centro de atención. Quizá algún día podría lograrlo.

Lily Manor apareció tras salvar una última colina, lo que le dio una oportunidad de cambiar de tema.

—Ya llegamos —le dijo.

Observó la cara de Leo al ver la morada de los Daventry. La propia Rose había experimentado una sorpresa parecida al ver los majestuosos jardines por primera vez.

—No recordaba que fueran tan hermosos —murmuró en voz tan baja que casi no le entendió.

—¿Había estado aquí antes?

—Cuando era pequeño.

Estaban llegando a la puerta principal cuando vieron a Gwen acercándose a ellos desde el camino del oeste. Llevaba el bloc de dibujo bajo el brazo y la cara manchada de carboncillo. Se estaba comiendo una galleta con deleite a pesar del frío.

Rose pensó que a su madre le daría un síncope si comiese tanto. Últimamente le estaba insinuando que ya no podía apretarle más el corpiño, como aquella mañana, y eso que no comía ni la mitad que Gwen. Pero a la joven Daventry no parecía importarle el usar vestidos dos tallas más grandes que lo que la aristocracia consideraba adecuado.

Ojalá se le contagiara algo de su seguridad.

—¿Quién es el recién llegado? —preguntó cuando llegó a su altura. La pelirroja lo observó con ojo crítico y descarado.

—¿Gwendolyn? —dijo él sorprendido.

La pelirroja frunció la nariz; odiaba que la llamasen por su nombre completo.

—¿Y tú eres...? —Rose se estremeció ante su falta de modales, pero a Leo no pareció importarle en absoluto. Parecía encantado.

—¡Soy Leo!

El rostro de Gwen por fin reflejó algo distinto al desdén: reconocimiento.

—¡Vaya! ¡El primo pródigo! —La sonrisa que Gwen le dedicó fue burlona—. ¿Has venido para

empaparte de las delicias de Inglaterra?

Leo no se amedrentó un ápice.

—Empaparme seguro —dijo señalando el cielo encapotado—. ¿Acaso los ingleses sabéis lo que es el sol? Normal que estéis todos más blancos que el papel de fumar.

Rose pensó que nunca había compartido a una conversación tan poco protocolaria. Y eso que conocía a los Daventry desde hacía más de diez años.

Gwen, por su parte, sonrió. Rose supo que acababa de aprobar la presencia del recién llegado.

—Bienvenido, querido primo —dijo antes de encaminarse hacia la casa sin esperarlos.

—¿Todos mis primos son así? —preguntó visiblemente divertido.

Rose rio.

—Gwen es única —respondió—, pero los demás no se quedan atrás.

Llegaron a la casa, donde los recibió el mayordomo, que enseguida fue a avisar a los marqueses. Amelia se marchó a sus quehaceres y Rose acompañó a Leo a la salita de la familia, ya que era la hora del almuerzo. Aquel día todos los Daventry acudirían a la cita, tal y como se acostumbraba a hacer cuando tenían visita. Y aquella era una visita de lo más importante.

—Tengo ganas de ver a mis primos de nuevo. —Leo parecía entusiasmado con la idea—. Y a la tía Olivia. ¿Decía usted que Gabriel se ha casado?

Rose asintió.

—Y Belle está esperando un bebé.

En ese momento se detuvieron ante la puerta de la salita, que estaba cerrada. Leo abrió la puerta y la dejó pasar primero mientras volvía a hablar.

—¿Usted está prometida?

Rose se sonrojó ante una pregunta tan directa. ¿Aquello era interés? Antes de poder responderle, un sonido proveniente de la salita hizo que se girara. Rose dio un respingo cuando vio a Simon sentado solo en una de las butacas, y los miraba con cara de pocos amigos.



Aquella mañana, Simon había entrado en el comedor con el humor de perros que lo acompañaba desde hacía días. Como su hermana Gwen le dejó bien claro: estaba insoportable. Sin embargo, su hermana pequeña no se detuvo en eso, como era acostumbrado en ella.

—Estás comportándote como un idiota —le soltó sin dejar de dar buena cuenta de su desayuno.

—Gwen... —Su tono era de advertencia, pero su hermana lo ignoró olímpicamente.

—Si quieres casarte con Rose, hazlo. —Simon casi se atraganta con la tostada que estaba masticando—. Deja de languidecer y actúa.

Ni siquiera le preguntó cómo lo sabía, ni tampoco trató de negarlo. Todo eso era inútil cuando se trataba de Gwendolyn Daventry.

—No es tan sencillo. —Sacudió la cabeza.

—¿Por qué? ¿Porque no tienes título? —Una vez más, su hermana pequeña parecía leerle la mente—. ¿Crees que eso a Rosalie le importa?

No, ella no era tan superficial. Sabía perfectamente que, si lo rechazaba, no sería por ese motivo. Pero...

—Sus padres no son de la misma opinión.

—Excusas. —Gwen lo miró con desdén—. Desde luego, ahí sentado sin hacer nada no vas a conseguir que te aprueben. Por una vez que no somos las mujeres las que tenemos que hacernos de valer...

Dicho eso, siguió comiendo sin abrir la boca nada más que para llevarse el tenedor a la boca. Simon miró a su hermana con desconcierto por su arrebató y con una pizca de vergüenza, pues sabía que tenía razón. Claro que nunca lo admitiría en su presencia.

Tras el desayuno, las palabras de Gwen seguían resonando en su mente. Sentado frente al piano de la sala de música, tocando una escala de forma distraída, algo hizo clic en su mente. Se había rendido, era cierto. Había tratado a Rose de forma horrible y no lo merecía.

Tenía que arreglarlo. Disculparse. Quería demostrarle que podía hacerla feliz, aunque ella solo lo viese como su mejor amigo.

Si él no era la persona a la que Rose elegía, seguiría a su lado para ayudarla a encontrar un marido que la mereciese. No alguien que únicamente se interesase por su dinero. Se lo prometió a sí mismo.

Seguía decidido a ello cuando la vio entrar en la salita del brazo de un desconocido que le acababa de preguntar si estaba prometida.

Tendría que comenzar a cumplir su promesa antes de lo esperado.

Cuando sus miradas se encontraron y Rose se sonrojó, como si fuese una niña a la que han encontrado haciendo una travesura, Simon tuvo que contar hasta diez para no volver a ser el hombre insoportable que había sido los últimos días.

—Simon —dijo ella.

Él tragó saliva; solo tenía ojos para ella.

—Rose...

—¡Primo Simon! —El desconocido lo interrumpió—. ¡Cuánto tiempo!

De mala gana, Simon desvió la mirada hacia el joven moreno que tenía delante, que le estaba dando fuertes palmadas en la espalda. ¿Había dicho «primo»?

—¿L-leo? —Simon hizo una mueca antes de apartarse para impedir que le dislocase el hombro.

—¿Cómo estás? —Su primo ya no era el niño delgaducho que había visto la última vez. Claro, que él tampoco.

—Bien —respondió secamente antes de recuperar su capacidad de reacción y trató de ser educado—. ¿Cuándo has llegado?

Miró a Rose, que seguía sonrojada y miraba a cualquier parte menos a él. Leo pareció leerle la mente, porque sonrió de oreja a oreja.

—Esta encantadora señorita me ha guiado hasta aquí desde el pueblo. Me temo que no tengo un gran sentido de la orientación. —Acto seguido, sujetó la mano de Rosalie y se la besó con galantería. Fue un beso ligero, no duró más de dos segundos, pero Simon tuvo la sensación de que ese gesto no tenía nada de inocente—. Le quedo muy agradecido, *milady*.

—Gracias a usted por el agradable paseo. —Ella le sonrió con dulzura y Simon sintió un agudo pinchazo en el pecho que solo podía tener dos explicaciones, y no creía que estuviese a punto de sufrir un infarto.

Rose nunca se comportaba con tanta seguridad delante de desconocidos. Eso significaba que Leo había conseguido que se sintiera tan cómodo como para olvidar su timidez. Estaba orgulloso de ella porque lograra superarlo cada vez más, pero no era capaz de deshacerse de la

desagradable sensación que tenía instalada en la boca del estómago.

Si Dios quería castigarlo por su comportamiento, acababa de llegar su propia plaga bíblica, encarnada en un americano encantador e inoportuno.

Un americano que tenía mucho interés por saber si estaba prometida.

—Rose... —Simon tragó saliva cuando ella lo miró por fin. No sabía qué decirle, a pesar de que llevaba una hora practicando su discurso. Quizá caer de rodillas ante ella era la mejor opción.

Estaba preciosa con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes. ¿Cómo no se había dado cuenta de que aquel vestido le sentaba de maravilla? Pero lo más increíble siempre había sido su mente despierta e inteligente.

Estaba enamorado de ella de forma irremediable.

Sin embargo, antes de que se decidiese a hablar allí mismo o, en consecuencia, a echar a su primo de la habitación con cajas destempladas, su familia al completo entró en la estancia como si de una manada de búfalos se tratara. Todos se abalanzaron sobre el recién llegado, que les devolvió el saludo con efusividad. Simon se vio arrastrado lejos de Rose por la marea Daventry.

—¡Leonard! —exclamó su madre con alegría antes de abrazarlo con fuerza—. ¡Cuánto me alegro de verte! Estás hecho todo un caballero.

El aludido, que estaba presentándose ante Belle, sonrió.

—Usted me ve con buenos ojos, tía Olivia. —Leo los miró a todos y les guiñó un ojo—. En realidad soy un granuja.

Rose sonrió con disimulo, como si le hiciera gracia alguna clase de chiste privado. Simon respiró hondo.

—Bienvenido a Lily Manor, entonces. —Gabriel sonrió entre dientes—. No aceptamos a nadie con un mínimo de comportamiento indecoroso.

—Entonces voy bien servido. —Leo rio con ganas y los demás lo imitaron. Excepto *lady* Olivia, claro.

Simon registró aquella conversación a duras penas, pues solo tenía ojos para Rose. Incapaz de hablar con ella, la joven pareció entenderlo, pues asintió y sonrió antes de articular en silencio la palabra «luego». El alivio lo inundó lo suficiente como para poder concentrarse en lo que decía su familia.

Cuando los criados llegaron con el servicio de té, todos tomaron asiento, repartidos por la sala. Gabriel mandó a un lacayo para que trajeran el equipaje de Leo desde la posada donde se había detenido para refrescarse y cuidar de sus caballos y para que avisaran a su ayuda de cámara para que pudiese instalarse.

Hablaron durante un buen rato de América, la familia de Leo y de muchas otras cosas mientras el té y los emparedados volaban. El recién llegado contó que había sido un mes de travesía muy largo desde Boston y que estaba harto de la comida enlatada y de su incómodo camarote. Simon estaba cada vez más nervioso y callado, incapaz de fingir que no deseaba chasquear los dedos para que su familia se esfumase durante media hora y quedarse a solas con Rose.

—Llegas justo a tiempo para las fiestas —intervino Michael en ese momento—. La Navidad en Lily Manor es algo digno de ver.

—Sí, así podrás participar de la caza. —Gwen rio y sus hermanos pusieron cara de angustia.

—Cuídate de mamá, primo Leo. —La expresión de Sophie era burlona, pero Simon sabía que en el fondo estaba dándole un consejo de lo más sincero.

La marquesa viuda resopló, ofendida.

—¿Qué tiene de malo querer ver a mis hijos casados? —Los miró a todos con censura—. Gabriel es feliz, ¿o no?

El susodicho levantó las manos en señal de paz.

—No me metas en esto, madre.

—Gabriel solo quería a alguien con quien jugar al ajedrez. —El tono de Michael era claramente irónico y, a juzgar por el repentino sonrojo de Belle, había dado en el blanco.

Gabriel le lanzó una galleta que su hermano atrapó al vuelo con la boca.

—Espero que te atragantes —le espetó y Michael rio mientras tragaba.

—Siento decepcionarte, hermano.

Simon sonrió a su pesar. Adoraba a sus hermanos y no sabía qué haría sin ellos. Gracias a Dios, no tenía que enfrentarse a ese dilema.

Leo observaba la escena con diversión y sonrió con descaro.

—Quizá le pida ayuda casamentera, querida tía —dijo, provocado que se hiciera el silencio—. Mi padre quiere que siente la cabeza y es una buena manera de hacerlo.

Mientras todos soltaban expresiones de asombro, Simon se fijó en que la mirada inquieta de Leo se posaba en Rose y le hirvió la sangre.

—No sabes dónde te metes. —Michael sacudió la cabeza como si lo creyera loco.

Leo no respondió; parecía muy ocupado mirando uno de los cuadros colgados de la pared.

A su madre, en cambio, parecía que le habían adelantado la Navidad por cómo se le iluminó la mirada.

—Sé de muchas jóvenes damas que buscan marido. —Olivia miró a su sobrino con alegría—. Seguro que surgirá el interés mutuo con alguna de ellas.

Los hermanos se miraron con una especie de alivio y esperanza. Si su madre se entretenía con Leo...

Como si les hubiese leído la mente, Olivia se giró hacia ellos.

—No creáis que me olvido de vosotros —manifestó—. Deberíais seguir el ejemplo de vuestro primo en lugar de huir como cobardes.

Aquello era demasiado. Simon no podía seguir ni un segundo más en aquella habitación o se volvería loco de atar.

—Si me disculpáis... —dijo levantándose y dirigiéndose a la puerta con toda la naturalidad que fue capaz de reunir—. Tengo que cambiarme para la cena.

Aquello fue como si hubiese caído un rayo, pues todos se dieron cuenta de lo tarde que era y comenzaron a excusarse para ir a sus respectivas habitaciones. Salieron escopeteados, pues solo quedaba una hora para la cena. Gabriel y Belle se llevaron a Leo para enseñarle su habitación y en el transcurso de medio minuto, el alboroto había desaparecido. De repente se dio cuenta de que Rose y él se habían quedado a solas.

Era el momento. Respiró hondo para disculparse, pero ella se le adelantó.

—¿Qué querías decirme? —preguntó—. Llevas toda la tarde a punto de explotar.

Lo conocía demasiado bien; desde siempre. Hasta cuando eran niños y no tenían preocupaciones más allá de los estudios Rose siempre sabía cuándo él no estaba bien mucho antes que cualquiera. Sin embargo, aquella vez ella estaba tan desconcertada como él. Porque Simon no sabía cómo gestionar lo que sentía y se daba cuenta de que le estaba pasando factura. ¿Podía

seguir a su lado sin decirle lo que sentía?

—Quiero disculparme por mi comportamiento. —Las palabras fluyeron por fin—. He sido un idiota y un estúpido...

—Lo has sido —corroboró ella.

Estaba claro que no se lo iba a poner fácil y se lo merecía.

—Perdóname. —La miró a los ojos, que parecían más oscuros de lo habitual, y se negó a bajar la cabeza, esperando su sentencia.

Ella lo miró largo rato sin decir palabra. Su mirada era limpia y sincera, pero Simon no tenía ni idea de qué se fraguaba bajo esa cabellera castaña.

—¿Por qué te has comportado así? —preguntó finalmente.

Era de esperar; Rose no iba a dejarle salir de allí sin conocer todos los detalles. Si había algo que odiara era no entender el porqué de algo. Aquello no era ninguna excepción.

«Díselo», una voz parecida a la de Gwen surgió en su mente. «No seas idiota».

Pero la inseguridad hizo mella en él y las palabras se le atascaron en la garganta, como moscas atrapadas en una tela de araña.

—No lo sé. —Fue lo único que pudo farfullar.

La decepción se reflejó en su rostro y fue como una patada en el estómago. Había vuelto a fastidiarlo todo.

—Ya te había perdonado. Siempre lo haré aunque no quiera —le dijo en voz baja, y él quiso preguntarle a qué se refería—, pero hasta que no seas sincero conmigo, no veo cómo podemos arreglar esto.

La vio desaparecer por la puerta y fue incapaz de detenerla, porque sabía que tenía razón. Y también sabía que iba a perderla.

1 Pequeño pueblo del condado de Bedfordshire de no más de 3.000 habitantes.

Capítulo 7

Oxford, 25 de noviembre de 1851

Mariposa:

Me voy de viaje durante un tiempo; es algo que me hace mucha ilusión hacer, al igual que hicieron mis hermanos.

Siento no haber estado demasiado tiempo para ti estos meses, pero prometo escribirte mucho más a menudo. Ahora ya no tengo que estudiar, aunque echaré de menos los números.

Quién iba a decirlo, ¿eh?

Te irá bien, ya lo verás. Si te sientes agobiada, haz lo que puedas por irte del lugar. No merece la pena pasarlo mal por culpa de un puñado de aristócratas que solo quieren criticar. Le he dicho a mi hermana que cuide de ti; cuida tú de ella también. Sophie necesita a alguien con quien hablar. Es demasiado solitaria.

No juegues al ajedrez con Gabriel. Es un consejo de amigo.

Nos veremos antes de que te des cuenta de que ha pasado el tiempo y te contaré todo lo que he visto. Si quieres, la próxima vez nos iremos juntos.

Un fuerte abrazo, Mariposa. Te echaré de menos.

Con cariño,

Simon

El comedor principal de Lily Manor era una alegría para la vista. Huyendo del recargo que solía caracterizar las estancias de la aristocracia inglesa, *lady* Olivia prefería una decoración más sencilla y elegante que la que tenían en la casa de la ciudad. Decisión que había continuado Belle. Esa simplicidad hacía que cada detalle se apreciara mucho más. Los aparadores robustos, la mesa de caoba, las sillas a juego y la hermosa vajilla con detalles de flores daban el encanto adecuado a aquella cena informal en familia. Lo único que llegaba al nivel de la famosa opulencia de aquellos tiempos era la enorme lámpara de araña que colgaba del techo, reflejando la luz de las decenas de velas que sujetaba.

Los platos eran magníficos, como siempre: carnes asadas, suaves cremas de verdura, sopa, deliciosas guarniciones aderezadas con especias y un magnífico pastel de manzana con nata como postre. La señora Graws, la cocinera, era increíble en su trabajo y *lady* Olivia procuraba que supiera cada día lo mucho que apreciaba su trabajo. Las buenas cocineras escaseaban y las aristócratas peleaban por tener a las mejores. Lograr que trabajaran a gusto y contentas era una máxima a la hora de administrar un hogar.

Tras la cena, se retiraron al salón, donde tomaron té y *brandy*. El ambiente era distendido, como solía ser habitual entre los Daventry.

—Una cena exquisita, tía Olivia. —Leo sonrió a su anfitriona. Realmente era encantador, pero había llegado tarde a la cena. ¿Eran todos los americanos tan impuntuales?—. Los ingleses no tenéis mal gusto.

—Depende del inglés con el que te encuentres —soltó Gwen con una risita.

Leo había monopolizado la atención de todos en la cena, como era de esperar. Al hecho de que era el invitado de honor, se sumaba una personalidad arrolladora y extrovertida, aunque algo excéntrica, por lo que pronto se había ganado el afecto de todos con su encanto. Sobre todo el de las damas, que ya obviaban sus extraños momentos de ausencia.

Para consternación de Simon, su madre y Belle habían sentado a Rose al lado de Leo y este no había tardado ni un segundo en conversar con ella. Rose parecía estar cómoda con él, hecho que también había llamado la atención de la marquesa de Blackmore, que los miraba con el ceño ligeramente fruncido. Simon no tenía que leer mentes para saber lo que estaba pensando: por un lado estaba el arraigado sentimiento patriótico que la mayoría de ingleses poseían, hecho que los conducía a rechazar todo lo extranjero. Aunque fuese medio inglés, Leo se había criado lejos de la encorsetada sociedad inglesa y destacaba entre la multitud como el sol en el cielo.

Por otro lado, estaba el hecho irrefutable de que Leonard Daventry, a pesar de tener unos orígenes intachables, no poseía ningún título.

Sin embargo, Leo parecía tener mucho interés en Rosalie. Quizá sus padres se opusieran, pero Simon se preguntaba si por una vez ella se rebelaría contra su destino autoimpuesto. Lo creía posible si Leo le gustara o si se enamorase de él.

Aquel pensamiento le retorció las entrañas.

—Querido, ¿por qué no tocas algo para nosotros? —Su madre le sonrió antes de dirigirse a Leo—. Simon toca el piano de forma magnífica.

La sonrisa de Leo parecía sincera cuando se dirigió a él.

—Me encantaría escucharte, primo.

La idea de ponerse frente al teclado no lo seducía en ese momento, sobre todo porque le traía recuerdos de la última vez que estuvo en la sala de música. Nunca supo si fue recordar o el deseo de sentirse conectado de nuevo a Rosalie, lo que provocó que dijese lo siguiente:

—Será un placer —respondió, fingiendo tranquilidad—, pero solo si *lady* Rosalie me acompaña con el violín.

La vio dar un respingo y fulminarlo con la mirada. Iba a matarlo, estaba seguro.



Estaba a punto de cometer un asesinato delante de muchas personas. Él sabía que odiaba tocar en público y mucho más si era delante de desconocidos. ¿Qué demonios pretendía?

Vio el desafío en su mirada azulada y la furia la inundó. ¿Cómo podía ser capaz de negarle una explicación a la que sin duda tenía derecho para después hacerle aquella encerrona?

Se obligó a abrir las manos, que había cerrado en puños sin darse cuenta, y se levantó de la butaca con toda la elegancia que supo reunir. Le pidió con amabilidad a un lacayo que fuese a por su violín a la sala de música y se enorgulleció cuando se dio cuenta de que no había tartamudeado ni una sola vez.

—¡Qué emocionante! —exclamó Leo en ese momento—. Me alegra poder oírla tocar, *lady* Rosalie.

Simon no dijo nada, pero no era necesario. Vio cómo se le crispaba un músculo de la mandíbula y casi sonrió. Lo conocía demasiado bien; estaba furioso. Pero ¿por qué? ¿Por Leo? No tenía

sentido, a no ser que...

No, no podía ser.

Decidió golpear.

—Al parecer su primo quiere ser eclipsado por mí esta noche.

Los murmullos no se hicieron esperar; aquella intervención no era propia de ella. No obstante, Simon inclinó la cabeza en señal de respeto, aunque seguía completamente serio. Leo los miró de forma alternativa durante unos segundos y se reclinó en su asiento.

—Qué interesante. —Creyó oírlo decir. Estaba tan concentrado que, por una vez, había dejado de moverse con nerviosismo.

Cuando tuvo el violín en las manos, se colocó al lado del piano y se puso en posición. Apoyó la barbilla en la mentonera y sujetó el arco con firmeza. Respiró hondo, cerrando los ojos. Cuando los abrió, Simon la observaba de una forma que no supo descifrar.

Se negó a ponerse nerviosa, aunque el latido de su corazón resonaba en sus oídos.

—Cuando quieras —le dijo a Simon, que no tardó ni dos segundos en sentarse en la banqueta y colocar las manos sobre las teclas blancas y negras.

Rose hizo un esfuerzo enorme para no quedarse embobada mirándole las manos. Sabía la magia que podían crear sobre un teclado.

—¿*Sonata N.º3*? —preguntó tras pulsar un par de teclas para comprobar la afinación. No necesitaba darle más datos para que Rose supiera a qué composición se refería.

Beethoven. Quería jugar fuerte. No se iba a amedrentar, aunque por orgullo hubiese aceptado cualquier cosa. Además, aquella pieza en particular la habían practicado juntos muchísimas veces. Era un terreno relativamente seguro.

—Perfecto —respondió con sequedad.

No desvió la vista hacia el público que aguardaba o no podría reprimir las ganas de salir corriendo. Así que se aferró a lo único que le quedaba: lo miró a él. Simon puso la partitura en el atril y se sentó con la espalda muy recta. También parecía nervioso.

¿Qué demonios tramaba?

Repasó mentalmente la composición. Aquella pieza estaba dividida en tres movimientos: un *allegro*², un *adagio*³ y un rondó⁴. El primero y el tercero eran muy rápidos y enérgicos, el segundo era más lento. Le gustaba mucho; de hecho, conocía la pieza mejor que él.

Su amigo la miró, aguardando que le diera permiso para empezar. Sus miradas se encontraron y sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos por la anticipación; a pesar de todo, siempre le había gustado tocar con él y aquella sensación de felicidad no iba a cambiar por muy enfadada que estuviese.

Cuando ella asintió con sutileza, dándole la señal, Simon empezó a tocar. Rose se concentró al máximo en las cuerdas; conocía la partitura muy bien. La melodía desprendía alegría desde el principio. Aquella primera parte era una especie de hermoso diálogo entre ambos instrumentos. El violín respondía la pregunta del piano y después se repetían los primeros compases. Al principio iban de maravilla, coordinados al máximo, pero de repente algo cambió.

Simon subió el tempo sin avisar, obligándola a moverse más rápido.

La composición no era así, no había ningún *accelerando*⁵, y él lo sabía.

«Maldito fuera».

Lo miró con furia, pero él no apartó los ojos de la partitura. Sin embargo, pudo ver la sonrisita

que trataba de ocultar; estaba haciéndolo a propósito. La furia la invadió de nuevo, pero no tuvo tiempo de gestionarla porque no quería perder la concentración. Su profesor siempre le había dicho que en los duetos, pasara lo que pasara, un instrumento debía seguir al otro; ambos debían empezar y acabar juntos. Y Rose no pensaba dejar que la composición se estropease porque el idiota del pianista hubiera decidido sacarla de quicio.

Pues si quería guerra, la tendría.

Cuando pasaron al *adagio*, el ritmo cambió, volviéndose más lento y suave. Rose se pudo permitir respirar un poco, aunque estaba en tensión por si Simon decidía hacer de las suyas de nuevo, si bien estaba bastante segura de que no intentaría nada. Aunque dominaba muy bien el primer movimiento, los otros dos no los controlaba de igual forma. Aquel momento era una especie de tregua.

No iba a dejar que se saliese con la suya. Si quería que se equivocara, no lo conseguiría.

Se permitió echar un vistazo a su público, aunque se arrepintió al momento. La mayoría estaban absortos escuchando la música, bien mirándolos o bien con los ojos cerrados. Gwen desviaba la vista de un músico a otro con una clara expresión de diversión, muy parecida a la que tenía Leo. De hecho, ambos se dijeron algo en susurros, y Rose perdió la concentración, haciendo que la melodía se resintiese. Por suerte, solo fueron un par de segundos. Un par de notas que se le escaparon.

Simon la estaba mirando y, cuando sus miradas se encontraron, Rose sintió que el corazón le daba un vuelco. Era increíble el efecto que provocaba en ella, cómo lograba que sus rodillas temblaran solo con mirarlo a los ojos. Pero eso no era suficiente para paliar su enfado.

Iba a borrarle del rostro esa expresión de superioridad de un plumazo.

«Ahora verás».

En cuanto entraron en el último movimiento el violín se quedó en silencio, dejando que el piano marcara el tempo. Sin embargo, los *crescendo* eran su oportunidad de girar las tornas. Rose cambió la dinámica, y comenzó a tocar más fuerte y rápido. Ahora le tocaba a él adaptarse a su tempo marcado, pues cambiarlo bruscamente estropearía la melodía.

Lo tenía en sus manos.



No tendría que haber jugado con ella en una pieza que conocía tan bien, pero la idea de provocarla había resultado demasiado tentadora. Rose no se daba cuenta, pero el hecho de tener público provocaba que sus movimientos no fueran fluidos por la tensión y las notas no sonaban del todo bien. Había subido el tempo para obligarla a centrarse en la composición y olvidarse de que la estaban mirando.

Por un momento se sintió satisfecho de que hubiese funcionado, pero ahora maldecía para sus adentros por haberla hecho enfadar. Era su turno de concentrarse al máximo; tenía que seguirle el ritmo como fuera. Sería una decepción si acababa fallando.



Era el turno de Simon de sudar. Sus dedos volaban sobre las teclas; ni siquiera le daba tiempo a mirar la partitura porque pararse demasiado haría que se perdiera. Era tan difícil que tuvo que realizar notas falsas para poder seguir su ritmo. Aquello sonó fatal, pero él se lo había buscado. No obstante, tuvo que admitir que estaba manteniendo el tipo mejor de lo que había pensado. Sintió admiración por lo buen pianista que era.

Cuando terminaron, con la última nota todavía vibrando en el aire, Simon respiraba agitado. El sudor le caía por la frente por el esfuerzo y se lo secó con la manga de la chaqueta. Ella no estaba mucho mejor; tenía los brazos cansados y el recogido medio deshecho. También sudaba, aunque le dio igual. Prefirió no pensar en lo que le diría su madre en cuanto estuvieran a solas sobre la apariencia intachable de una dama. Ni ella podría cambiar que estaba satisfecha. Simon había conseguido terminar al mismo tiempo que ella, pero debían de dolerle las manos una barbaridad. Una punzada de culpabilidad la atravesó, pero la hizo a un lado enseguida.

—La próxima vez te lo pensarás mejor antes de desafiarme.

Para su sorpresa, él sonrió y la atravesó con esos ojos azules y grises que tantos estragos causaban en ella.

—Al contrario —dijo casi sin aliento—. Estás arrebatadora cuando luchas por lo que te importa.

Aquello la desarmó y el pulso se le disparó todavía más. Aún estaba en *shock* cuando los Daventry arrancaron a aplaudir con fuerza.

—Ha sido la mejor representación musical que he visto desde que la hija de los condes de Tardy se cayó del escenario después de destrozar a Mozart. —La voz de Gwen se alzó entre el estrépito—. ¿Quién dijo que la música clásica era aburrida?

Belle y Sophie gritaron para apoyar a la pequeña Daventry.

—¡Impresionante! —Leo parecía dar saltitos desde su butaca—. ¡Me encanta Inglaterra!

Rose por fin pudo reír, aliviando la tensión, y Simon la siguió con ganas. Volvió a sentir esa complicidad que los unía y se dio cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Esa conexión que compartían formaba parte de su vida y no tenerla era como si le faltase una pieza del puzle.

—Muy bien. —Olivia sonrió—. Aunque aconsejo un poco más de comedimiento la próxima vez.

Como había predicho, su madre la miró con el ceño fruncido, censurando su aspecto desaliñado, pero por una vez no dijo nada. Podía considerarlo su propio milagro personal.

—Estamos en confianza, madre —apuntó Gabriel—. Espero que hayas aprendido la lección, hermanito.

—Lo has pasado jodidamente mal. —Rio Michael—. ¡Parecía que ibas a colapsar!

—¡Ese lenguaje! —apuntó la marquesa viuda y Mike fingió estar arrepentido.

Simon esbozó una mueca sarcástica.

—Yo nunca aprendo, hermano —repuso y les guiñó un ojo—. Parece mentira que no me conozcas.

Por un momento, las cosas fueron como antes. Sin embargo, Rose ya no se sentía igual. La palabra «antes» ya no la satisfacía. Creía que si volvían a ser los amigos de siempre, los planetas se alinearían de nuevo, pero seguía inquieta. Simon le ocultaba algo y no era capaz de decírselo.

Esa pequeña brecha que los separaba iba camino de convertirse en un abismo y ella no tenía ni idea de cómo tajarla.

-
- 2 Composición o parte de ella que se ejecuta con ritmos rápidos y vivos.
 - 3 Composición o parte de ella que se ejecuta con un ritmo lento.
 - 4 Composición musical cuyo tema se repite o insinúa varias veces.
 - 5 Segmento musical cuyo ritmo va aumentando gradualmente de velocidad.

Capítulo 8

¡Saludos, queridos lectores! ¡No saben cuánto me gusta diciembre! Chimeneas a pleno rendimiento, paisajes llenos de nieve, bebidas calientes... ¡Por no mencionar las fiestas de Navidad y los cotilleos que las acompañan! Este año tengo un presentimiento: la fiesta de los Daventry será memorable. No solo han invitado a decenas de personas —muchas de ellas solteras, qué sorpresa—, sino que la mayoría de ellos pasan casi todo el mes en Lily Manor. No me digan que no hay muchas posibilidades para que el escándalo sea el protagonista. No teman si no han sido invitados o no han podido asistir: yo me enteraré de todo y lo contaré con pelos y señales.

De la columna de *The Golden Swan*,
28 de noviembre de 1854.

—¿Así que esta mujer cuenta los cotilleos de la aristocracia y nadie sabe quién es? —preguntó Leo después de leer la columna de aquella semana con inusual atención—. ¡Es magnífico!

Rose rio ante su admiración por la cotilla, con la que todavía estaba algo resentida, y desvió la vista de la ventana del primer piso, desde donde veía el despliegue de invitados que llegaban para pasar el mes de diciembre en Lily Manor. Carruajes repletos de familias y carros llenos de equipaje, más los sirvientes personales que traían muchos de los invitados. La joven comenzaba a agobiarse solo con pensar en tener que socializar con toda aquella gente, sobre todo ahora que todos conocían el contenido del testamento de su padre.

—Creo que es usted de los pocos que piensa eso. —Rose señaló la revista *Pennie's* con un dedo—. La mayoría la odian por lo que publica.

Leo hizo un ademán de la mano, restándole importancia.

—Eso la hace aún más interesante, porque es la única que se atreve a decir la verdad y eso provoca miedo —replicó sonriente, y Rose tuvo que darle la razón—. Me gustaría conocerla.

—Pues buena suerte —repuso ella antes de volver a mirar por la ventana.

Estaba tan inmersa en sus propios pensamientos, que no escuchó a Leo cuando volvió a hablarle.

—¿Perdone? —lo miró confusa.

—Le decía que la veo triste —repitió él con expresión preocupada—. Lleva así desde el día que llegué. ¿Acaso la incomoda? Sé que suelo ser algo raro, pero...

Rose sacudió la cabeza de inmediato.

—No es eso, es que... —comenzó, aunque no tenía ni idea de qué decir a continuación.

—Déjeme adivinar —la cortó él—. Mi querido primo Simon le roba el sueño.

Las mejillas de Rose se encendieron y supo que habían adquirido un bonito tono escarlata. Leo no necesitó más confirmación.

—No sé qué le pasa —confesó la joven finalmente—. Está muy raro.

Aunque no había vuelto a su estado taciturno de las últimas dos semanas, había algo artificial en

la jovialidad de Simon, como si estuviera fingiendo y eso lo dejara exhausto. Todavía no entendía qué era lo que le había pasado y él no parecía dispuesto a confesar. Desde el duelo musical se comportaba con ella como siempre había hecho, pero era imposible que pudiesen estar como antes. Al menos por su parte.

Leo le cogió las manos y le dio una pequeña palmadita, como si fuese evidente lo que sucedía y ella era demasiado inocente para verlo.

—¿Ha pensado que pudiera sentir hacia usted cierta... inclinación amorosa? —pregunto con calma.

Rose se quedó muda durante unos instantes antes de romper a reír, aunque su risa le sonó forzada a causa del latir de su corazón, que había reaccionado de forma muy distinta. Trató de serenarse. ¿Simon enamorado de ella? Era ridículo. Si Simon sintiese lo mismo que ella, no podría callárselo. No estaba en su naturaleza ser sutil.

«¿Estás segura de que lo conoces tan bien como crees?».

—¿Amor hacia mí? —Rose sacudió la cabeza con fuerza—. Discúlpeme, pero creo que se equivoca. Él y yo solo somos amigos.

¿Seguían siéndolo?

Antes de que alguno de los dos pudiese añadir algo más o Rose luchara contra esa venenosa idea que amenazaba con echar raíces en su mente, su madre apareció por el pasillo y la cogió del brazo con muy poca amabilidad.

—Vamos a recibir a tu padre y al resto de invitados —ordenó y le arregló un mechón del perfecto recogido—. Tienes que dar buena imagen.

«Mi herencia ya lo hace por mí», pensó. No obstante, prefirió no decir nada; prefería tener la fiesta en paz.



Leo observó a *lady* Rosalie marchar del brazo de su desagradable madre con una sonrisa pícara. Le gustaba aquella chica y su fortuna no era nada desdeñable —ya se había puesto al día de las noticias sobre su notable herencia—, pero por muy granuja que fuera, no se consideraba un desgraciado. Era leal a la familia y se notaba a la legua que amaba a su primo; hasta un ciego podría verlo. Un ciego... recordó a aquel ciego que se encontró un día en la puerta de su casa, mendigando, y que su padre espantó.

Bueno, estaba claro que Simon no veía nada. Si no, actuaría antes de que alguien como él se le adelantara. Aquel par de lentos estaba lanzando palos a sus propias ruedas.

Su padre lo había enviado a Inglaterra con la esperanza de que sentara la cabeza. Entendía su empeño para que se encargase del negocio familiar, él era el primero en querer ayudar, pero Leo no era capaz. La idea de dirigir un hotel no era algo que pudiera reclamar su atención. Y Leo sabía que pocas cosas conseguían llamar su atención por completo. Lo único que había encontrado en toda su vida que le gustase de verdad, que lograba que las ideas no escapasen de su mente sin control, era planear asesinatos ficticios. Leer y escribir novelas de detectives era como el oxígeno para él, pero de eso no se podía vivir y su padre, el gran y perfecto Edward Daventry, se lo había dejado muy claro.

Él no era como su hermano Rafe y ya iba siendo hora de que todos se diesen cuenta. Había algo

distinto en su mente, algo que no le permitía estarse quieto y concentrarse en algo concreto. Se aburría con facilidad desde que era pequeño y no había logrado saber qué le pasaba ni por qué. Al final, acabó por aceptarlo y supo que tendría que vivir con ello. Había encontrado la manera, ideado un sistema, para reducir al máximo sus despistes y parecer una persona normal en público. Al menos casi normal.

Quizá su padre tenía planes para él, pero Leo pensaba poner otros en práctica. La mera idea de dirigir un hotel le daba vértigo; estaba seguro de que no sería capaz. Perdería papeles y olvidaría detalles. Egoísta, vago, bueno para nada... Su padre y su hermano lo habían llamado así y mucho más, pero la verdad era que algo no funcionaba bien en él.

Miró por la ventana. Seguían entrando invitados. Se distrajo mirando a las damas y caballeros vestidos de forma impecable, ordenando la descarga de baúles a sus lacayos y doncellas. Aquella mujer, la del sombrero amarillo, era muy guapa... Le recordaba a aquella dama con la que había flirteado la noche antes de embarcar hacia Inglaterra. Llevaba el pelo peinado justo así y...

Sacudió la cabeza, centrándose. *Lady* Rosalie no parecía capaz de actuar, y bastante tendría aquel mes con evitar a todos los cazafortunas que llegaban en aquellos pomposos carruajes. Pero su primo Simon necesitaba un empujón; al fin y al cabo era de la familia y Leo cuidaba a su familia.

Sí, recurriría a la parte más visceral que poseían todos los hombres para hacer reaccionar a Simon. Quizá entonces su querido primo dejaría de hacer el idiota. Se veía a la legua que ambos estaban hechos el uno para el otro. Rio entre dientes; en el fondo era un romántico.

«Ya encontraré otra heredera que me facilite la vida», se dijo antes de encaminarse a la planta de abajo.

Comenzaba la función.



—Gracias por venir.

Simon entró en la habitación que le habían asignado a Rhys como invitado. Su amigo apenas acababa de dejar caer su equipaje cuando se giró hacia él y lo observó con el ceño fruncido.

—Te ves horrible.

Ni siquiera tenía fuerzas para protestar, así que simplemente le sostuvo la mirada.

—Vamos a un lugar más tranquilo y hablamos —añadió arrastrándolo fuera de la habitación, que el ayuda de cámara de Rhys ya estaba adecentando para su señor con una eficiencia envidiable.

Cuando estuvieron cómodamente instalados en una de las salitas de la planta superior y Rhys terminó de contarle cómo había ido el viaje, Simon le preguntó en qué etapa se encontraba el caso en el que había estado trabajando.

—Resuelto —respondió con visible satisfacción—. Mi cliente ha quedado encantado con mis gestiones y ha conseguido lo que quería.

—¿No hay nadie que salga mal parado? —preguntó con ironía.

—Siempre lo hay, en cualquier asunto legal habrá una parte que no esté contenta —aseguró Rhys—. Pero casi nunca es la que yo represento.

Simon sonrió; su amigo estaba muy seguro de sí mismo, pero tenía sus razones para presumir.

Su nivel de eficacia era impresionante.

—Pero no hablemos más de mí —cortó de cuajo—. Desembucha.

Simon contó a Rhys todo lo que había pasado. Le habló de su enfado, de Leo y del duelo musical. De que se veía incapaz de ser sincero y eso lo estaba alejando de Rosalie. Sobre todo, le habló del testamento, pues quería saber su opinión como profesional.

—Lo he leído en la columna de la cotilla —dijo cuando terminó—. Es completamente legal; el marqués puede hacer el testamento que desee. Nos sorprende porque no es frecuente que una mujer herede tanto, por desgracia. Bien sé que son tan o más capaces de gestionar una propiedad que los hombres.

—No es la capacidad de Rose lo que me preocupa —respondió—. Sé muy bien lo inteligente que es.

—Te preocupa que ahora tendrá a los buitres tras ella, lo sé. —Rhys lo miró con dureza—. Deja de comportarte como un cobarde y actúa.

Era la segunda persona que se lo decía. Gwen y Rhys se llevarían de maravilla.



Michael acababa de llamar a su ayuda de cámara para que viniese a ayudarlo a vestirse cuando se abrió de golpe la puerta de su habitación y su peor pesadilla entró inmersa en un mar de faldas escarlata.

Lady Alyce Vane.

Una de las tres «Joyas de Lynch», como la llamaban a ella y a sus dos hermanas por la peculiar belleza que poseían las tres. Hijas de *lord Lynch*, un excéntrico conde cuyo máximo objetivo en la vida era coleccionar minerales y piedras preciosas, Alyce, Iris y Elsie habían sido apodadas por la aristocracia con tres de esas relucientes y bellas joyas: Rubí, Amatista y Esmeralda. No obstante, ni las incomparables Joyas de Lynch se salvaban de tener manchas en su reputación. Las hermanas eran tan distintas entre sí, que las malas lenguas decían que no podían ser todas hijas del conde. *Lady Lynch* era tan hermosa como sus hijas, a pesar de los años, y siempre había sido muy popular entre el género masculino. Nadie había conseguido comprobar si los rumores eran ciertos, pero entre la clase alta inglesa un rumor bastaba para acabar con la vida social de cualquiera. Él incluso había llegado a escuchar que, por muy bella que fuese la condesa, no había sido capaz de darle hijos varones al conde, ni de él ni de otros.

La gente era cruel y dañina.

Mike no sabía si era cierto ni le importaba. Las habladurías no eran más que comentarios tóxicos. Nadie debería especular sobre lo que pasaba o no tras las puertas de una casa.

Sin embargo, sí quería opinar sobre lo que estaba pasando en su propia habitación.

—¿Qué hace usted aquí? —le increpó furioso—. Váyase ahora mismo de mi habitación antes de que alguien la vea. ¿Acaso se ha vuelto loca?

Si la encontraban allí, tendría que casarse con ella para salvaguardar su reputación. Solo con pensarlo la angustia lo invadía. Sin duda era una mujer agraciada, que llamaba la atención de hombres y mujeres. Su rojo cabello delataba cuál era su apodo impuesto. Era alta, esbelta y tenía unos hermosos rasgos. Sus ojos eran grises y grandes. Una hermosa dama inglesa que había crecido con la idea de que siempre debía conseguir lo que quería. Y no entendía que él no quería

nada con ella.

Dios santo, amenazaba con volverlo loco. Últimamente siempre aparecía en los sitios menos esperados, abordándolo. Comenzaba a hartarse de tanta persecución.

—Tranquilo, nadie me ha visto entrar. —Lo miró en medio de un aleteo de pestañas y, fingiendo un descuido, se abrió el manto que la cubría para dejar a la vista un generoso escote que las matronas considerarían escandaloso. Michael mantuvo la vista fija en su cara, pues supo que lo único que quería era provocarlo—. Quería verte, querido Michael.

—Yo no le he dado permiso para usar mi nombre, *lady* Alyce —recalcó su título para marcar distancias—. Y de nuevo le pido que se marche de aquí. Ya le dije todo lo que tenía que decirle; no pienso casarme con usted.

La rabia se reflejó en sus ojos, como las nubes que vaticinan una tormenta de verano. La última vez que la había visto le había pedido que la cortejara porque estaba interesada en él y Mike le había dicho con educación que no era recíproco. Él no era como los hombres que babeaban tras sus faldas en busca de sus selectivas atenciones.

—No sabes lo que dices, Michael Daventry. —Lo señaló con un dedo, furiosa—. No encontrarás a nadie mejor que yo.

«Lo ducho mucho», pensó. Le había costado mucho aceptarse a sí mismo como para que su felicidad dependiese de tener a alguien a su lado. No lo asustaba estar solo y, desde luego, no lo asustaba no corresponder a la joven *lady* Alyce tal y como ella quería.

—Por favor, váyase *milady*.

En ese momento la puerta se abrió y entró su ayuda de cámara. Bien entrenado para su trabajo, el hombre cerró la puerta de inmediato y se colocó a un lado de la estancia.

—Si sale ahora, *milady*, nadie la verá —dijo el hombre.

Gracias a Dios, Lily Manor contaba con un gran servicio.

Lady Alyce se sonrojó y, después de fulminarlo con la mirada por última vez, se marchó de allí. Michael respiró aliviado y tomó nota mental de cerrar con llave la puerta de su habitación antes de marcharse a dormir.



Escondido entre las sombras del pasillo, el hombre observó con ansia cómo *lady* Alyce Vane salía de la habitación de ese estúpido de Michael Daventry. Por la expresión de su delicado rostro, él había vuelto a rechazarla. Sonrió, complacido. Tarde o temprano, su adorado Rubí acabaría por darse cuenta de que él era el único hombre indicado para ella.

Sin embargo, aquel imbécil debía desaparecer del mapa. Su *milady* era tan bella como tenaz, y no pararía hasta conseguir meter en su cama a ese Daventry para que no tuviera más remedio que casarse con ella. Cerró el puño, furioso. Él ya la complacía, solo había que escucharla gemir bajo sus hábiles manos. Pero la muy estúpida no quería casarse con él.

—¿Cómo voy a casarme contigo si no tienes donde caerte muerto? —Le había dicho la última vez, harta del mismo tema de conversación. Le había dado un corto beso en los labios antes de sonreírle con superioridad—. Eres atractivo y nada malo en la cama, pero no eres un buen partido. Ya no.

Maldita fuera. Todo iba bien hasta hacía unos días. Estaban a punto de anunciar su compromiso

en todos los periódicos cuando ella cambió de opinión de repente y decidió ir a por Daventry. Dios, cómo odiaba a ese tipo. Cómo odiaba a todos los que habían tenido que ver en aquello. Se las pagarían uno por uno, pero primero tenía que encargarse de Alyce.

La vio alejarse rumbo al piso de abajo, toda ella fuego y furia. Era una mujer peligrosa y excitante. Le haría entender que él era el único hombre en su vida.

Era una promesa.

Capítulo 9

Me he dejado la mejor fiesta campestre para el final. Sé que pueden acusarme de favoritismos, pero es que los Daventry saben cómo divertirse. Y su lista de invitados no es nada desdeñable. Como ya dije, hay una cantidad escandalosa de hombres y mujeres solteras, pero eso no le debe sorprender a nadie. A pesar de que la nueva *lady* Satherton es la organizadora oficial, todo el mundo sabe que la marquesa viuda sigue en su empeño por casar a todos sus hijos. Pero no solo ella, sino también muchas de las matronas que han acudido como invitadas. Lily Manor se ha convertido en una temporada particular y exclusiva. Cómo me gustan estas cosas. ¿Y a ustedes?

Tras más de una semana, todavía no ha llegado a mis oídos ningún escándalo digno de mención, pero todo el mundo sabe que es cuestión de tiempo.

De la columna de *The Golden Swan*,
12 de diciembre de 1854.

—¡Cuidado!

Sophie se giró sobresaltada ante la advertencia de Michael y esquivó por los pelos a Gwen, que había perdido el equilibrio y se precipitaba hacia ella sin control. La joven Daventry acabó fuera del hielo y cayó en la nieve con un golpe sordo.

—Sigue sin dársele bien —dijo Simon con una risita. Gabriel asintió mirando a su hermana, que ya se incorporaba sobre la nieve maldiciendo como un marinero.

—¿Para qué la avisas? —le increpó a Michael, andando como un pato sobre las afiladas cuchillas de los patines. Entró de nuevo en el hielo y señaló a su hermana mayor con toda la brusquedad que le permitían las manoplas—. Ya que caía, quería llevarme a alguien conmigo.

Sophie puso los ojos en blanco mientras se deslizaba sobre el hielo con mucha maestría. Simon pensó que debía de ser muy incómodo patinar con tantas capas de ropa, ya que la única concesión que recibían las mujeres era que podían utilizar vestidos levemente más cortos. No obstante, ni las pesadas faldas ni el sombrero impedían a su hermana deslizarse sobre sus cuchillas con facilidad. Cosa que la pobre Gwen no conseguía.

—Qué culpa tendremos nosotros de que seas tan patosa —señaló Sophie pasando por su lado, con la gruesa bufanda ondeando tras ella. Se alejó de espaldas y le sacó la lengua a su hermana.

El patinaje Daventry: una guerra constante. Como siempre.

Gwen hizo amago de atraparla, pero volvió a resbalar y cayó al suelo de nuevo, esta vez sobre el duro hielo. La joven hizo una mueca de dolor, pero fue lo único que indicó que se había hecho daño. De su boca no salían más que planes de venganza hacia sus hermanos. En realidad, Gwen acababa enfadada todos los años, pero su orgullo no le permitía abandonar sus intentos de mejorar su equilibrio. Incluso sus caídas se habían convertido en una tradición.

La laguna estaba en los terrenos del marquesado Satherton, así que se habían acostumbrado a ir cada invierno a patinar. Sobre todo para huir de todos los invitados de su madre. Llevaban allí

menos de dos semanas y todos querían darse a la fuga. Les faltaban dedos para contar las veces que habían recibido un intento de emparejamiento por parte de la marquesa viuda. Pero todos sabían que si alguno de ellos huía de aquello, los demás no se lo perdonarían. Y su madre aún menos.

Eran una familia muy unida para lo bueno y para lo malo. Además, los amplios terrenos de Lily Manor les permitían tener un respiro y hacía tanto frío aquella mañana que la mayoría de los invitados habían preferido quedarse en las distintas salas de la casa, bien cerca de las chimeneas.

Como en todos los juegos Daventry, no todos destacaban. Michael y Gabriel se defendían bien sobre el hielo, pero Sophie y él eran los mejores. Simon observó sus viejos patines y recordó cómo su padre inició la tradición de ir a la laguna con todos sus hijos. Ellos la mantenían viva en su honor y porque así tenían otra excusa para pelearse de forma sana y sin complicaciones.

Michael ayudó a Gwen a levantarse y la joven se marchó lo más dignamente posible hacia la orilla, donde Isabelle, su hermana Mary y Rose paseaban. Como su cuñada estaba encinta, no podía patinar y el médico le había aconsejado pasear a menudo, así que Rosalie y Mary se habían quedado con ella para hacerle compañía. Observó a la vivaracha Mary Walls, que se había hecho un hueco en la familia incluso antes de que su hermana se casase con Gabriel. Consecuencias de ser tan amiga de Gwen. No obstante, Simon sabía que su mejor amiga no era amante del deporte, pero decidió molestarla un poco.

Era una buena oportunidad, ya que Leo no estaba cerca para monopolizarla. Estaba comenzando a volverse loco; su primo no hacía más que reclamar sus atenciones y, aunque no había nada que lo indicara, Simon sabía que trataba de cortejarla. Si se lo hubiera pedido formalmente, ya lo sabría, pero aun así veía con claridad el interés que él mostraba en Rose. Y cada vez que él la hacía reír, un cuchillo se le clavaba en las entrañas.

Por si fuera poco, últimamente pasaban juntos muy poco tiempo. Él sabía que en parte era por su culpa, pero era incapaz de arreglarlo. Notaba un vacío entre ellos imposible de salvar y Rhys estaba a punto de robarle una sartén a la cocinera para golpearle con ella en la cabeza. No podía culparlo.

Al menos, pensó mirándola, podía tratar de recuperar a su amiga por un rato.

Con una sonrisa, se acercó hasta las damas, que observaban cómo Michael, Sophie y Gabriel hacían una carrera. Sophie se había quitado el sombrero para que no le estorbara, pero parecía que iba a perder en aquella ocasión. Michael había cogido bastante ventaja y llegó el primero a la línea de meta.

—Malditos seáis por poder usar pantalones —incredó Sophie a sus hermanos, después de recuperar el aliento—. Si mi ropa no pesara toneladas habría ganado.

—Haberte puesto pantalones —replicó Michael con una sonrisita.

Sophie puso los ojos en blanco.

—A mamá le hubiese dado un infarto. —Rio Gabriel—. Y más teniendo invitados.

—¡Pero si no hay nadie cerca y Rose y Mary son como de la familia! —exclamó Gwen exasperada—. Yo también quiero ponerme pantalones.

—Siento decirte que seguirás cayéndote igual, hermanita —intervino Simon, que se llevó una mirada fulminante en respuesta. Miró a Rose—. Vamos a patinar; hoy no te escapas.

Ella lo miró alarmada.

—N-no —tartamudeó asustada—. Sabes que no me gusta patinar.

Simon observó de reojo cómo sujetaba con más fuerza sus propios patines, atados por las cordonerías.

—Te gusta, pero temes caerte —respondió contundente y ambos sabían que él tenía razón.

Rose miró a su alrededor, como si buscara apoyo, pero los habían dejado solos. Gwen había cambiado los patines por las botas en un banco de piedra cercano que usaban para aquellos menesteres e Isabelle reanudó su paseo junto a ella. Sophie había pedido la revancha y sus dos hermanos seguían compitiendo unos metros más allá. En muchos aspectos los cinco eran como niños.

Simon sonrió burlón cuando Rose hizo una mueca al ver que no tenía escapatoria.

—Te sujetaré si te caes —le dijo tendiéndole la mano—. Sé valiente.

Rose suspiró largamente antes de mirarlo enfadada.

—Como dejes que me caiga...

—Nunca —prometió mirándola a los ojos.

Rose pareció ver sinceridad en él, pues asintió antes de alejarse hacia el banco de piedra. Simon esperó pacientemente a que Rosalie se pusiera los patines y caminara torpemente hasta el hielo. Cuando le cogió las manos, se dio cuenta de que estaba temblando. Deseó apretarla contra él hasta que dejara de tener miedo.

—Mariposa —susurró. Ella lo miró confusa—. Si te agobias, dímelo, y enseguida te devolveré a la nieve sana y salva.

Rose pareció sopesar la idea, pero finalmente negó con la cabeza. En sus ojos vio que de verdad quería hacerlo.

—Lo intentaré —respondió con resolución.

Cuando las cuchillas de Rose cortaron el hielo, se tambaleó, pero Simon logró que se mantuviera en pie. La joven se miraba los pies mientras se sujetaba a él con mucha fuerza. Simon avanzó de espaldas sin coger mucha velocidad hasta que ella se acostumbrara.

Poco a poco, Rose fue captando el ritmo que debían llevar los pies y comenzó a alzar la cabeza para mirar a su alrededor. Sin embargo, todavía se sujetaba a él con firmeza.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó.

Ella le dedicó una sonrisa que Simon le devolvió de inmediato. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos brillantes. Su alegría era contagiosa y le encantaba haber tenido algo que ver en ello. Aunque fuese solo un poco.

Estaba preciosa.

Era ella; no había duda. Pero Rose no parecía tener el mismo interés en él. Se comportaba igual que siempre, incluso después de haberla tratado tan mal. Ella era así de generosa con todos.

Menos con ella misma.

—¡Simon!

El grito de Rose lo devolvió a la realidad de un plumazo. Se había distraído y había aflojado los brazos así que, cuando ella perdió el equilibrio, no pudo sujetarla a tiempo y acabaron cayendo los dos. Simon trató de parar la caída, pero le fue imposible. El dolor agudo que sintió en el tobillo le impidió disfrutar del hecho de tener el cuerpo de Rosalie pegado al suyo.

—¡Dios santo, lo siento mucho! —Rosalie trató de incorporarse con rapidez, pero volvió a resbalar de nuevo. Cayó de rodillas y lo único que pudo lograr fue sentarse a su lado; estaba pálida—. ¡Qué torpe soy!

Simon rio entre dientes y se sentó también.

—Si querías estar tan cerca de mí, haberlo pedido —bromeó para que dejara de preocuparse—. No era necesario el derribo.

Rosalie soltó una risa histérica; lo miraba con tanta ansiedad y arrepentimiento que Simon temió que los nervios la traicionasen. No quería que llorase por él, no merecía la pena.

Miró hacia su izquierda pero, malditos fueran, sus hermanos se habían marchado sin decirles ni una palabra. Creían que su relación era tan platónica que ni se preocupaban por dejarlos solos. Bueno, más bien todo lo contrario. Se contuvo para no poner los ojos en blanco. No había nadie alrededor, estaban solos y tampoco había ninguna casa de arrendatarios cerca. El frío comenzaba a calarlo hasta los huesos.

Trató de ponerse en pie, pero al apoyar el pie, no pudo reprimir un gemido de dolor y tuvo que dejarse caer de nuevo. Rose se puso todavía más pálida al darse cuenta de lo que pasaba.

—No te preocupes —le dijo—. Estoy bien.

Ella negó con la cabeza.

—Ha sido culpa mía —dijo retorciéndose las manos sobre el regazo—. Si no intentase hacer cosas para las que no soy hábil...

—No vayas por ahí, Rose —replicó él con tanta seriedad que ella se calló y lo miró con sorpresa—. No dejes que tus miedos te venzan. He sido yo el que se ha distraído.

Ella agachó la cabeza y él se acercó lo suficiente como para poder cogerla de la barbilla y obligarla a mirarlo. Sus ojos estaban aguados por las lágrimas contenidas y se le encogió el corazón.

—Eres lo más maravilloso que tengo en mi vida, Mariposa —repuso con toda la sinceridad que fue capaz de darle y reunir.

No quería ahondar más en sus sentimientos. No podía en ese momento.

Ella, no obstante, agrandó los ojos y por fin pudo sonreír.

—Tú también lo eres para mí.

Dios, la hubiese besado allí mismo, aunque estuviesen congelándose el trasero en el lago helado, hasta que no pudiese pensar en nada. Pero una imagen de ella con Leo lo retuvo. Ella merecía ser feliz con quien quisiera y él no tenía derecho a entrometerse.

Había sido demasiado lento para darse cuenta de lo que sentía. Se había acostumbrado tanto a ella, a su presencia reconfortante, que nunca había pensado en que alguna vez tendría que irse y casarse con otro. Era egoísta desear ser ese otro. Eso la pondría en una situación por la que no quería que pasara. Debía dejarla ir, aunque solo pensarlo le doliese lo indecible.

Ella se acercó más, hasta que sus respiraciones se entremezclaron, y Simon deseó hacer añicos sus buenas intenciones. Era un maldito desgraciado que no valía que ella se preocupase tanto por él.

—Rose. —Se obligó a hablar para romper el momento o acabaría tumbándola sobre el hielo y sabe Dios que ella no merecía tamaña insensatez—. No creo que pueda levantarme solo. Tienes que...

—Ni se te ocurra por un momento pensar que voy a dejarte aquí, Simon Daventry —lo cortó con fiereza. Toda la pena había sido reemplazada por firme resolución—. Así que no lo digas.

—Pero...

Ignorándolo completamente, Rosalie puso en marcha su plan.

—Si no podemos andar, nos arrastraremos —dijo comenzando a hacer fuerza con los brazos para ir hacia la orilla del lago.

Por suerte, no estaba muy lejos. Simon la imitó y ambos avanzaron con mucho esfuerzo por la resbaladiza y gruesa capa de hielo. La mirada tenaz de Rose le insufló ánimos para no rendirse. Ella tenía razón: podían salir de allí.

Fue Rose quien llegó primero y, aunque logró ponerse en pie con la ayuda de un grueso árbol, estaban muy lejos del banco donde habían dejado las botas. Ella debió pensar lo mismo porque rápidamente comenzó a desabrocharse los patines.

—¡Rose! —Exclamó él al ver sus intenciones—. ¡Vas a congelarte!

Pero ella siguió avanzando y se internó en la nieve sin vacilar, recorriendo los pocos metros que la separaban del banco, subiéndose las faldas para correr mejor. Simon continuó avanzando hasta la orilla y, apoyando todo su peso en el pie bueno, logró enderezarse. Sin embargo, cuando trató de dar un paso, casi cae de bruces de nuevo. El dolor era cegador y tuvo que sujetarse con fuerza al mismo árbol que había sostenido a Rose.

Vio a Rosalie a lo lejos llegar al banco y calzarse de nuevo las botas. Sin perder el tiempo, se levantó las faldas todo lo posible y corrió hacia él. Se sentía inútil y apretó los dientes para contener su frustración. Dio gracias a Dios por tener a aquella cabezota y maravillosa mujer para ayudarlo. Se consideraba un hombre de mundo, pero lo había derrotado un tobillo torcido.

Le tocaría vivir con ello y con el ridículo que haría ante sus hermanos, pero le preocupaba más el hecho de que Rosalie estaba pasando un frío infernal por su culpa.

—Te tengo —dijo ella al llegar a su lado. Le rodeó la cintura con el brazo y lo obligó a descender al suelo de nuevo—. Apóyate en mí.

Lo ayudó a cambiarse los patines por las botas y, cuando le rozó el tobillo, tuvo que contenerse para no dar un grito. Cómo dolía, demonios. Ella se dio cuenta, pero no dijo nada. El único signo de su ansiedad fue que se mordió la cara interna de la mejilla, como si eso le impidiese gritar también.

—Vamos a incorporarte.

Obedeció pensando en que, cuanto más rápido fuese, antes podría entrar ella en calor. Sin las cuchillas fue más fácil, aunque igualmente doloroso. Sin embargo, no podía avanzar a un ritmo más rápido que el de una tortuga. No obstante, Rosalie no se quejó en ningún momento y se dedicó a ofrecerle palabras de aliento sin conocer el caos que crecía en el interior de Simon. Rodear su cintura, cosa que había hecho miles de veces, se convirtió de pronto en algo que no tenía derecho a hacer. Sin embargo, era un egoísta que solo sentía alegría al tenerla tan cerca.

Se obligó a avanzar ignorando el dolor en el pie. Cada vez que él hacía una mueca, Rose lo miraba con culpabilidad.

—No te tortures. —Trató de sonreír como siempre—. Lo único que lamento es que hayas descubierto mi secreto.

Rosalie lo miró como si se hubiese vuelto loco de remate.

—¿De qué hablas?

Él se acercó más a ella, como si fuese a compartir un secreto de vital importancia.

—Tengo los tobillos flojos —susurró.

Rosalie puso los ojos en blanco, pero al menos consiguió un amago de sonrisa.

—Vamos antes de que nos congelemos del todo, señor Tobillos Flojos.

Siguieron avanzando, aunque le daba la impresión de que la mansión estaba a miles de yardas de allí.

—¿Te duele el tobillo o tu orgullo masculino? —preguntó tras una nueva mueca de dolor por parte de él.

Rosalie trataba de aligerar el ambiente y él no pudo más que continuar con la broma.

—Tú puedes sujetarme siempre que quieras. —Le guiñó un ojo y Rosalie rio con las mejillas arreboladas.

—Eres un caso perdido, Simon Daventry.



—Una torcedura fea, señor Daventry. —El médico le vendó el tobillo y lo dejó en alto sobre un cojín. Simon, tumbado en su cama, temía por su veredicto. Cuando por fin habían logrado llegar, sus hermanos lo habían ayudado de inmediato y su madre había llamado al doctor a toda prisa. Menudo drama por un pequeño accidente—. Reposo una semana. Si ve que le duele mucho, puede tomarse una cucharadita de esto.

Dejó una botellita de líquido transparente en la mesita y se levantó de la cama.

—¿Se ha vuelto loco? —Lo miró como si le hubiese dicho que los caballos habían comenzado a volar—. ¡No puedo estar tumbado una semana! ¡Me voy a volver loco!

—Mínimo. —El médico lo miró con dureza—. Y más le vale hacerme caso si quiere curarse pronto.

—No se preocupe, doctor Carson. —Su madre lo fulminó con la mirada—. No se moverá.

—Confío en usted, *lady* Satherton. —El hombre cerró su maletín e hizo una inclinación de cabeza como despedida para todos los que se encontraban en la habitación.

Gabriel se fue para acompañar al médico a la puerta y Simon suspiró, frustrado. Estaban muy equivocados si pensaban que se iba a quedar en la cama dos días. Rose lo miró, todavía con culpabilidad. Él trató de sonreírle.

—Tranquila, Rose. Sobreviviré.

—Mala hierba, nunca muere —dijo Gwen y le sacó la lengua cuando él la fulminó con la mirada.

Su madre, una vez comprobado que seguía de una pieza, tenía otras cosas en mente.

—¿Quién va a tocar el piano en el baile de Navidad? —preguntó angustiada.

Era tradición que un miembro de la familia tocara con la orquesta la pieza de apertura del baile de Navidad. Al principio, se habían turnado pero, dado el poco oído musical de los demás, Simon había sido el elegido para tocar todos los años, lo que era una inmensa alegría para el resto de sus hermanos.

—Puedo hacerlo —dijo entre dientes, tocado en su orgullo—. Para Navidad estaré bien.

—¿Y cómo vas a llevar los pedales del piano? —Sophie lo miró como si fuese un niño caprichoso—. No digas tonterías, Simon. Todos aquí sabemos que mañana ya estarás tratando de caminar.

Hermana metomentodo.

—¿Y quién lo hará? —Gwen los miró con desdén—. No es que los demás seamos un prodigio musical y Belle, aunque se defiende al piano, está embarazada.

Olivia apretó los labios.

—Quizá Leo...

Michael negó.

—El otro día lo escuché intentar tocar y fue como si una bandada de urracas se hubiera colado por la ventana. Nunca creía que compadecería un instrumento, pero así fue.

Se hizo el silencio tras aquello. Su madre parecía triste y se sintió frustrado. Sabía que las tradiciones eran importantes para ella y más en Navidad. Sin embargo, por mucho que quisiera, no podría curarse del todo a tiempo para el baile. No quedaban ni dos semanas...

—Yo lo haré. —La voz de Rose resonó en la habitación—. Puedo tocar el violín.

Todos la miraron de hito en hito, Simon el que más. El miedo escénico de Rosalie era un hecho conocido, por lo que a todos les sorprendía que se hubiese ofrecido sin más.

—Rosalie, cielo... —comenzó su madre—. No es necesario.

—Quiero hacerlo. —A pesar de su mirada decidida, sabía que estaba aterrada—. Esto ha sido culpa mía y...

—No tienes que compensar nada, Rose —Simon la cortó—. Además, tú no eres de la familia.

Había sonado muy cortante, pero no quería que se obligara a pasarlo mal por su causa. Ya la miraban bastante y murmuraban a sus espaldas por todo el asunto de la herencia. Sin embargo, tendría que haber recordado que no hay nada como negarle algo a alguien para que la otra persona sintiese más ganas de hacerlo.

Y lo único que vio en sus ojos castaños fue enfado y resolución.

—¿No me crees capaz de hacerlo?

Simon reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. ¿Qué tenía que ver...?

—Sabes que no es eso...

—Yo voto sí —intervino Gwen como si él no hubiese hablado. Miraba a Rose con renovada admiración—. Además, ella es como de la familia y todo el mundo lo sabe.

Su madre asintió pensativa.

—No importa si es el violín o el piano, me parece una gran idea. —Miró a Rosalie con una sonrisa de oreja a oreja—. Te lo agradezco muchísimo, querida.

Sophie y Michael se miraron antes de expresar su conformidad y Simon tuvo ganas de gritar. ¿Es que nadie recordaba cómo sufría por ser el centro de atención? ¿El nerviosismo? ¿La ansiedad? ¿Por qué demonios nadie la paraba para evitarle todo eso?

Rose pareció leerle la mente, porque le tocó la mano con suavidad.

—Puedo hacerlo —le dijo con convencimiento—. Confía en mí.

Se miraron a los ojos durante un momento y finalmente él asintió.

Gwen dio una fuerte palmada que los hizo sobresaltar a todos y Rose apartó su mano de golpe. Simon notó su ausencia como un vacío.

—Pues ya podemos continuar con la fiesta —dijo la joven Daventry—. Vamos a cambiarnos para el baile de esta noche.

Capítulo 10

Entre la multitud de invitados a Lily Manor se encuentran las conocidas como Joyas de Lynch. Un nombre denigrante, si quieren mi opinión. Como recordarán, tanto *lady* Alyce-Rubí Vane, como *lady* Iris-Amatista y *lady* Elsie-Esmeralda fueron nombradas como las más bellas de la temporada pasada. Supongo que tuvo mucho que ver que su impaciente madre, la condesa de Lynch, decidiera hacer un triple debut, a pesar de que, en mi humilde opinión, *lady* Elsie todavía es demasiado pequeña para enfrentarse a los tiburones. Pero yo no soy nadie para opinar, queridos lectores.

De la columna de *The Golden Swan*,
12 de diciembre de 1854.

—Salimos en la columna del cisne —dijo Elsie antes de dejar la revista sobre el tocador—. Madre estará contenta.

Estaba sentada frente al espejo y su doncella le peinaba los oscuros rizos en un elegante recogido. Sus ojos verdes, que le habían valido el apodo, parecían tristes a pesar de que trataba de disimularlo. Alyce observó a su hermana más joven con pesadumbre. Quince años no le parecían suficientes para debutar, pero a su madre nunca le había importado el bienestar de sus hijas, solo el escalar puestos sociales. Todo aquel asunto de las Joyas de Lynch había sido un plan bien orquestado por ella para que la sociedad no olvidara su existencia. Por supuesto, había sido un éxito total. No le extrañaría si alguien le dijese que los rumores sobre su infidelidad al marqués los había iniciado ella misma.

Alyce no sabía si era hija del conde, pero tampoco le importaba.

Debía admitir que ella se parecía a la marquesa de Lynch, y que se acostaba con un hombre distinto cada mes por diversión, pero no quería el mismo futuro para sus hermanas. Durante años su madre las había instruido para que pescaran a un hombre rico y bien posicionado, pero se había centrado mucho más en ella por ser la mayor. La idea no le desagradaba, por supuesto; le gustaba vivir bien y no quería cambiar ese estado de bienestar. Pero ella ya tenía una reputación manchada, al contrario que sus hermanas, hecho que hacía más fácil usar las diversas artimañas que tenía bajo la manga. Los rumores sobre el estado de su castidad ya comenzaban a ser ruidosos y el casarse se había convertido en una necesidad. Además, acababa de cumplir veinticuatro años, ya no era una inocente debutante a pesar de no haber sido presentada oficialmente hasta aquel mismo año.

Aquel asunto, en realidad, la enfadaba. ¿Acaso los hombres no hacían precisamente eso? Ninguno llegaba virgen al matrimonio. ¿Por qué debían ellas mantenerse castas y puras?

Aunque en el trono de Inglaterra se sentara una mujer, la sociedad era regida por los hombres.

—Para pescar a Daventry tendrás que fingir que sigues siendo inocente —le había dicho su madre—. Mancha las sábanas si es necesario.

Ahí estaba: el hombre siempre debía pensar que se había apropiado de una virtud que solo les

pertenecía a ellas.

No obstante, debía admitir que emparentar con la familia Daventry la salvaría y ayudaría a sus hermanas a conseguir matrimonios más ventajosos. Quizá, incluso su madre las dejaría en paz para que no tuvieran que abrirse de piernas antes de tiempo, como ella había tenido que hacer.

Cosa que, por cierto, había sido un completo error. Se habían equivocado de objetivo y ahora debía hacer todo lo posible por pescar a Michael Daventry. Sin embargo, se le resistía de forma incomprensible. Mentiría si no dijera que su constante negativa insultaba su vanidad, pero tarde o temprano caería. Estaba convencida.

—Madre nunca está contenta —replicó Iris y se puso con cuidado los hermosos guantes de seda violeta. Obviamente, el vestuario de cada una debía ir acorde con sus apodos. En el mundo de su madre, todo estaba bien medido. Entrecerró los ojos, de un increíble violeta claro—. Personalmente, odio salir en esa columna de cotilleos.

—Pero a ella le encanta que hablen de nosotras —repuso Elsie—. Aunque nos critiquen.

—Sobre todo si nos critican —dijo Iris.

El silencio se instaló entre ellas. Ninguna de las tres podía negar eso, pero tampoco podían mostrarse de acuerdo. Si bien su fama las hacía inolvidables y mucho más deseables para los solteros, la puritana sociedad inglesa no admitía el escándalo y las tres olían a problemas desde la distancia. Toda aquella publicidad era un arma de doble filo. No importaba que Iris fuera la más tranquila y sosegada de las tres o que Elsie prefiriese cocinar tartas que acudir a fiestas; para los demás ellas eran las Joyas de Lynch, escandalosas a la par que bellas.

Cuando Iris relevó a Elsie frente al tocador para peinarse el oscuro cabello, la puerta se abrió y sus padres entraron. El conde, un hombre bajito y calvo, abrió los brazos al verlas y sonrió ampliamente.

—¿Cómo están mis preciosas hijas? —Sus ojos marrones reflejaban admiración.

Alyce reprimió un suspiro. Su padre adoraba que las llamaran «joyas», quizá por su obsesión por coleccionarlas. Él mismo llevaba puestos anillos que valían una fortuna. La joven tenía la teoría de que ellas eran parte de su colección; por eso no se quejaba de que con toda probabilidad no fueran hijas suyas.

Su madre, toda elegancia, estaba increíblemente bella vestida de azul. Siempre había sido una tentación para los hombres. Físicamente compartían los ojos grises, pero nada más. Iris y Elsie habían heredado su cabello, rizado y oscuro. Su mirada era fría todo el tiempo, y no fue una excepción cuando las evaluó de arriba abajo. Elsie se puso tensa, pero Iris y ella ni se inmutaron. Ya estaban acostumbradas a los exámenes que les hacía pasar la condesa. Siempre había algún defecto que sacar a la luz.

—Demasiado tapada —dijo mirando a Alyce, que se negó a sentir vergüenza—. Las mujeres debemos utilizar nuestros atributos, te lo he dicho muchas veces.

Ella no dijo nada. Prefería que se fijara en ella y no en sus hermanas.

Su doncella se apresuró a ayudarla a bajar el escote hasta la línea que marcaba lo escandaloso. Alyce miró a su padre, que estaba alabando la vestimenta de Elsie. Prefería, como siempre, hacer oídos sordos. Qué podía esperar.

—Iris, más colorete —su madre seguía criticando—. Tienes veinte años y no puedes parecer una niña de trece.

Su hermana se sonrojó y fue a aplicarse más polvos.

La condesa no las dejó salir hasta que estuvieron perfectas a sus ojos. Sonrió, satisfecha, y las instó a bajar al salón de baile.

—Ya sabéis qué hacer. —Claro que lo sabían—. Una de las tres debe salir de esta casa prometida.

Alyce no necesitó preguntar para saber que se refería a ella.



Como en cada una de las veladas en las que había participado desde que empezara el mes de diciembre, Rosalie sintió las miradas de los invitados en su espalda. Sintió los murmullos de la gente que hablaba sobre su herencia, como si supieran más que ella.

Estaba harta. Llevaba dos semanas así y lo único que quería era desaparecer. Durante su estancia, se habían aproximado varias personas que fingían querer saludarla y lo único que buscaban era una confirmación a lo que había contado la cotilla. Los hombres en particular se esforzaban por ganarse sus favores. Además, su padre y su madre se habían vuelto de repente muy populares; Rose esperaba el momento en el que fueran a hablar con ella del brazo del elegido para ser su marido.

Le aterraba ese momento más de lo que podía admitir.

Por suerte, ella no había tenido que lidiar con casi ningún invitado gracias a los Daventry, que se habían puesto de acuerdo para rescatarla cada vez que se veía asaltada. Si una dama la acorralaba preguntándole por sus propiedades, Belle aparecía de la nada para pedirle que la acompañara al tocador de las damas; si un hombre la invitaba a bailar y se hacía demasiado pesado estar en su compañía, Sophie la buscaba para fingir presentarle a gente que ya conocía o Gwen la sacaba a rastras de allí sin disculparse con nadie.

A la cuarta vez que pasó aquello, Rose concluyó que no podía ser casualidad.

—Nos lo pidió el idiota de Simon —le dijo Gwen cuando por fin se decidió a preguntarle—. Y, la verdad, es la mejor idea que ha tenido en mucho tiempo. Pero no le digas que lo he admitido en voz alta.

Rose se emocionó. Que Simon hubiese organizado aquella partida de rescate le demostraba que seguía preocupándose por ella, a pesar de haberse distanciado un poco. No obstante, aún no había podido agradecersele debidamente.

«Eres lo más maravilloso que tengo en la vida».

¿De verdad había dicho aquello? Todavía le latía el corazón con fuerza al recordarlo. Si no hubiesen estado tirados en el hielo y Simon hubiese podido caminar por su propio pie, quizá hubiese podido asimilar las implicaciones de esa declaración y hacer algo al respecto. Pero ahora había pasado su oportunidad.

—¡Lady Rosalie! —Una voz la sobresaltó—. ¡Cuánto me alegro de conocerla por fin!

La joven se giró hacia un hombre joven, de rostro anguloso y abundante pelo castaño. Tenía los ojos del mismo color, pequeños, bajo unas pobladas cejas. Era alto y ancho de espaldas, quizá demasiado. Debía de tener unos veinticinco o veintiséis años. Vestía impecablemente, a la moda, pero no lo conocía. Se puso en guardia, nerviosa. ¿Otro hombre que venía buscando sus favores? Le sonreía con demasiado entusiasmo para su gusto. Detrás de él, Rose vio que Rhys Harrington, el abogado amigo de Simon, le guiñaba un ojo antes de seguir hablando con los hombres que había

a su alrededor. Se lo tomó como un signo de ánimo, pues aquel hombre siempre la había tratado bien, y se enfrentó al desconocido.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

«No la fastidies, Rosalie».

—Me temo que estoy en desventaja, se-señor —le dijo con todo el temple que pudo reunir. Respiró hondo.

—Benjamin Hemsley, a su servicio.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta; había oído aquel nombre antes. Aquel hombre era familia lejana de su padre. El hijo de una tía abuela suya o alguna cosa así, no estaba muy segura.

Pero lo más importante era que estaba ante el que heredaría el título de marqués de Blackmore a la muerte de su padre.

Eso quería decir que no recibiría más que la propiedad de Londres y una pequeña renta junto con el título. Lo miró con suspicacia; era evidente por qué estaba allí y no se fiaba de él. Una de las razones por las que su padre había desvinculado las propiedades era que el señor Hemsley no las pudiera administrar. Rose no sabía por qué, pero su padre era lo bastante sensato como para que ella se fiara de él en esto. Aquel hombre debía de ser un irresponsable o un viva la vida.

No quería estar cerca de él.

Miró a su alrededor, pero no vio a nadie conocido que pudiese servirle de excusa para escapar. Él debió de darse cuenta de sus intenciones, porque la miró con evidente desdén.

—No es necesario que finja que se alegra de verme —dijo con sarcasmo—. Supongo que, al igual que a su padre, no le caigo bien.

Rose no respondió, pero no hizo ninguna falta.

—Solo venía a felicitarla por lograr heredar uno de los legados más grandes de la nobleza británica. —El hombre no cambió el semblante, pero Rose se percató de que le temblaba un músculo de la mandíbula—. Un legado que debería haber sido mío.

—Si-si tiene algún problema, señor H-he-hemsley. —Rose odió cómo le tembló la voz—. Puede hablar con mi pa-padre. Yo no tengo na-nada que decirle.

Se obligó a mantener las manos quietas, aunque se moría de ganas por retorcérselas del nerviosismo. Se obligó a no demostrar que comenzaba a necesitar más aire del que le proporcionaba a sus constreñidos pulmones. El corazón le iba a mil por hora, pero se obligó a no desviar la vista de su interlocutor.

—Yo no tengo ningún problema, *lady* Rosalie. —Sonrió con maldad, acariciando el enorme anillo que llevaba en el dedo pulgar. Aquella piedra verde era demasiado ostentosa hasta para el gusto aristocrático—. Pero creo que usted sí. ¿No debería haber aprendido a hablar hace años? No me sorprende que todavía no se haya casado.

Se sonrojó hasta las orejas por la ofensa, temblando de rabia. Intentó responder, pero no le salían las palabras.

—Al menos ella será la dueña de una fortuna enorme y tú no. —Una voz los sobresaltó a ambos—. ¿Quién es el perdedor aquí?

Ambos se giraron hacia la recién llegada. Rose se sorprendió al ver a *lady* Iris Vane delante de ellos, envuelta en una cascada de seda color malva. Su extraña mirada violeta fulminaba al señor Hemsley de tal forma que no le hubiese sorprendido que le cayese un rayo y lo partiese por la mitad.

—*Lady Iris* —dijo él, dispuesto a devolver el golpe—. ¿Cómo está su padre? Ah, claro, que no sabe quién es. Cuánto lo siento.

Rose abrió los ojos, estupefacta por el comportamiento de aquel hombre. Sabía que había rumores, pero no creía que nadie la hubiese llamado bastarda de aquella manera tan directa y maleducada. Sin embargo, Iris solo alzó una ceja como señal de que lo había escuchado.

—Lárgate, Hemsley —le replicó Iris sin inmutarse por la acusación—. Molestas.

Aunque parecía que iba a seguir allí incordiando, finalmente inclinó la cabeza con una sonrisa burlona y desapareció entre la gente. Rose sabía que no acababa allí el asunto; tendría que contarle a su padre lo que había pasado.

—No se preocupe, *lady Rosalie*. —*Lady Iris* le sonrió con amabilidad—. Es un bravucón inofensivo. Solo está rabioso porque usted va a quedarse con toda la herencia.

La joven sacudió la cabeza, todavía sorprendida por tanta hostilidad.

—¿Có-cómo lo sabe?

Iris sacudió la cabeza.

—Todos los hombres son así —le respondió—. Mi madre siempre dice que a los hombres solo les importa su orgullo y que es importante no herirlo para llevarse bien con ellos. Hemsley solo está herido en su orgullo.

Rose no sabía qué decir ante tanta sinceridad. No estaba segura de que la condesa de Lynch fuese una buena influencia para sus hijas. Aunque ella no tenía nada que decir respecto a madres ejemplares.

—Que le den —añadió Iris y le guiñó un ojo.

Abrió la boca, sorprendida porque hubiese dicho algo tan impropio, y acto seguido soltó una carcajada liberadora que aflojó el nudo que tenía en la garganta.

—Que le den —repitió y se sintió muy bien.

Iris rio con ella antes de disculparse para reunirse con sus hermanas. Rose esperaba coincidir con ella en alguna otra ocasión. Le gustaba aquella chica. Era segura de sí misma y no se amedrentaba ante nadie. Una de las Joyas de Lynch, la Amatista.

Miró a su alrededor, pero comenzaba a agobiarse. Decidió subir a ver cómo estaba Simon. Si su madre no se daba cuenta, podría escabullirse durante un buen rato.

Accedía a la escalera cuando la interceptó Leo.

—¿Dónde va tan sola, *lady Rosalie*?

Llevaba una copa de champán en la mano del que comenzaban a servir los camareros por decenas. Ahora que lo pensaba, no lo había visto en toda la noche porque había vuelto a llegar tarde a la cena y no se habían sentado cerca. Aquel Daventry tenía muy poco interiorizada la puntualidad inglesa; Rose se dijo que podía contar con los dedos de una mano las veces que Leo había llegado a tiempo a algún lugar, formal o informal. En general, lo veía como alguien muy despistado.

—¿Quiere compañía? —volvió a hablar.

—Pues, la verdad... —Se interrumpió. ¿Por qué le daba tanta vergüenza decir que iba a ver a Simon? No era nada escandaloso, era su amigo—. Yo...

Leo pareció entender algo que ni ella misma comprendía, porque sonrió y la animó a seguir subiendo los escalones.

—No se preocupe, yo la cubro si alguien pregunta por usted. —Le guiñó un ojo—. Vaya, debe

de estar aburrido el pobre. Debería animarlo un poco.

Era la segunda vez que se sonrojaba como una niña en menos de veinte minutos, por lo que no supo que contestar. Se limitó a subir la escalera lo más rápido que pudo, sintiendo la mirada de Leo a su espalda.

Capítulo 11

Lily Manor, 12 de diciembre de 1854

Mariposa:
Te quiero.

Simon

(Carta no enviada)

Estaba aburrido. Como una ostra.

Nunca pensó que echaría de menos asistir a un baile, bajo el intenso escrutinio de su madre la casamentera, pero estaba comenzando a desear estar allí abajo con toda la aristocracia pomposa y desagradable.

O quizá no. La última vez que había asistido a una velada, tres noches atrás, había deseado pegar una paliza a más de un invitado. Había entrado en una de las salas anexas, donde algunos caballeros jugaban a las cartas. Cuatro imbéciles, sin darse cuenta de su presencia, habían estado riéndose de Rose, hablando de cuánto desearían ponerle las manos encima a ella y a su herencia.

—Un pajarito jugoso, aunque un poco fea. —Rio uno de ellos tras apurar su copa de *brandy*. Hizo un gesto obsceno que no ofrecía dudas sobre lo que aquella sabandija diría a continuación—. No me importaría tenerla en mi cama; yo le enseñaría a ser una mujer.

El coro de risas que habían seguido a aquello hizo que Simon lo viera todo rojo. Si no hubiese sido por Rhys, que lo detuvo, habría desfigurado a aquel tipo y a todo su séquito.

—Como vuelva a hablar así de *lady* Rosalie, yo mismo me encargaré de verlo al amanecer⁶. — El miedo en los ojos de aquel imbécil fue la única satisfacción que obtuvo antes de largarse de allí.

Simon sabía que no era el único; muchos y muchas pensaban como él. Rose se había convertido en carnaza para los buitres. Y él no sabía qué hacer para protegerla.

«Sí lo sabes».

Justo cuando ordenaba a su conciencia que se callara, llamaron a la puerta. Encantado con cualquier distracción, dio permiso para entrar a quien fuera.

—¿Puedo pasar? —El bello rostro de Rose apareció en su campo de visión y el corazón le dio un vuelco.

—Claro —respondió con voz estrangulada. ¿Tenía buen aspecto? Llevaba horas en aquella cama, por el amor de Dios. Debía de parecer un vagabundo.

Ella estaba preciosa, como siempre. Llevaba un recogido en forma de trenza y había optado por un vestido color dorado, con flores bordadas. Hizo todo lo posible por no fijarse en la suave piel color crema que el escote del vestido dejaba a la vista.

Se incorporó como pudo en los cojines y se pasó la mano por el pelo con rapidez, tratando de domarlo. Dedujo que no había obtenido buenos resultados, porque Rose rio al verlo.

—Déjame a mí. —Fue hasta su tocador y no tardó en sentarse en la cama junto a él. Le peinó el pelo con ternura, concentrada al máximo en su tarea, y él pensó que si hiciera aquello cada día él sería el hombre más feliz de la tierra—. ¿Cómo estás?

—He estado mejor —se las arregló para responder.

—¿Cómo cuando trepaste a aquel árbol y decidiste que era buena idea saltar de una rama a otra? —Soltó una risita.

Dejó el peine en su lugar y volvió a sentarse a su lado.

Demasiado cerca, demasiado lejos.

Dios santo, era tan hermosa que dolía. Brillaba con luz propia, por dentro y por fuera, y él no podía evitar mirarla embelesado.

—Tenía diez años —se defendió con muy pocas ganas.

Tragó saliva con fuerza. Si el corazón le latiese más rápido, le daría un infarto. Era ella con quien quería pasar el resto de su vida y quería, necesitaba, saber si pensaba lo mismo. Al diablo con las convenciones. Al diablo con sus padres, su herencia y el qué dirán. Allí, con su perfume a rosas embotándole la mente y la morfina recorriendo sus venas, teniéndola tan cerca, estaba seguro de que lucharía contra lo que hiciera falta por estar a su lado.

Pero antes debía averiguar si ella era de la misma opinión, aunque eso significara dar al traste con su amistad.

Se incorporó, sentándose en la cama.

—¡No puedes moverte, te harás...! —Rose se interrumpió.

Rezó porque no le sudaran las manos cuando le acarició la mejilla con el pulgar. Cuando sus ojos se encontraron, los de ella confusos, Simon tuvo que hacer acopio de todo su valor para decir lo que rondaba por su mente desde hacía meses.

—Mariposa... —comenzó. Hubo una pausa eterna en la que ella no lo interrumpió y Simon se lo agradeció, porque si ella hablaba todo su arrojo se desvanecería como el humo. Dios santo, cómo podía ser tan difícil decir dos palabras. Respiró hondo y se arrancó la pregunta—. ¿Puedo besarte?

La confusión se transformó en asombro, y Simon no estuvo seguro de quién de los dos estaba más sonrojado; notaba cómo le ardían las mejillas y tuvo que esforzarse por no apartar la mirada, reírse históricamente y convencerla de que estaba bromeando.

En toda su vida no había dicho nada tan serio.

—Simon... —dijo ella con un hilo de voz—. ¿Q-q-qué estás diciendo?

Había sido demasiado directo, lo sabía, pero no era momento de arrepentirse.

—Desde que volví a verte el pasado marzo no puedo dejar de pensar en ti, en tu sonrisa y lo feliz que soy cuando estoy contigo.

Rose abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras, así que Simon aprovechó para seguir hablando. Una vez había comenzado, era mucho más fácil decirle lo que llevaba meses guardándose.

—No puedo evitarlo, a pesar de que me he repetido miles de veces que eres mi amiga y que me veías como tal. —Rose frunció el ceño, pero él siguió hablando con atropello—. Pero ya no puedo más.

Prácticamente no había terminado de hablar cuando un grito rasgó el aire, poniéndole los pelos de punta.

—¡¡SIMOOOOON!!

Ni siquiera había logrado moverse ni un milímetro en el momento en el que se abrió la puerta de su habitación con un estruendoso golpe, pues la pesada hoja de madera rebotó contra la pared. Rose dio un respingo, pero no se giró. Él, por su parte, se debatía entre la confusión de tal alboroto y el controlar sus instintos asesinos contra la inoportuna interrupción que había dado al traste con lo que estaba a punto de hacer.

Obviamente, su hermana Gwen nunca había sido sutil en cuanto a las formas, pero aquello era demasiado hasta para ella. Una parte de su cerebro agradeció que no hubiese sido otra persona. Apartó la mano de inmediato y su piel protestó en respuesta. No quería manchar la reputación de Rose por hacer mal las cosas.

La otra parte intentaba entender que había estado a punto de decirle que estaba enamorado de ella. Así, de golpe. Bastante había hecho pidiéndole un beso. La miró un segundo, pero Rose no reaccionó; siguió mirando a la nada como si nadie hubiese entrado. La angustia lo invadió al pensar que no era correspondido. Se planteó sacar a Gwen de allí y suplicarle una respuesta a Rose, pero fue su rostro desencajado lo que lo frenó en seco.

Nunca, jamás, había visto esa expresión asustada en la pequeña Daventry. Tenía la cara roja y los ojos muy abiertos. Respiraba agitadamente y no parecía darse cuenta de que estaba gritando. Su corazón se saltó un latido, pero por una razón muy distinta al amor.

Miedo. Preocupación.

—¡Tenéis que bajar! —Gwen los miró como si no los viese en realidad. Ni siquiera pareció registrar que Rose no debería estar allí—. Han cometido un asesinato en el salón de baile. Michael nos necesita.

Las palabras tardaron en llegar a su cerebro y cuando las asimiló se quedó congelado. ¿Qué diantres...?



Media hora antes

Lady Alyce miró al vizconde Davenport como si de verdad lamentara tener que rechazarlo. Sonrisa compungida, cejas bajas y pestañas caídas. Una estudiada expresión para parecer desolada sin dejar de ser coqueta.

—Lo lamento tanto, *milord* —dijo en voz baja, controlando el tono—, pero me temo que mi carnet de baile está lleno esta noche.

Señaló el pequeño librito de tapas nacaradas, que llevaba colgado de la muñeca izquierda y que nunca se molestaba en rellenar. Se suponía que aquellas finas hojitas servían para apuntar el nombre de los caballeros que le pedían un baile con antelación, pero a ella le gustaba más improvisar según le convenía.

Otra razón para que las rectas y puritanas matronas cuchicheasen a sus espaldas.

El vizconde, un cincuentón medio calvo con una fortuna nada desdeñable —que su esposa lapidaba sin remordimientos—, esbozó una sonrisa resignada.

—La próxima ocasión entonces —respondió lanzando una mirada nada disimulada a su escote.

—Eso espero. —Hizo una reverencia antes de marcharse a paso lento, sabiendo que el vizconde estaría observando su trasero.

«Por encima de mi cadáver».

Estaba acostumbrada a que la mirasen con lascivia, pero también lo estaba a tener al hombre que quisiera y aquel vizconde baboso no estaba en su lista.

—Pero tú si lo estás —susurró al ver a Michael Daventry junto a la mesa de las bebidas.

Lo observó aceptar una copa de champán de uno de los lacayos y se mordió el labio al pensar en lo bien que le quedaba el traje. Había hombres con buena percha y luego estaba él. Era cierto que solo buscaba su dinero y posición social, pero debía admitir que no iba a costarle nada acostarse con ese hombre.

Era el mejor de la familia. Como era evidente que el marqués de Satherton estaba muy enamorado de su embarazada mujer, solo le quedaban dos opciones para emparentar con la poderosa y popular familia Daventry. Su dilema duró poco, pues Simon Daventry era demasiado joven y bebía los vientos por su amiga, *lady* Rosalie. Alyce podía ser una atrapa hombres, pero tenía principios e interponerse entre dos personas enamoradas era uno de sus límites.

Pero, como Michael no estaba enamorado de nadie —había indagado mucho—, lo convertía en el objetivo número uno y su madre aprobaba en demasía la elección. ¿Quién no querría emparentar con los ricos y populares Daventry? Hasta la cotilla estaba encandilada con ellos, ya que no paraba de sacarlos en sus columnas.

Se acercó a él, sorteando a varios invitados que la obligaron a desviar la vista de su objetivo durante unos segundos. No obstante, cuando llegó hasta él estaba solo y se masajeaba el hombro derecho con la mano libre.

Alyce le quitó la copa de la mano antes de que pudiera dar un solo trago. Él puso los ojos en blanco.

—¿Qué te ha pasado? —le dijo señalando su hombro.

Michael la miró con hastío. No era el sentimiento que le gustaba despertar en los hombres.

—La gente es demasiado efusiva —dijo sin más—. ¿Qué la trae por aquí, *lady* Alyce?

—Lo he visto y no he podido resistirme a acercarme a hablar con usted, señor Daventry. —Fingió inocencia—. ¿Acaso puede culparme?

A su pesar, Michael sonrió, pero enseguida adoptó un gesto serio, por lo que Alyce no tuvo tiempo de disfrutar de su pequeña victoria.

—No creo que estemos hechos el uno para el otro, *lady* Alyce —comentó.

No era el mismo tono de enfado y molestia que había usado en otras ocasiones para rechazarla. Su voz era resignada, como si de verdad quisiera complacerla pero no pudiese hacer nada. Alyce pensó que jamás le habían dicho algo así. ¿Qué era ser el uno para el otro en aquella sociedad? ¿Acaso la gente no se casaba por dinero y posición? Era cierto que algunos se enamoraban, pero representaban a una pequeña y afortunada minoría. ¿Qué quería Michael Daventry? Quizá se había equivocado con él.

La joven se mordió el labio antes de sonreír.

—Nunca se sabe, querido —le dijo en voz baja—. Quizá no te has dado cuenta todavía de que soy perfecta para ti.

Michael sacudió la cabeza antes de fijar la vista en algún punto más allá de su hombro. Frunció el ceño y adoptó una expresión confusa.

—Si me disculpa, *lady* Alyce... —Se marchó sin esperar respuesta, algo muy grosero, en su opinión.

Alyce suspiró, cansada de una nueva derrota. Quizá valía la pena mirar en otra dirección. Algún hombre soltero que mereciese la pena y quisiera su compañía. Miró la copa que tenía en la mano, sin saber qué hacer con ella.

—Si ni siquiera me gusta el champán —murmuró al burbujeante y dorado líquido.

De repente, una mano le arrebató la copa. Una mano femenina que conocía bien.

—Madre. —La voz de Alyce expresaba un hastío que no pudo disimular.

La condesa la fulminó con la mirada, demostrando su animadversión.

—Has vuelto a fallar. —Solo había censura en su voz—. Deberías tener ya a Michael Daventry comiendo de tu mano. Creía que te había enseñado qué hacer.

Claro que lo había hecho, pero nunca era suficiente para ella.

—Solo necesito un poco más...

—Eres una inútil —la cortó ella, agarrándola del brazo hasta casi hacerle daño, pero de tal manera que nadie que mirase de lejos pudiera pensar que pasaba algo raro. Alyce no mostró ningún signo de queja. Le mantuvo la mirada, serena—. ¿Acaso voy a tener que mandar a tus hermanas a conseguir lo que tú no eres capaz de hacer?

El odio la invadió. No, sus hermanas no tenían nada que ver en aquello. Su madre era una tirana y sabía que sería capaz de hacerlo y que sus hermanas, por el afán de complacerla y tenerla contenta, aceptarían.

Como había hecho ella en su momento.

—Ojalá estuvieras muerta —le espetó con toda la rabia que pudo reunir.

Su madre sonrió con suficiencia, insensible a sus palabras, antes de beberse el champán de un trago y devolverle la copa con brusquedad. Miró a su alrededor unos segundos antes de volverse de nuevo hacia ella.

—Pero no es así. Así que...

Sin embargo, antes de que pudiese terminar la frase, dio un paso atrás mientras la boca se le llenaba de espuma. Intentó respirar, pero no pudo. Tosió, escupió y la espuma siguió extendiéndose, ahogándola. Antes de que Alyce pudiese reaccionar, la condesa se puso rígida y se desplomó con un golpe atroz, que resonó en su mente con fuerza. Cuando su madre no se movió, se quedó allí parada, mirándola.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el silencio ensordecedor instalado en sus oídos no era solo cosa suya. El salón al completo se había quedado congelado, observando. Alguien gritó y todo el mundo pareció reaccionar, incluida ella.

Cuando cayó de rodillas al lado de su madre, inmóvil, no supo qué hacer ni qué sentir. Simplemente miró el bello rostro sin vida de la que había sido la majestuosa e inamovible condesa de Lynch.

Dios santo, ¿qué había sucedido?

«Ojalá estuvieras muerta».

—¡Madre! —Aquella única palabra encerraba un dolor espeluznante. Era Elsie, que cayó a su lado, intentando reanimarla sin éxito.

Alguien la cogió del hombro: Iris. La pequeña joya se resistió, pero acabó por levantarse al escucharla hablar.

—Está muerta. —Su voz estaba hueca, vacía. Como la propia Alyce.

—Llamen a la policía. —La atronadora voz de Gabriel Satherton, dando órdenes, logró que

pudiese desviar la vista de los ojos apagados de su madre.

—¿Policía? ¡Debería llamar a un médico! —respondió una voz que no pudo reconocer.

—Satherton tiene razón. —El vizconde Davenport se acercó a ellas, se arrodilló al lado de su madre y la examinó. No se parecía en nada al petimetre al que había rechazado. Estaba serio como la muerte—. Ha sido envenenada.

Un coro de gritos y exclamaciones de horror invadió el salón. Alyce desvió la vista a la copa de champán que todavía llevaba en la mano y ató cabos.

—Se bebió el champán...

Creía haberlo dicho en voz baja, pero Gabriel Satherton y el vizconde Davenport la escucharon. Incluso sus hermanas se giraron hacia ella.

—¿Qué quiere decir, *lady* Alyce? —La voz de Gabriel era amable, tranquilizadora, y se atrevió a mirarlo.

—Me quitó la copa y bebió —trató de explicarse.

Unos brazos la arroparon. Alyce se giró y se encontró con la nueva marquesa de Satherton, que le susurró palabras tranquilizadoras. El marqués, por su parte, miró hacia la mesa de las bebidas, al igual que Davenport.

—¿Cogiste la copa de la mesa? —El vizconde la miró con seriedad.

Alyce iba a asentir cuando comenzó a pensar, rebobinando, y lo que recordó la dejó sin habla. No podía ser...

Pero no fue ella quien puso en palabras lo que estaba pensando.

—Le quitó la copa a Michael Daventry —Elsie habló con fuerza, roja por la tristeza y las lágrimas—. Quiso envenenar a mi hermana porque no quería casarse con ella y ha sido mi madre la que ha muerto.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire unos segundos. Después, todo estalló.

6 De esta forma, los caballeros se retaban a duelo por cuestiones de honor, práctica que estaba prohibida.

Capítulo 12

Durante todo este tiempo escribiendo para ustedes, nunca me había enfrentado a algo así. Casi no me salen las palabras, pero tienen derecho a saber que hay un asesino entre nosotros.

De la columna especial de *The Golden Swan*,
14 de diciembre de 1854.

Cuando Nicholas Otterbourne se despertó aquella mañana, jamás pensó que los estirados de la aristocracia acabarían convirtiendo un día horrible en una investigación por asesinato.

No se iba a quejar; le gustaba su trabajo en Scotland Yard, y tratar con delincuentes de baja calaña, a los que era fácil detener, no podía compararse con un homicidio en la grandiosa y aristocrática Lily Manor. Nick odiaba tratar con los ricos, demasiados histerismos y desmayos. Gente corriendo como pollo sin cabeza era lo único que se había encontrado al entrar al salón de baile. Los únicos que parecían marcar la diferencia eran aquellos cinco hermanos, cuatro de ellos rodeando al último como si se dispusieran a protegerlo hasta la muerte.

Quizá fuese así; era lo que se suponía que debía hacer la familia.

Observó que uno de ellos llevaba una muleta para aguantarse y se preguntó qué le habría pasado y si su accidente o lo que fuera tendría algo que ver con todo aquel asunto. Sin embargo, aunque concentrado en su hermano, aquel joven parecía estar en otra parte.

Clavó la vista en los ojos de su acusado, de un vívido azul. No parecía nervioso ni asustado, emanaba una calma que más de uno de sus colegas envidiaría. Eso le dificultaba la tarea de una pronta confesión, aunque si algo había aprendido en su trabajo era que nunca debía dar nada por hecho.

No pensaba empezar ahora.

Se tomó un momento para ordenar sus ideas. Sus agentes se estaban encargando de recabar pruebas y asegurarse de que la gente no se moviera de sus habitaciones. El médico forense había acudido enseguida y se hallaba examinando el cadáver en otra habitación. Nick se había negado en rotundo a que se llevaran a la difunta a la morgue sin un análisis preliminar; quería saber al menos cuál era el veneno que había terminado con su vida.

Era su turno de trabajar.

—Deberían salir para que pueda hablar con el señor Daventry a solas.

Miró uno a uno a los hermanos hasta clavar la vista en el marqués, el señor del lugar y quien, imaginaba, daría las órdenes. Tenía aspecto de inteligente y sensato, por lo que confió en que obedecería y haría que sus hermanos lo siguieran. No obstante, no fue él quien le respondió, sino la hermana pelirroja y rechoncha, que lo fulminó con la mirada. Si existiese el infierno, la furia de aquellos ojos azul grisáceo congelaría hasta la última llama.

—Ni por un segundo piense que le dejaremos solo, inspector Otterbourne —le espetó sin ningún asomo de vergüenza—. Si quiere detenerlo será por encima de nuestros cadáveres.

Nick observó que no había censura en ninguno de los rostros por el arrebato de la chica

pelirroja. Al contrario, todos estaban más serios que nunca, mostrando su acuerdo ante sus palabras. Se fijó en que incluso la hermana de pelo castaño sonreía con orgullo. Aquella familia era muy poco convencional. Su padre ya le hubiese ordenado que callara después de darle un bofetón.

Le gustaba esa chica; tenía agallas. Su madre debería aprender de ella.

—No es necesario ponerse así, *milady*. —Mantuvo la calma en todo momento—. Nadie ha dicho nada de detenciones... todavía.

La joven abrió la boca, dispuesta a replicar, pero aquella vez la detuvieron.

—Gwen —dijo Michael Daventry—. Ya basta.

Para su sorpresa, *lady* Gwen calló, pero a Nick le daba la impresión de que le estaba costando mucho contenerse. Tuvo que retener una sonrisa.

Antes de que pudiese volver a hablar, la puerta se abrió de golpe. Nick se giró para increpar a quien fuera que hubiese interrumpido y se quedó de piedra.

—Letrado Harrington —dijo con una mezcla de hastío y respeto.

Los abogados eran los mayores obstáculos en las investigaciones policiales. La fama de este en particular había llegado a sus oídos y la curiosidad hizo que quisiera verlo en acción. Era un profesional y sabía que no estaría allí para facilitarle la vida.

—Inspector Otterbourne —respondió el aludido—. Espero que no intentara interrogar a mi cliente sin estar yo presente.

Todos los Daventry se quedaron de piedra, así que Nick imaginó que actuaba por cuenta y riesgo. No obstante, ninguno de los hermanos protestó, así que no tenía ninguna excusa para echarlo de allí con cajas destempladas. Observó a Michael, que miraba al abogado como si fuese una aparición fantasmal.

—Por supuesto que no, Harrington. —Suspiró—. Jamás se me ocurriría.

El abogado tomó asiento al lado de su cliente y lo miró con el desdén que define a los de su calaña. Dios, estaba harto de aquello y ni siquiera había empezado.

—Señor Daventry —comenzó el interrogatorio con seriedad, viendo que ninguno de ellos iba a mover un pie, y se esforzó por ignorar la presencia de Rhys Harrington. Era como un grano en el trasero—. No dejo de preguntarme por qué un hombre de su posición querría envenenar a la joven *milady*... ¿Acaso le estorbaba por alguna razón?

Se escucharon algunas exclamaciones indignadas, provenientes de los hermanos, y era muy posible que Harrington estuviese planeando su propio asesinato, pero Nick solo tenía ojos para Michael. El acusado se tensó, enderezó la espalda y no apartó la mirada. El inspector se fijó en que ni siquiera le temblaban las manos.

—No fue eso lo que pasó —dijo con vehemencia, como si estuviera ofendido—. Si intenta provocarme, no lo conseguirá. Yo no lo hice.

Nick lo evaluó unos segundos más antes de proseguir. No iba a pedir disculpas por hacer su trabajo.

—Supongamos que lo creo —replicó—. Cuénteme lo que pasó.

El aludido se reclinó en su asiento, como si estuviese muy cansado.

—No hay mucho que contar. —No era lo que Nick consideraba un gran comienzo, pero no dijo nada—. Fui a la mesa de las copas y cogí una.

—¿Había alguien a su lado en la mesa? —Lo interrumpió Nick.

Michael se quedó en silencio unos segundos.

—Diría que no —respondió al fin. Se frotó el rostro con las dos manos, pensativo—. Había gente cerca, eso sí; corros de invitados charlando o que iban de un lado a otro del salón.

»Me tropecé con más de una persona al intentar alejarme un poco de la zona de baile, pero no recuerdo a nadie en particular.

—¿Y qué pasó después?

Nick no dejaba de observar a su acusado, que comenzaba a ponerse nervioso, pero sus hermanos también eran dignos de estudio. Todos lo miraban a él excepto la hermana de pelo castaño, que no le quitaba los ojos de encima a Michael. Parecía estar buscando alguna laguna en su versión, igual que él.

—*Lady Alyce* apareció —relató Michael—. Quería... volver a hacerme una propuesta.

Nick arqueó las cejas.

—¿Qué clase de propuesta? —Cuando vio a Michael vacilar, resopló—. No es momento de comportarse como un caballero, señor Daventry.

—No tiene por qué contestar —intercedió Rhys. Nick lo fulminó con la mirada.

El marqués, no obstante, le puso una mano en el hombro a su hermano, que lo miró.

—Tiene razón, Mike —le dijo—. Cuéntaselo.

Harrington apretó los labios, pero tuvo la decencia de callar. El hombre dudó una vez más, envuelto en un absurdo dilema moral que no le convenía en aquel momento, pero terminó asintiendo. Por suerte.

—*Lady Alyce* me había pedido que la cortejara en anteriores ocasiones —soltó a bocajarro—. Esta noche venía a tratar de cambiar mi negativa.

—¿Por qué la rechaza? —La pregunta de Nick se convirtió en sincera curiosidad. ¿Los aristócratas no vivían obsesionados con casarse?—. ¿No es una de las Joyas de Lynch?

—Irrelevante —el abogado habló de nuevo—. Inspector Otterbourne, le agradecería que se alejara de cuestiones improcedentes.

—En un caso de asesinato todo es procedente, señor Harrington. Pero quizá no lo sepa, porque este no es su terreno. ¿Acaso no se encarga del papeleo de los ricos? Debe de sentirse como pez fuera del agua. —Cuando Harrington no respondió, claramente enfadado, Nick se volvió satisfecho hacia Michael de nuevo—. ¿Por qué?

Michael sacudió la cabeza como si le hubiese preguntado si le gustaba mojarse la ropa interior en un día de lluvia.

—No estoy interesado en casarme con ella —murmuró.

Nick arqueó levemente las cejas, pero no dijo nada al respecto; si seguía insistiendo, Harrington lo estrangularía con su corbata. Los Daventry eran una familia poco convencional, fruto de un matrimonio por amor. Al inspector le costaba imaginarse que una pareja de clase alta esté tan bien avenida, pero era comprensible hasta cierto punto que los hermanos desearan lo mismo que tuvieron sus padres. Sin embargo, igual que sabía que el marqués era un hombre sensato, Nick tenía la impresión de que Michael tenía más de una razón para rechazar esa boda.

—¿Ella está enamorada de usted?

El aludido frunció el ceño, pensativo.

—Si es así, nunca lo dijo —respondió al final—. Aunque creo que no era el caso. Me temo que tendrá que preguntarle a ella si quiere una respuesta más exacta.

Por supuesto que lo haría. Llegar al fondo de cualquier asunto era parte de su trabajo, y las cuestiones personales no suponían una barrera para él. De hecho, la mayoría de las veces eran esos asuntos íntimos la causa de cualquier asesinato.

En este caso, la fama de las Joyas de Lynch era precedida por la de la difunta condesa, así que los prejuicios lo conducían a pensar que *lady* Alyce solo quería pescar el buen nombre Daventry. No obstante, su oficio le había enseñado que nunca podía estar seguro de nada.

—¿Qué pasó después? —Se dio cuenta de que Michael se relajaba un poco ante el cambio de tema—. Con la copa y demás.

—Le dije a *lady* Alyce que no estaba interesado —explicó, gesticulando con las manos—. Recuerdo que me quitó la copa de la mano.

—¿Llegó a probar el champán? —Nick no lo demostró, pero aquella respuesta le interesaba mucho.

Michael negó, para su decepción.

—Ella me la quitó antes de poder hacerlo. —Los ojos azules del hombre reflejaban calma—. Después de despedirme de ella fui a por otra.

Así que, si daban por verdadero su testimonio, o la copa ya estaba envenenada, o fue Alyce quien puso el veneno allí. Obviamente, aquella niña, la más joven de las joyas, había lanzado una acusación sin tener pruebas y eso lo entorpecía todo.

A la gente le encantaba hablar como si tuviese la verdad absoluta y, si no lo paraba, la tormenta que se formaría sería descomunal.

Pero también había otra opción que lo inquietaba... Si la copa ya estaba envenenada, las cosas cambiaban.

—¿Agarró una copa cualquiera de la mesa o se la dieron? —Comenzó a pasearse, reflexionando.

—La escogí yo ambas veces.

—¿La segunda se la bebió?

El marqués intervino en ese momento. Nick casi se había olvidado de que tenía público. Esperaba que sus agentes hubiesen apaciguado la histeria de los invitados, no querría que se le escapase nada. Ni nadie.

—Todos bebimos de nuestras copas, inspector —respondió Satherton—. Yo estaba con él y mi hermana Sophie.

—¿No recuerda nada más? —Nick insistió—. Cualquier cosa que le parezca una estupidez puede ser importante.

Michael hizo un enorme esfuerzo por recordar.

—Creo que choqué con alguien... después de coger la copa. —Ante la mirada interrogativa de Nick, Mike sacudió la cabeza—. No recuerdo quien era; no lo vi bien. Estaba distraído.

Nick entrecerró los ojos; aquello pintaba mal.

—No me está ayudando mucho.

Michael no se dejó amedrentar por su acusación. Sus ojos azules seguían impassibles.

—Le he dicho la verdad, inspector Otterbourne.

—Mi cliente es inocente, inspector —aseguró Harrington—. Si no tiene más preguntas, hemos terminado.

Barajó sus opciones y se decidió por la que consideró más sensata. Tenía que actuar rápido o

todo se complicaría todavía más.

—Señor Daventry, está detenido —anunció—. No saldrá de esta habitación hasta que...

Sus últimas palabras se perdieron en un mar de exclamaciones de enojo e indignación por parte de los hermanos del sospechoso.

—¡Váyase al infierno! —maldijo *lady* Gwen.

Nick decidió que debía cortar aquello de raíz antes de que lo asesinaran a él también.

—¡Silencio! —Sorprendentemente, los cuatro callaron—. Veo que ninguno de ustedes ha pensado en la posibilidad de que su hermano fuese el objetivo del asesino.

Todos lo miraron mudos. Todos menos *lady* Gwen, que debía preferir arrojarse alapestoso Támesis en pleno agosto que morderse la lengua.

—¿Acaso pensar no es su trabajo? ¿O tengo que hacerlo yo por usted?

Si creyese en Dios, Nick le habría pedido paciencia.

—Como estaba diciendo —continuó ignorando las dagas que le lanzaba la *lady* pelirroja—, es mejor para su seguridad que se quede bajo vigilancia. ¿Acaso puedes refutarme eso, Harrington?

El abogado lo miró con cierto respeto y asintió. Nick suspiró aliviado para sus adentros.

—Es muy posible que el inspector tenga razón.

Michael tragó saliva y los miró a ambos alternativamente antes de preguntar temeroso:

—¿Cree que el asesino quería envenenarme a mí?

Nick asintió.

—Es una posibilidad.

«Igual que el que usted sea culpable», pensó.

De una forma u otra, lo mejor era tenerlo vigilado. Él tenía que comenzar la investigación y no podía perder más tiempo; tenía que continuar con los interrogatorios. Rhys lo miró con los ojos entrecerrados, como si le hubiese leído la mente.

Se dirigió al marqués.

—Estará en su habitación, con uno de mis agentes en la puerta —comenzó a dar órdenes—. No daremos explicaciones, para que el asesino se haga sus propias ideas y se ponga nervioso. Usted se encargará de asegurarse de que todo el que entre en esa habitación sea de confianza.

»Y, sobre todo, que la comida y bebida sean seguras.

Satherton asintió con seriedad. En ese momento parecía todo un miembro de la Cámara de los Lores, dispuesto a hacer todo por su patria. En aquel caso, por su hermano.

—Haremos turnos —dijo *lady* Sophie y los demás asintieron.

Michael los miró agradecido.

—Muchas gracias, hermanos.

—Te protegeremos, Mike —susurró el de las muletas.

Nick los miró a todos, juntos como un ejército imbatible y suspiró. Aquello sí era una familia de verdad.

Capítulo 13

La condesa de Lynch ha fallecido en Lily Manor, envenenada. Mis condolencias al conde y a sus tres hijas.

De la columna especial de *The Golden Swan*,
14 de diciembre de 1854.

Si Simon hubiese consultado a una adivina, como las que andan a diario por la iglesia de St. James, quizá hubiese podido estar prevenido para todo lo que había sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas. No solo tenía un esguince en el pie, que lo frustraba cada vez más, sino que alguien había tratado de asesinar a su hermano y, por si fuera poco, había estado a punto de declararse a Rose.

«Te quiero».

Aquellas dos palabras le quemaban la lengua, pero su valor se había esfumado por la puerta de su habitación, que Gwen abrió de golpe en el momento más crucial de toda su vida. La expresión de Rose... no lo ayudaba a volver a intentarlo.

Simon intentó concentrarse en la conversación de sus hermanos. Estaban reunidos en la salita privada de la marquesa, pensando qué hacer con todo aquello mientras el inspector Otterbourne ponía Lily Manor patas arriba, perseguido por Rhys, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Gwen estaba en ese momento haciendo compañía a Mike; se habían propuesto no dejarlo solo en ningún momento. Si alguien quería asesinarlo, volvería a intentarlo. Pero tendría que pasar por encima de ellos.

Todo aquello era una maldita locura.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Sophie, todavía consternada. Se mesaba un mechón de cabello castaño con la mano, presa del nerviosismo.

Rhys les había dicho que no podían hacer mucho mientras Otterbourne recababa pruebas. No tenía nada en contra de Michael, pero tampoco nada a favor. El testimonio de una niña rota por el dolor no se sostendría, pero el conde de Lynch podía utilizar su influencia para condenar a Mike. Si eso pasaba, Gabriel había jurado utilizar la suya. Era una batalla de voluntades y su hermano se encontraba en medio, acusado de un crimen que no había cometido.

Le era imposible pensar en estarse quieto.

Llamaron a la puerta y Gabriel dio permiso a quien fuera, que abrió despacio y se asomó con timidez. Era Rose, que los miró con cierta vergüenza. Bueno, a todos menos a él. Su corazón hizo un salto mortal antes de comenzar a latir con rapidez.

Iba a sufrir un infarto, estaba seguro.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Menos mal que respondió Gabriel en su lugar, porque a él no le salía la voz.

—Por supuesto, Rosalie. —Le indicó un asiento al lado de Sophie y la joven se acercó, pasando por su lado. Simon trató de no mirarla con demasiada intensidad, pero ella continuó sin

hacer contacto visual—. ¿Cómo está nuestra madre?

Su madre se había sentido indispuesta tras saber que Mike podría haber sido el objetivo del asesino. El saberlo a salvo la había calmado, pero la habían obligado a desaparecer en sus habitaciones. Era fuerte y Simon sabía que en cualquier momento se levantaría para buscar al asesino ella misma. Ya la imaginaba interrogando a todos los invitados con insistencia.

—Descansando —respondió Rosalie—. Belle se está encargando de mantener el orden.

Gabriel sonrió con orgullo, sabiendo que su esposa lo llevaría todo de maravilla.

—Tenemos que movernos, hermanos míos —dijo el marqués—. La policía hará su investigación, pero nosotros no nos vamos a quedar quietos. Es nuestro hermano.

Sophie asintió convencida, y Simon los miró a ambos antes de replicar.

—Soy el primero que está deseando moverse, pero ¿por dónde sugieres que empecemos? ¿Y qué haremos si encontramos a quién lo hizo?

—Puedes darle con la muleta en la cabeza —sugirió Sophie.

Simon tuvo que contener una sonrisa.

—Soph, para decir estas cosas ya tenemos a Gwen —le replicó en broma—. Tú eres la sensata, ¿recuerdas?

Sophie sí sonrió.

—Gwen te quitaría la muleta y golpearía ella misma —argumentó con calma.

Touché.

Por su expresión, Gabriel no sabía si unirse al chascarrillo o reñirlos por bromear en mitad de algo tan serio. Supuso que descartó la segunda opción, puesto que sabía que aquello solo era fruto del nerviosismo. Todos estaban preocupadísimos por Mike.

—Hablemos con *lady* Alyce —intervino Rose—. Sin el inspector delante. Ella debe de saber algo más.

—No sé si querrá hablar con nosotros —dijo Sophie, mordiéndose el labio—. Es muy probable que piense como *lady* Elsie.

—Esa niña es idiota —replicó amargamente Simon. Le habían contado todo sobre la acusación que la joya más joven había realizado contra su hermano, delante de todo el mundo—. Cuestionando el honor de Mike en su propia casa.

Gabriel se levantó y comenzó a pasear por la habitación, pensativo. Estuvo tanto rato de esa forma que Simon se planteó darle con la muleta él mismo. Pero, cuando iba a recriminarle, su hermano se detuvo de golpe.

—Precisamente porque ha agraviado la reputación de mi familia en mi propia casa, me dirá la verdad. —Gabriel sonrió con la seguridad que te otorga un título nobiliario y mucha autoestima—. Soy el marqués.

Dicho aquello salió por la puerta, dispuesto a derribar puertas con tal de hablar con Alyce. Sophie lo siguió de inmediato y, cuando vio que Rose también hacía ademán de marcharse, Simon sintió que debía detenerla y no pudo controlar sus palabras.

—Mariposa. —En sus oídos sonó como una súplica. Vio que ella se quedaba paralizada, pero no se giró a mirarlo. Tragó saliva; sus peores temores se habían confirmado. No solo no lo correspondía, sino que había perdido su amistad—. Habla conmigo, por favor.

Poco a poco, Rosalie se giró para mirarlo. Le brillaban los ojos y pensó que nunca le había visto las mejillas tan rojas. Parecían irradiar calor. Y, a pesar de eso, ella le sostuvo la mirada,

aunque solo Dios sabía lo mucho que le estaba costando hacerlo.

Era preciosa.

—N-no sé qué quieres que t-te diga —balbuceó. Respiró hondo antes de continuar y la voz le sonó con más firmeza—. Ni siquiera me atrevo a pensar en lo que dijiste en tu habitación.

Siempre tan sincera, pensó. Se negó a dejar que aquello le doliese, pero sus palabras le quemaron las entrañas.

Se acercó a ella, apoyándose en la muleta. Rose dio un paso atrás, pero debió de arrepentirse porque no volvió a moverse y dejó que se aproximara. Cuando la tuvo a escasa distancia, se dio cuenta de que estaba temblando y se le cayó el alma a los pies.

—No me tengas miedo, te lo suplico.

El rostro de Rosalie reflejó sorpresa antes de negar con la cabeza.

—No te tengo miedo a ti, Simon. —Su voz sonaba más segura, pero sabía que fingía. Se mordió el labio con fuerza antes de seguir hablando—. Tengo miedo de creerte y descubrir después que todo fue mentira.

Simon negó con fuerza y le acarició la cálida mejilla. Ella entrecerró los ojos, como si quisiera dejarse llevar por su contacto, pero no pudiera. O no debiera.

—No te miento, Mariposa. Yo...

—Por favor, no me llames así —lo cortó ella—. No en este momento.

—Rose. —Respiró hondo, armándose de valor de nuevo—. Nunca, jamás, he dicho una verdad tan absoluta como esa. —Le envolvió la cara con ambas manos, sujetándole el rostro con suavidad. La muleta cayó al suelo con un estrépito, pero ninguno de los dos se movió—. No puedo dejar de pensar en ti.

Ella se mordió el labio y los ojos se le empañaron. A Simon se le encogió el corazón; no lo creía.

—¿Por qué yo? —susurró, parpadeando con rapidez para contener las lágrimas—. No j-juegues conmigo, por f-favor.

Simon se acercó hasta que estuvo a escasos milímetros de su boca. Siempre había sido su mejor amigo, pero nada más allá. Jamás le había dado señales de lo contrario, así que no le extrañaba que no lo creyera. Pero conseguiría con actos lo que no podía lograr con palabras.

—Mariposa —susurró contra su piel—. Entenderé que me golpees si esto no es lo que quieres.

Le dio tiempo a reaccionar, a negarse y apartarse de él, pero Rose solo lo observó en silencio, respirando con dificultad. No perdió más el tiempo y la besó. No fue tórrido ni pasional, aunque tuvo que controlarse mucho para no dejarse ir y hacer lo que llevaba soñando durante meses. Quería besarla hasta que ambos perdiesen el sentido, pero no quería asustarla aún más. Rozó sus labios con los de ella, presionando suavemente. Un beso corto, sencillo, que no fue a más. Saboreó sus labios con lentitud sin ser brusco con ella. Rose siguió su instinto y le devolvió el beso despacio. Él cerró los ojos y disfrutó de esos pocos segundos, por si no se repetían. Tendría aquel recuerdo para siempre. Había durado demasiado poco.

Pero le supo a gloria.

Cuando la miró de nuevo, Rose ya no lloraba. Lo miraba como si se hubiese vuelto loco, desencajada. No era correspondido; tendría que haberlo imaginado. Quizá solo le había devuelto el beso por no rechazarlo con brusquedad y ahora le diría que todo había sido un error. Que se había imaginado cosas y ella nunca había querido besarle.

—Lo siento —se disculpó, adelantándose a ella con torpeza. Se alejó de ella un paso y desvió la mirada. No soportaba verla—. Lo siento mucho, Mariposa.

Pero, cuando se alejó para recoger la estúpida muleta, su voz lo detuvo.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti.

Si un carruaje se hubiese estrellado contra la ventana, ni siquiera se hubiese dado cuenta. Solo podía mirarla anonadado, como si un rayo hubiese partido un árbol del jardín; sabía que estaba en peligro, pero no podía apartar la mirada del fuego que se desataba en los ojos de Rosalie. Ese castaño, que podía parecer anodino, brillaba como si de bronce pulido se tratase.

No estaba seguro de haber escuchado bien, pero Dios sabía lo mucho que necesitaba hacerlo.

—No puedo —repitió ella en un susurro—. Me resulta imposible sacarte de mi mente.

Fue el turno de Simon de quedarse paralizado mientras ella se acercaba hasta quedar frente a él. Su mirada ya no era confusa ni parecía dolida; la estaba invadiendo una resolución que le robó el aliento.

—Bésame otra vez, por favor.

En ese momento, el pie de Simon no pudo resistirlo más y falló, haciéndole perder el equilibrio. Hizo una mueca de dolor al caer al suelo y Rose, que había tratado de sujetarlo, cayó con él sin remedio. Envuelto en un mar de faldas doradas, Simon se encontró con el cálido cuerpo de Rosalie junto al suyo. Ella lo miró con sus enormes ojos castaños, preocupada, y tuvo que recordar cómo se respiraba. Lo ayudó a incorporarse y ambos se sentaron en el suelo como pudieron, lo cual agradeció. No creía poder sostenerse en pie en aquel momento.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó ella.

Sin pensarlo, Simon le acarició la cintura con suavidad, como hizo en la sala de música aquella lejana tarde. Se obligó a no ir más allá, limitándose a recorrer su brazo izquierdo con la yema de los dedos; tenía la piel de gallina. Rosalie contuvo la respiración y no dijo nada, pero pudo ver en sus ojos un reflejo de su propia mirada.

Que Dios lo ayudara, porque aquella hermosa mujer lo deseaba.

El dolor le subía por la pierna, pero se esforzó por ignorarlo. Nada importaba más que Rose. Que mirarla, tocarla y hacer que sonriera.

Tenía que besarla de nuevo. Si no lo hacía, pasaría alguna catástrofe, estaba seguro. Cuando volvió a rodearle el rostro con las manos, Rose se inclinó hacia él y Simon no esperó ni un segundo más.

Le dio lo que ella le había pedido y lo que su corazón clamaba por ofrecer.

La boca de Rose era dulce, como las galletas de chocolate y nueces que la cocinera hacía por Navidad y que él y sus hermanos robaban cuando eran pequeños. Sus labios eran suaves, cálidos y le respondían con las mismas ganas que él sentía.

Aquella segunda vez se tomó su tiempo y la besó con suavidad, despacio, hasta que notó que Rose se relajaba y le rodeaba el cuello con los brazos, enterrando las manos en su pelo. Esa pequeña caricia fue tan placentera que tuvo que interrumpir el beso para tomar aire.

Era increíble. El corazón le latía a mil por hora.

Nunca pensó que se sentiría así al besar a su mejor amiga. Si necesitaba una confirmación para saber que la amaba, acababa de encontrarla.

Sus sentimientos amenazaron con desbordarse de su pecho cuando ella lo miró y le sonrió como nunca antes. Como si acabara de entregarle una estrella del firmamento.

«Es el momento», le dijo una voz. «¡Díselo!».

El corazón comenzó a latirle más rápido si cabe, y vaciló. Lo que acababa de pasar era abrumador para ambos y Rose seguiría asimilándolo todo. Le había pedido que la besara, sí, pero eso no significaba que sintiese lo mismo que él. El deseo y el amor no eran lo mismo, aunque en su interior fuesen de la mano.

Además, sobre ella pesaba la carga de su hermana y no le añadiría la preocupación de tener que darle una respuesta.

La conocía; la mataría hacerle daño si no le correspondía. Así que esperaría. Su padre siempre afirmaba que la paciencia era una gran virtud.

Pero también sabía que haría todo lo que estuviera en su mano por caminar hacia el altar con Rosalie Ridgeway.

Capítulo 14

Esta es una publicación extraordinaria destinada a las personas que se encuentran en este momento en Lily Manor. No puedo quedarme de brazos cruzados.

De la segunda columna especial de *The Golden Swan*,
15 de diciembre de 1854.

Doce horas. Tan solo habían pasado doce horas desde que su madre cayese desplomada entre convulsiones y a Alyce le habían parecido siglos. Miró por la ventana, pero el paisaje no la ayudaba a sentirse mejor. El cielo encapotado desmentía que ya fuese mediodía, pero el enorme reloj de cuerda que presidía la sala de estar en la que se encontraban decía lo contrario.

Cuando sonó la última campanada, respiró hondo y se giró hacia sus interlocutores. Le habían ofrecido sus condolencias antes de pedirle hablar con ella sobre los sucesos de anoche. Los observó con lentitud. Los Daventry eran muy parecidos y distintos a la vez. Por el físico, sus hermanas y ella pasaban por miembros de distintas familias, pero en el fondo las tres eran muy parecidas. Ellos, por lo contrario, denotaban muchísimas diferencias de carácter. Mientras que la pelirroja la miraba como si fuera un volcán a punto de explotar, el marqués y Sophie mostraban una calma que precedía a la tempestad. Simon, apoyado en sus muletas, la evaluaba como si buscara en ella algo digno de admirar. Siempre le habían hablado de él como el bromista de la familia, pero en aquel momento no podía adoptar una expresión más grave.

Era lo adecuado, se dijo. Aunque, si era completamente sincera consigo misma, una parte de ella estaba dispuesta a reír al saber que sus hermanas estaban a salvo de la influencia de su madre. Supuso que eso debía convertirla en mala persona, pero le era imposible sentir dolor por la mujer que la trajo al mundo.

El título de madre había que ganárselo.

Miró a sus hermanas, que no se habían despegado de su lado ni un instante. Elsie tenía los ojos rojos de llorar, la única que sentía la marcha de la condesa. Iris, por su parte, fulminaba con la mirada a los Daventry, que no tenían reparo en mirarlas de igual modo. Alyce no tenía idea de lo que Iris sentía; siempre era la que mejor sabía ocultar sus emociones. Incluso a ojos de sus hermanas.

—Ya le he dicho al inspector todo lo que sabía. —Alyce trató de sonar calmada, pero no pudo engañar a nadie. Había estado tan cerca de ser ella la envenenada... No pudo evitar el escalofrío que la invadió—. Lo siento, pero no puedo ayudarlos.

Gwendolyn Daventry resopló, preparada para replicar, pero *lord* Satherton le lanzó una mirada de advertencia antes de hablar.

—Me da igual lo que usted pueda o quiera hacer, *lady* Alyce. —Su tono de voz era duro y la joven dio un respingo. El marqués siempre le había parecido una persona afable y tranquila. Supuso que eso cambiaba cuando tocaban a su familia—. Siento su pérdida, pero mi hermano puede estar en peligro de muerte y va a contarme todo lo que sabe para encontrar a quien asesinó a

su madre antes de que lo intenten de nuevo y esta vez lo consigan.

Elsie sollozó con fuerza y a Alyce se le rompió el corazón. Se irguió todo lo alta que era y encaró al marqués sin ningún miedo. Ella también se volvía irascible cuando herían a sus hermanas.

—No le consiento que venga aquí, con sus aires de grandeza, a trastornar a mi hermana —le espetó con rabia—. Ya tuvo que pasar bastante anoche.

—Sí, sobre todo cuando acusó injustamente a mi hermano de haber envenenado la copa, ¿verdad? —Gwendolyn ya se había mordido la lengua lo suficiente. Elsie la miró con enfado, pero a la pelirroja no la paraba nadie. Si no estuvieran en esa situación, Alyce sentiría admiración—. Que asuma las consecuencias de sus actos, porque puede estar mandando a un hombre inocente a la horca.

La inestabilidad emocional que Alyce sufría desde hacía horas explotó.

—¿Y quién dice que no trataba de envenenarme a mí? ¿Eh? —casi gritó y trató de moderarse—. ¿Acaso creen que su hermano es un santo?

—No lo es —intervino Sophie con calma—. Pero desde luego tampoco es un asesino. Y usted lo sabe.

Su voz era firme, pero fue la más amable de todos. Ella consiguió que respirase hondo y se calmase. Alguien le puso una mano en el hombro: Iris. Miró sus ojos amatista y asintió. Aquellas no eran formas y los hermanos tenían razón. Elsie les había agraviado bajo su propio techo y tenían el deber de compensarlos. Alyce sabía que Michael no había envenenado la copa porque Alyce le había confesado solo unos días antes que odiaba el champán y él le había contestado que ojalá tampoco lo tolerase a él. Además, ella la había cogido sin permiso; Mike no se la ofreció. Hubiese sido una estupidez hacerlo entre tanta gente.

Sintió un escalofrío al pensar en lo que podía significar eso.

—Basta. —Iris los miró uno a uno—. En nombre de Elsie, les pido disculpas, pero comprenderán que la situación era muy extraña y nuestra madre acaba de morir.

—Lo siento —susurró con pena Elsie. Los hermanos suavizaron las expresiones y Sophie miró a su hermanita con compasión. En el fondo todos eran una panda de blandos.

—Gwen, Gabriel. —Simon Daventry avanzó y se sentó en un sillón, donde descansó el pie con una mueca de alivio—. Así no conseguiremos encontrar al asesino. Debemos trabajar juntos. ¿O no quieren saber quién ha matado a su madre?

—Yo sí quiero saberlo —intervino Elsie, sorbiéndose los mocos—. Y que lo ahorquen.

Hablaba con tanto odio que Alyce sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Tenía quince años, aún podía crecer feliz. Se prometió que haría todo lo posible porque así fuera.

—Les contaré lo que sé.

Los Daventry y sus hermanas la escucharon con atención. Cuando terminó de relatar las pasadas horas desde su punto de vista, *lord* Satherton se mesó el cabello con las manos, nervioso.

—Así que... —comenzó.

—Sí —dijo Sophie, sentándose. Tenía una expresión fúnebre en la cara.

—Lo más probable es que Michael fuese el objetivo —dijo Simon—. Como sospechábamos.

Alyce cerró los ojos, exhausta. La había rechazado muchas veces, pero eso no significaba que quisiera verlo muerto. La persona que fuera capaz de algo así seguramente estaba entre la aristocracia, haciéndose pasar por alguien respetable. Dios santo, quizá hasta lo conocía. El

miedo se instaló en su pecho.

—¿Quién querría matar a Michael? —Gwendolyn estaba horrorizada.

—Y, ¿cómo envenenó la copa el asesino? —murmuró Iris, meditando—. ¿Fue una al azar, buscando hacer daño de forma aleatoria? ¿O de verdad querían matar al señor Daventry? ¿Cómo sabía el asesino qué copa cogería?

—También podrían querer matar a Alyce —murmuro Elsie—. El asesino no tenía por qué saber que no bebe champán. No lo proclama a los cuatro vientos.

—Son gente conocida; nos hemos visto en multitud de eventos —intervino Sophie—. Cualquiera podría saberlo.

—En cualquier caso, sigue suelto —dijo Gwen—. Ni Mike ni *lady* Alyce están a salvo.

—¿Y el servicio? —preguntó Alyce. Acababa de ocurrírsele una teoría—. Los lacayos y los camareros dispersos por el salón...

Gabriel asintió, comprendiendo hacia donde conducían sus pensamientos. Alyce no recordaba si alguien del servicio se había acercado a Michael después de coger la copa, pero era una posibilidad.

—Le di una lista con los nombres de todo el servicio al inspector Otterbourne. Respondo por aquellos que llevan mucho tiempo trabajando para la familia, pero no puedo hacerlo por los que han sido contratados expresamente para la fiesta campestre —comenzó a pasearse por la sala, meditando—. No obstante, esto me parece demasiado...

—...personal —terminó Simon Daventry por él.

Ambos se miraron y asintieron, sin duda pensando lo mismo: el asesino tenía un objetivo claro. ¿Por qué arriesgarse tanto envenenando una copa que no tenía por qué beberse Michael?

Alyce se sentó, cansada de todo aquello. Había ido a Lily Manor con la intención de salir de allí con un anillo de compromiso en el dedo y todo se había girado en cuestión de segundos. Y se le acababa el tiempo. Se pasó la mano por la frente, pero volvió a dejarla en su regazo; le temblaba.

En ese momento tocaron a la puerta y entró el inspector Otterbourne con el rostro sombrío. Lo seguía de cerca Rhys Harrington, el famoso abogado. Al ver a los Daventry allí reunidos, esbozó una pequeña sonrisa.

—No pueden estarse quietos, ¿eh? —murmuró—. Supongo que *lady* Alyce ya les habrá contado que hemos vuelto a la casilla de salida.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó Iris, nerviosa. Por primera vez, Alyce pudo ver que su fachada de calma era pura apariencia.

—Nada que no supiera ya. Aún no he averiguado cómo pusieron la cicuta en la copa ni quien tuvo acceso a la mesa de bebidas; había demasiada gente en el salón y los testigos son poco fiables —respondió el policía. Estaba claramente frustrado por lo poco que había conseguido averiguar durante la noche—. ¿Quién está con su hermano?

—Nuestro primo Leo me ha relevado —respondió Gwendolyn—. Y una amiga de la familia, *lady* Rosalie.

Alyce vio que el rostro de Simon Daventry se encendía al escuchar el nombre de Rosalie Ridgeway y casi sonrió a pesar de la situación. Ojalá la identidad del asesino fuera tan evidente como aquello.

—No deben dejarlo solo —advirtió Otterbourne—. Tengo un agente asignado para su

protección, pero nunca se es demasiado precavido.

—¿Tan seguro está de que volverán a intentarlo? —murmuró Sophie, angustiada.

Antes de que el inspector pudiese responder, la puerta se abrió de nuevo, esta vez con un fuerte golpe. Era la marquesa de Satherton, Isabelle. Alyce nunca había hablado con ella más de dos frases, pero no recordaba haberla visto tan alterada en ninguno de sus encuentros; seguramente había venido tan rápido como le había permitido su enorme barriga de embarazada. Sintió una punzada en el pecho.

Se percató de que la marquesa llevaba un papel en la mano cuando lo sacudió delante de ellos con urgencia.

—¡Deben leer esto! —exclamó—. ¡Es *The Golden Swan*!

Capítulo 15

A raíz de los funestos sucesos acontecidos en Lily Manor, me veo en la obligación de intervenir. Como relatadora de cotilleos averiguo muchas cosas, ya lo saben. Lo que desconocen es que algunas las cuento de inmediato y con otras espero el momento idóneo. Dada la falsa acusación cometida contra Michael Daventry —porque sí, es falsa—, he tenido que faltar a mi ética y contarles algo que guardaba en la recámara a la espera de más detalles. No alcen las cejas; a pesar de lo que puedan creer, yo también tengo un código moral. No sé quién mató a la condesa de Lynch, pero sí sé que ella no era el objetivo probable. No es algo difícil de deducir viendo cómo sucedieron los acontecimientos. No obstante, si dijera que lamento su muerte, mentiría. La condesa era una mujer... cruel y sus hijas eran las que más sufrían con sus actos.

Así que espero que *lady* Alyce me perdone tras decir esto, pero solo se me ocurre una persona que quisiera verla muerta o, en su defecto, ver muerto al señor Michael Daventry. Sé que la condesa obligó a su hija a buscarse un amante, quien sabe por qué demenciales razones. Encuentre a ese hombre, inspector Otterbourne, y lo más probable es que encuentre a su asesino.

**De la segunda columna especial de *The Golden Swan*,
15 de diciembre de 1854.**

—¿Quién ha leído esto? —preguntó el inspector tras leerlo. En su voz había furia contenida.

Simon sabía qué estaba pensando; aquello era una bomba informativa. Todo el mundo fue pasándose el panfleto, leyéndolo boquiabierto, hasta que llegó hasta *lady* Alyce. La joven tuvo que sentarse, respirando con dificultad. Sus hermanas la rodearon, abrazándola. Era evidente que estaban enteradas de las actividades íntimas de su hermana. Si aquello era cierto... Simon cerró los ojos. ¿Qué clase de madre obligaba a su hija a buscar su propia deshonra?

—Toda la casa. He ido a supervisar el desayuno y el repartidor de periódicos había traído unos veinte —respondió Belle agitada—. No los he interceptado a tiempo, pero he venido a traerles uno todo lo rápido que he podido.

—Cálmate, reina. —El marqués se adelantó para abrazarla y la miró con amor—. No te hace bien ni a ti ni al bebé.

—Lo sé, pero... —Miró a *lady* Alyce, y todos los demás la imitaron.

La joven se envaró al sentirse observada. Simon admiró su temple.

—No me miren como si tuviese que arder en el infierno. —Miró a su hermana pequeña antes de respirar hondo y continuar—. No soy ni la primera ni la última mujer soltera que tiene un amante. Madre me lo decía continuamente.

—¿Y no se le había ocurrido comentármelo? —El inspector la miró enfadado—. Está obstruyendo la investigación, *lady* Alyce.

—No es algo que vaya diciendo por ahí, como comprenderá —replicó ella—. Además, es

imposible que tenga que ver con esto. Dejé de verme con ese hombre hace semanas. Y él sabe perfectamente que jamás bebo champán.

—Dígame su nombre —exigió el inspector—. El despecho también es un motivo de asesinato, *lady Alyce*.

Simon la vio dudar, mordiéndose el labio. Sabe Dios lo que se debatía en su mente, pero finalmente asintió.

—El señor Benjamin Hemsley.

—No puede ser —dijo Simon antes de poder morderse la lengua. El mundo era un maldito pañuelo.

—¿Lo conoce? —preguntó el inspector, ávido por saber.

—Es quien heredaría el título del marqués de Blackmore. Si lee *The Golden Swan* sabrá que...

—...Se ha quedado en la ruina —terminó el inspector en su lugar, dejando claro que leía la columna de cotilleos como todos los demás. Quién iba a decirlo viniendo del recto inspector.

—Dios santo. —*Lady Alyce* los miró con pánico—. Yo terminé mi relación con él por eso; a madre ya no le servía como un matrimonio ventajoso. Si vio que buscaba las atenciones de Michael...

Otterbourne no se quedó a escuchar nada más.

—Si ha leído la columna estará sobre aviso —dijo sin perder más tiempo. Llamó a gritos a sus agentes, que acudieron de inmediato—. Detengan a Benjamin Hemsley. Sean discretos.

Cuando los agentes se marcharon, Otterbourne fue con ellos sin decir nada más. Gabriel miró a Simon y este último asintió.

—Yo me quedo con ellas —murmuró a su hermano mayor—. Ve.

—Gabriel... —Belle lo miró suplicante—. Ten cuidado.

Su hermano besó a su mujer de una forma que no estaba permitida en público y se marchó corriendo tras los policías de Scotland Yard.

Empezaba el acto final.



—Ha huido.

—¿Cómo que ha huido? —bramó el inspector Otterbourne.

Sus agentes se encogieron levemente ante su ira. Rose tuvo que admitir que daba un poco de miedo. Miró a su alrededor, frustrada, como si Benjamin Hemsley fuese a aparecer de la nada para que pudiesen atraparlo. Aquella marcha fortuita era la prueba que faltaba para demostrar su culpabilidad. La columna de *The Golden Swan* los había ayudado, sí, pero también había alertado al asesino.

Y pensar que ella había estado tan cerca de él... No pudo evitar un escalofrío.

El inspector debía de estar pensando lo mismo que ella porque se revolvió el pelo, desquiciado. Su impecable máscara de calma se resquebrajaba por momentos.

—¡Maldita cotilla! ¿No podía haber enviado un mensaje privado?

—La gente se hubiese acabado enterando igual; es el problema que tienen los cotilleos. — Gabriel trató de calmar los ánimos—. Lo importante ahora es encontrarlo.

Estaban en la habitación de Michael, al que habían ido a comunicar las recientes noticias. Fue

entonces cuando Mike recordó que había chocado con él antes de encontrarse con Alyce, pero su mente no había registrado aquel suceso como importante, porque no estaba prestando atención a su alrededor.

Rose pensó que Otterbourne lo habría estrangulado en ese momento.

—Espero que a partir de ahora mire por donde va, señor Daventry. Nunca se sabe cuándo pueden envenenarlo.

Los remordimientos de Michael eran visibles para todos, pero el inspector fue implacable. No le daba ninguna pena.

—Sugiero empezar por comprobar si falta algún caballo o carruaje y preguntar a los mozos si han visto algo —comenzó Leo, al que nunca había visto tan centrado—. Si ha marchado hacia la carretera norte, irá a Londres. Pero quizá se ha decidido por el pueblo, al sur. Si va a caballo...

—Tendremos que dividirnos —lo cortó Otterbourne—. Vamos, señores. Usted se queda aquí, señor Daventry. Lo último que necesitamos es que se ponga en peligro.

Michael se sentó de nuevo, apagado. Después de hacerle una inclinación con la cabeza a modo de despedida, el inspector salió de allí como una flecha.

—Avisa a Simon y a mis hermanas —le pidió Gabriel antes de hacer lo mismo—. Y dile a Belle que no se preocupe.

Era más fácil decirlo que hacerlo, pensó Rose. Leo se marchó también después de dedicarle un guiño.

—Tened cuidado —murmuró Rose. Miró a Michael, que no quitaba la vista del suelo, y no supo qué decirle.

—*Lady Rosalie*. —La joven dio un respingo—. ¿Puede dejarme a solas con Michael? Tengo que hablar con él.

Rose se giró y se encontró con el rostro amable de Rhys Harrington. Parecía cansado de no haber dormido en toda la noche, pero lucía un aspecto impoluto. Todo un abogado famoso. No obstante, miraba a Mike con preocupación y Rose se dijo que aquel hombre podría ayudarlo. Lo conocía y era un buen amigo de Simon.

—Por supuesto —dijo encaminándose a la puerta—. Gracias por venir.

Rhys le sonrió antes de sentarse frente a Michael y comenzar a hablarle en voz baja. Sé sintió como una intrusa, así que cerró la puerta a su espalda y se encaminó a la salita de la planta baja, dónde esperaban los Daventry y las Joyas.

Odiaba dar malas noticias.

Capítulo 16

El asesino de la condesa de Lynch, Benjamin Hemsley, ha huido y se encuentra en paradero desconocido. Desde la revista rogamos que avisen a Scotland Yard si lo ven o tienen en su poder cualquier información útil para atraparlo. O, en su defecto, avísenme a mí.

De la columna de *The Golden Swan*,
19 de diciembre de 1854.

El inspector se marchó al día siguiente a Londres, tras no haber tenido ningún éxito en la búsqueda de Benjamin Hemsley. Lo único que sabían era que había robado un caballo de las caballerizas y se había esfumado poco antes de que Alyce hubiese dado su nombre.

Uno de los grupos de búsqueda había seguido las huellas del caballo hasta uno de los caminos principales y el rastro conducía a Londres, por lo que Otterbourne había salido tras él tan rápido como había podido, no sin antes explicar a todos los invitados que Michael era inocente y que tenían pruebas de la culpabilidad de Hemsley. Tras los murmullos y el coro de exclamaciones que siguieron a la explicación, el inspector había pedido colaboración por si alguien había visto algo importante o podía saber del posible paradero del fugitivo.

Por desgracia para *lady* Alyce, todo el mundo había leído el panfleto de *The Golden Swan*, por lo que las miradas no se habían despegado de ella. Aunque la cotilla no había dado el nombre del amante —probablemente porque ni siquiera ella lo sabía—, solo había que atar cabos para que supieran que había sido Hemsley. La parte de la sociedad que no había acudido a la fiesta pronto tendría toda la información y los murmullos la acompañarían allá donde fuera. Estaba oficialmente arruinada a ojos de la sociedad. Era el precio a pagar por cruzar la línea de lo que se consideraba decente. No era la única que lo hacía, todo el mundo sabía que la vida privada de la mayoría distaba de ser «decente», pero la clave del éxito estaba en que nadie se enterase. Mientras se mantuviera una fachada de puritanismo, nadie diría nada sobre ello. Exponerse era sinónimo de hundimiento social; en eso consistía la doble moral de la clase alta.

Aun así, la joven *lady* Alyce mantuvo la barbilla en alto durante el tiempo que duró el escrutinio. Sus hermanas no se separaron de ella en ningún momento. Las tres, a pesar de ir vestidas de luto riguroso, seguían mereciendo el apodo de las Joyas de Lynch. Rosalie pensó que era muy valiente al aguantar el chaparrón y deseó tener una pequeña parte de su templanza.

Después de la marcha del equipo de Scotland Yard, en Lily Manor se desató un caos de maletas, baúles y gente deshaciéndose en disculpas con los marqueses para marcharse lo antes posible. Dadas las circunstancias, el luto de la familia Lynch no permitía fiestas y, de todas formas, nadie quería quedarse y bailar en un salón donde se había producido un asesinato. Nadie parecía culpar a los Daventry, pero la fiesta campestre había llegado a su fin de la peor forma imaginable.

—Por mí, mejor —había manifestado *lady* Olivia—. Belle necesita tranquilidad y yo también después de todo esto.

Incluso la familia de Belle se había marchado, pues tenían un compromiso con la familia de la vizcondesa para pasar unas semanas con ellos. Mary no quería marcharse y dejar sola a su hermana, pero ella la había convencido de que estaría bien.

—La próxima vez que nos veamos abrazarás a tu sobrino o sobrina —le había dicho—. Saluda a la abuela de mi parte.

Rose sabía que Belle prefería a su familia lejos de un asesino a la fuga, aunque pasara las Navidades lejos de ellos.

Por otro lado, *lady* Alyce Vane y su familia fueron los primeros en irse, pues su padre estaba deseando marcharse. A ojos de Rose, el conde era el que estaba más afectado por la muerte de la condesa. Las profundas ojeras que tenía bajo los ojos insinuaban que no había dormido en dos días.

—Estaré bien —le dijo a Rose antes de irse. Decidieron partir antes de que la mayoría de los invitados se levantara. Miró a sus hermanas, que ya estaban subiendo al carruaje de la familia y la vio esbozar una pequeña sonrisa a través del oscuro velo que le ocultaba la cara—. Estaremos bien. Creo que es momento de marcharnos un tiempo.

Rosalie asintió; no necesitaba decir nada más. Aquello era algo que la sociedad no olvidaría fácilmente.

Se encaminó hacia el carruaje, pero vaciló y se giró de nuevo hacia ella:

—Dile a Michael que lo siento.

Así pues, al llegar la tarde, a pocos días de Noche Buena, en Lily Manor solo quedaron los Daventry y los Ridgeway, pues su casa de campo seguía en obras y ninguna de las dos matronas iba a permitir que aquel año no celebraran la Navidad juntos.

Rosalie agradeció que se vaciara la casa por dos razones; dejaría de sentirse observada a cada tanto y, por otro lado, en aquel momento no podía ni quería estar lejos de Simon. Además, Hemsley estaba por ahí, libre, y la angustia la invadía cada vez que pensaba en cómo le había hablado y mirado.

Rhys Harrington también se había quedado, por expreso deseo de *lady* Olivia, y los hermanos Daventry y él habían llegado al tácito acuerdo de no dejar solo a Michael en ningún momento hasta que atraparan a su casi asesino.

Al principio, Mike soportaba estoicamente que sus hermanos lo acompañaran a todos lados, pero explotó cuando Gwen quiso entrar en su habitación mientras se bañaba.

—¡Basta ya! Conseguiréis que me suicide y ese tipo no tendrá a nadie a quien asesinar —gritó antes de cerrarles la puerta en las narices con fuerza.

Desde ese momento, los Daventry decidieron ser más discretos en su vigilancia.

Tras la limpieza a fondo del salón de baile —en la que se fregó el suelo a conciencia—, *lady* Olivia ordenó que lo cerraran, pues no iba a utilizarse más en un buen tiempo. La única duda que flotaba en el aire era si la celebración navideña seguiría con normalidad después de lo ocurrido. No tuvieron que preguntar, pues la marquesa viuda sacó el tema a la hora de la cena, un día después de la marcha de todos los invitados.

—Rosalie, cielo —comenzó la marquesa—. ¿Qué pieza tocarás en Navidad?

La joven se quedó de piedra, pillada por sorpresa, y notó que las conversaciones a su alrededor se interrumpían abruptamente. Cuando todos la miraron, Rose se esforzó en responder.

—Pues c-con todo lo que ha pasado, n-no lo había pensado t-todavía —balbuceó nerviosa.

Vio que Simon la miraba y le sonreía, dándole ánimos. Su corazón comenzó a latir con rapidez, pensando en lo que había pasado tres días atrás. Todavía podía sentir sus labios sobre los de ella, adorándola. Se removió en la silla.

—Pues tienes seis días para decidir —respondió *lady* Olivia con amabilidad—. ¿Será suficiente?

Rose asintió con torpeza.

—¿Seguiremos celebrando, madre? —Gwen preguntó lo que todos estaban pensando.

Olivia y Belle intercambiaron una mirada y ambas sonrieron.

—Siento lo que les ha pasado a las jóvenes Lynch, pero nosotros debemos celebrar la Navidad como toca. Es lo que siempre hemos hecho, incluso cuando vuestro padre falleció. —Hubo una pausa breve y melancólica antes de que la marquesa viuda recuperase su habitual energía—. Además, ¡es la primera Navidad de Belle como una Daventry! No voy a permitir que un delincuente como Hemsley le quite eso.

—Y los Ridgeway se estrenan con nosotros —dijo Gabriel, mirando al marqués con simpatía. Rose pensó que Gabriel se sentía reflejado en la figura de su padre; ambos con las mismas responsabilidades para con el título—. Me alegra que estén aquí acompañándonos.

El hombre miró a su hija antes de responder. Rose sabía que sus padres eran los únicos que lamentaban la marcha de los invitados y, en consecuencia, de cualquier hombre soltero que quisiera casarse con ella. Su calvario se retrasaba hasta la vuelta a Londres.

—La alegría es mía, Satherton —respondió su padre de inmediato—. Estoy de acuerdo en seguir la celebración con normalidad.

La marquesa de Blackmore asintió, conforme, y *lady* Olivia dio una fuerte palmada al aire, sobresaltándolos a todos.

—Decidido, pues —anunció con alegría—. A trabajar, tenemos mucho que hacer hasta Navidad.



Lady Alyce nunca pensó que pasaría las fiestas navideñas viajando de una posada de carretera a otra, de camino a la frontera. Suspiró, sintiéndose culpable al darse cuenta de que no la apenaba dejar Inglaterra. Todo lo contrario: era un alivio. Lo único que la hacía sufrir era dejar a sus hermanas, pero la consolaba saber que ya no estarían bajo el yugo de su madre. Y tampoco se verían salpicadas por su escándalo si ella se marchaba. Ya se lo había dejado bien claro su padre antes de echarla de casa.

El silencio de su habitación se veía interrumpido por el considerable ruido que venía del piso inferior de la posada. Gente alegre bebiendo, comiendo y charlando sin que nada les preocupara. O, al menos, dejando sus problemas apartados durante un rato.

A ella le era imposible hacer nada parecido.

Se sentó en la cama y acarició las ásperas sábanas en las que iba a dormir aquella noche. No le importaba no tener comodidades, aunque en ese momento hubiese matado por un baño caliente.

Escuchó un ruido fuera, de tablas rechinando frente a su puerta, y se puso en guardia, pero nadie llamó ni intentó entrar. Alyce pensó que era McKinley, pero tras el par de días que hacía que lo conocía, se había dado cuenta de que el enorme escocés podía llegar a ser tan silencioso como un

gato.

Miró por la ventana y allí estaba, hablando con el mozo de cuadra que los había ayudado a alimentar a los caballos. El mozo parecía algo incómodo a la luz del farol que lo iluminaba, e imaginaba por qué. La altura y tamaño del escocés imponían; ella misma se había quedado muy sorprendida al conocerlo.

Todo empezó cuando Rhys Harrington, la mañana en la que ella y sus hermanas marcharon de Lily Manor, le dio una tarjeta con una dirección de Londres y una carta para un tal McKinley.

—Quizá no le haga falta, pero vaya allí si se encuentra en apuros después de todo lo que ha pasado —le había dicho el abogado con una sonrisa amable.

Algo escéptica, había guardado la tarjeta pensando que nunca tendría que utilizarla, porque jamás pensó que su padre la dejaría en la estacada. Hasta que se enteró por accidente de que esperaba un bebé. Sabía que no había sido la intención de Elsie, pero aquella indiscreción había acabado con cualquier resquicio de solidaridad de su padre. De todas formas, tarde o temprano habría acabado por enterarse.

—No dejaré que manches aún más la reputación de tus hermanas con tu... inmoralidad. — Aquella última palabra estaba cargada de desdén y frialdad. Se sintió sucia—. Ya has hecho bastante.

En ese momento, su padre le dio dos opciones: abortar o marcharse. Y Alyce supo que ya nada tenía que hacer en aquella casa que tantos malos recuerdos le traía.

Así que se marchó. Ni siquiera la dejó despedirse de sus hermanas.

Vio que McKinley entraba de nuevo en la posada y se preguntó dónde dormiría; solo le había escuchado pedir una habitación para ella. Como era pelirroja y tenían los ojos de color parecido, habían fingido que era su hermana pequeña para poder viajar sin levantar sospechas. Podía pasar por escocesa si no hablaba mucho, o de lo contrario su acento inglés la delataría. Hasta el momento les había funcionado. Aunque era una persona conocida —la famosa y arruinada Joya Rubí—, con ropajes normales y peinada con sencillez, no era tan reconocible.

Se llevó las manos al vientre y recordó el momento en el que fue a la dirección que Rhys le había dado, una casa en el barrio de St. James, y se encontró con un hombre de casi dos metros, pelo largo y mirada fría. Lo único que no le impidió marcharse corriendo despavorida fue la desesperación que sintió al pensar que no tenía adonde ir y que se quedaría sola en aquellas calles. De noche e indefensa.

Ese hombre era la única baza que tenía.

En lugar de echarla con cajas destempladas, el hombre le permitió explicarse y, en cuanto nombró a Rhys, la mirada del desconocido reflejó cariño. Leyó la carta con atención y, después de guardársela en el bolsillo, la enfrentó. Alyce rezó para que no le dijera que se marchara.

—Pase —le dijo apartándose para dejarla entrar. Tenía una voz profunda y tranquilizadora que redujo un poco los fuertes latidos de su corazón. Le dio la impresión de que era un gigantón que podía romper la cabeza de cualquiera con un golpe, pero solo si le daban un buen motivo para hacerlo—. Las amigas de Rhys son mis amigas.

Dando un salto de fe enorme, entró en aquella casa y, desde ese momento, todo comenzó a marchar a un ritmo vertiginoso.

McKinley, como se presentó su nuevo conocido, le pidió que le contara su historia y Alyce se encontró relatándole su vida a aquel hombre que no la conocía de nada. Los maltratos de su

madre, el asesinato, la columna de la cotilla, su amante, el rechazo de su padre... Cuando hubo terminado, solo se enorgulleció de no haber soltado ni una sola lágrima, aunque el nudo que tenía en la garganta no se deshizo.

McKinley le dijo que la llevaría a un lugar seguro, en las Tierras Altas escocesas, tal y como le había pedido Rhys. Alyce pensó que aquel lugar era tan bueno como cualquier otro para desaparecer y, aunque no le había contado de qué conocía a Rhys, sintió que podía fiarse de que la llevaría adonde había dicho.

Tampoco tenía otra opción.

Hasta el momento había cumplido su palabra. Habían viajado a caballo, sin apenas descanso, pero Alyce no pensaba quejarse. Le dolía el trasero de cabalgar, pero cuanto más avanzaran, antes podría dejar todo atrás. Aquella posada, en Bedfordshire, era la pausa más larga que habían hecho en dos días. Debería estar muerta de sueño, pero no era capaz de dormir. Y se había obligado a comer por el bebé.

—¿Por qué quieres tener el hijo de un asesino? —le había preguntado McKinley aquella mañana mientras desayunaban en un claro del bosque.

Se habían tuteado desde el principio y Alyce lo prefería así. Había perdido el derecho a ser llamada *milady* y no lo echaba de menos.

—Si te respondo, ¿me dirás cuál es tu nombre de pila? —La joven interpretó su silencio como una negativa, así que ella le dio una respuesta a medias—. El bebé no tiene la culpa de que su padre sea así.

Alyce lo criaría para que fuese un buen hombre o una buena mujer. Feliz, sin obligarle a ser algo que no quisiera ser. Ese bebé era su oportunidad de demostrarse a sí misma que no era como su madre. Ya no.

Volvió al presente cuando escuchó un nuevo ruido cerca de su puerta. Cuando tocaron, abrió sin pensar, creyendo que sería McKinley para decirle cualquier cosa.

Gran error.

—Hola, Alyce.

El rostro desquiciado de Benjamin Hemsley la llenó de terror. Al fin y al cabo, ella lo había delatado y ambos lo sabían. Tenía un aspecto horrible: el pelo sucio, la barba descuidada y la ropa raída le indicaban que no había pasado sus mejores días desde que se supo que él era el asesino. Como en todas las ocasiones, la sociedad había dado la espalda sin remordimientos a quien cruzara la línea de lo moral. Más cuando se trataba de un criminal sin escrúpulos.

—No pareces muy contenta de verme.

Alyce trató de cerrar la puerta de golpe, pero él interpuso su bota para bloquearla y no pudo pararlo. La fuerza que usó para hacerla ceder hizo que trastabillara hacia atrás, y tuvo que agarrarse al poste de madera de la cama para no caer de bruces.

Se acercó lentamente a ella, como un tigre esperando a que su presa estuviese lo más vulnerable posible para poder hincarle el diente. Sus opciones eran pocas. La ventana estaba demasiado lejos y, en cualquier caso, desde aquella altura se mataría. ¿Qué tenía a su disposición? El aguamanil, una silla, una mesa, y un jarrón.

No era demasiado halagüeño.

—Aléjate de mí —le espetó con toda la intensidad que fue capaz de reunir.

Milagrosamente, él paró de avanzar.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Su sonrisa era fría y burlona—. Antes no te importaba que me acercara a ti.

—Antes no habías asesinado a mi madre —respondió con rabia.

Benjamin se carcajeó.

—A ti no te importa una mierda tu madre —le dijo—. Eres una arpía sin corazón, como ella.

Las palabras dolieron. No, no era como ella. No podía serlo.

—Te equivocas —susurró, pero hasta ella vio que no había convencimiento en su voz.

La furia inundó su rostro y Alyce sintió miedo de lo que pudiese hacer si lo ponía nervioso. Dios santo, ese hombre era un asesino y no dudaría en acabar con ella. Y pensar que su madre quería que se casara con él...

—Me dejaste cuando me quedé sin herencia y después me delataste ante el imbécil de Scotland Yard —lo dijo con calma, pero su voz le puso los pelos de punta—. Por supuesto que eres como tu madre, y vas a pagármelas. Te mataré.

Se abalanzó sobre ella, pero Alyce ya estaba preparada. Se movió hacia la derecha, cogió la jarra de agua y lo golpeó con fuerza en la cabeza. Él era rápido y la esquivó, por lo que no pudo darle de lleno, pero sí lo suficiente como para aturdirlo durante unos segundos. Corrió hacia la puerta, pero él logró agarrarla del cabello antes de que pudiese llegar hasta ella. El dolor era insoportable y estuvo segura de que le había arrancado algún mechón.

—¿Dónde crees que vas? —Su voz sonaba furiosa cuando la atrapó contra la pared—. Solo eres una indefensa mujercita. No tienes nada que hacer contra mí.

Inmovilizándola, Hemsley trató de subirle las faldas y supo cuáles eran sus intenciones. Se quedó paralizada; iba a matarla, pero antes le haría sufrir. Sintió que la tela de su vestido se rasgaba y ese sonido fue como un disparo despertando a una bandada de pájaros.

No, no iba a dejar que pasara sin luchar.

Con un grito de rabia, Alyce le golpeó en la espinilla con la punta de su bota y aprovechó que la soltó del pelo para golpearlo con el codo en el estómago, aunque no le dio tan fuerte como había pretendido y solo se encogió un poco, lo suficiente para que ella pudiera zafarse. Su segundo intento de llegar a la puerta sí tuvo éxito, pero enseguida chocó con un muro que la cogió por los brazos. Cegada por la adrenalina y el miedo trató de revolverse hasta que la voz de su contendiente llegó hasta ella.

McKinley.

—Él... en la habitación —logró farfullar, presa del pánico.

Gracias a Dios, su compañero lo entendió, porque la puso tras él, protegiéndola, justo en el momento en el que Benjamin salía de la habitación, dispuesto a ir tras ella. Se quedó congelado en cuanto vio a McKinley, y retrocedió.

Pero McKinley no lo dejó avanzar.

—No volverá a molestar a la dama o yo mismo le partiré el cuello con mis propias manos —le susurró con una frialdad que le puso los pelos de punta—. Espero haberme explicado con claridad.

Dicho aquello lo golpeó en el cuello y cayó derrumbado en el suelo como un fardo.

Cuando McKinley cerró la puerta con llave, encerrando a Benjamin en su interior, Alyce se dio cuenta de que estaba temblando de forma incontrolada. Cerró los ojos, tratando de respirar, pero no era capaz. Lo único que lograba era tener espasmos en el pecho que apenas dejaban que entrara

aire en sus pulmones. La angustia la invadía por no poder controlarlo. Era desesperante.

McKinley la abrazó, reconfortándola, y Alyce se permitió por fin derrumbarse contra él. Poco a poco, siguiendo sus instrucciones, respiró mejor y se dio cuenta por primera vez de que estaba llorando.

—Lo has hecho muy bien —la halagó—. No volverá a hacerte daño, te lo aseguro.

Ella asintió, pero supo que sus palabras no eran suficientes. Tenía que hacer algo para no volver a sentirse así de indefensa nunca más. Sin embargo, él la miró con aprobación.

—Tienes alma de guerrera; quizá tengas sangre escocesa —le dijo con respeto. Aturdida, Alyce no logró entender a qué se refería, pero sí abrió los ojos como platos ante sus siguientes palabras —: Mi nombre es Kade.

—Alyce —respondió ella sin pensar y Kade rio entre dientes ante su confusión.

—Encantado de conocerte, Alyce —le dijo con renovada alegría—. Bien, querida Rubí, ¿quieres aprender a luchar?



Rose bajó el arco del violín, dejó el instrumento en el atril, y escribió unas cuantas notas en el pentagrama. Miró la partitura, satisfecha. Llevaba días encerrada en la sala de música, tratando de terminar la composición que tantos dolores de cabeza le había traído los últimos meses. Desde que había llegado a Lily Manor, no había podido componer ni un solo acorde, pero ahora la música fluía de nuevo desde sus dedos al violín.

Sabía con claridad la causa de ello.

Estaba segura de que, si Simon no la hubiera besado, ni se hubiese planteado terminar la partitura para tocarla el día de Navidad, pero ahora no se le ocurría una pieza mejor. Si aquella pieza tuviera que describir algo, sin duda era lo que sentía por Simon Daventry. La música nacía directamente de su corazón, en el que él ocupaba un enorme espacio.

Cerró los ojos, rememorando el momento por enésima vez. Su boca sobre la de ella, suave y segura. Su acelerado pulso resonando en sus oídos... Por un instante, Rosalie pensó que colapsaría al escuchar las palabras que jamás pensó que saldrían de él.

«No puedo dejar de pensar en ti».

La parte más insegura de su ser le decía que le estaba tomando el pelo, pero se dio cuenta de que jamás había visto tanta sinceridad reflejada en los ojos de Simon. Parecía otra persona, más seria y madura, pero seguía siendo su Simon; aquel niño sentado en un árbol que le tendió la mano cuando pensaba que nunca podría ser lo que se esperaba de ella.

Así que se había rendido a él sin dudar más. En realidad, no podía hacer otra cosa; lo amaba con todo su corazón y él le había abierto una pequeña puerta al suyo. No le había confesado que la amara, pero le había dicho más de lo que nunca hubiera esperado. Todavía le costaba creerlo.

Suspiró cuando una parte de ella la hizo aterrizar de golpe de su nube de ensueño.

«Tus padres no lo permitirán».

Era cierto. Sus padres no querían que su herencia fuese a parar a manos de un tercer hijo, por muy Daventry que fuese. Ellos querían para ella a alguien con título y no aceptarían a nadie por debajo de ese escalafón.

Se preguntó qué diría su madre si le contase lo que sentía por Simon. Con seguridad que no le

importaría en absoluto; para la marquesa de Blackmore las emociones estaban en un segundo plano.

La puerta de la sala se abrió y entró Simon, cerrando tras él con cuidado. Rosalie respiró hondo, rezando porque él no escuchase el frenético latido de su corazón.

Llevaba dos días sin verlo apenas, sobre todo porque pasaba casi todo su tiempo en la sala de música, aunque sí se habían visto en las comidas y en las reuniones familiares. En público se comportaba con ella como siempre, pero de vez en cuando le rozaba la mano o el brazo, le dedicaba una sonrisa o la miraba con una intensidad que la hacía sonrojar; pequeños gestos cariñosos que le demostraban que no había soñado nada de aquello.

Lo observó acercarse, cojeando ligeramente. Simon no había consentido llevar la muleta un solo día más, así que el doctor se la había cambiado por un vendaje resistente y la prohibición de hacer sobreesfuerzos.

No hacía falta recalcar que era un paciente difícil.

—Has cerrado la puerta —susurró ella—. Si nos ven juntos...

No terminó la frase, pero su sonrojo indicaba con claridad lo que había callado.

—No me desagrada la idea —la cortó él con una sonrisita burlona.

Rose tragó saliva, incapaz de responder. ¿Lo decía en serio? ¿Acababa de decirle que no le importaría casarse con ella?

—¿Estás ensayando? —El cambio de tema la sobresaltó.

—Y tú has estado fuera —le respondió señalando su pelo húmedo por la nieve que caía fuera desde hacía horas. Pronto los caminos estarían intransitables—. Hace mal tiempo, no deberías salir.

Simon se encogió de hombros y volvió a sonreír.

—Tenía que ir al pueblo. —Se acercó a ella y le acarició la mejilla con el pulgar—. No te preocupes por mí, Mariposa. Soy de hierro.

Rose trató de recordar cómo se respiraba y le preguntó algo que rondaba por su mente desde hacía mucho tiempo:

—¿Por qué sigues llamándome así? —Simon sonrió, como si hubiese estado esperando que lo preguntara.

Le cogió las manos y se las besó suavemente; un ligero roce que le puso la piel de gallina.

—Te llamo Mariposa porque me recuerdas a ellas —comenzó con voz grave—. Por fuera eres bella y pareces frágil, con alas de cristal, pero un simple aleteo tuyo se nota al otro lado del mundo.

La besó de nuevo, suavemente, y Rose sintió que flotaba. Pero también que quería más. Necesitaba sentirlo más cerca, a pesar de que ya no existía espacio entre sus cuerpos.

Lo cogió por la nuca y tiró de él con urgencia. Simon vaciló un segundo, pero enseguida captó el mensaje y profundizó el beso, acelerando su respiración. Parecía que llevara tiempo esperando que ella diera el paso dada la urgencia con la que poseyó su boca. Rose se dejó llevar, siguiendo su instinto y pronto ambos estuvieron jadeantes. A pesar del frío que hacía, de repente le sobraba la ropa. Jamás la habían besado así y Dios sabía lo mucho que deseaba que lo hiciera por siempre.

Cuando se separaron, Simon apoyó su frente en la de ella y sonrió. Su rostro era de pura felicidad y no pudo más que devolverle el gesto con el mismo ímpetu.

—Te dejo trabajar, Mariposa —Antes de alejarse, le dio un beso en el pelo—. Vas a hacerlo de maravilla.

Una vez se cerró la puerta tras él, Rosalie se sentó y se pasó las manos por la cara; le ardía como si estuviese febril.

Todavía aturdida, cogió la primera página de la partitura y escribió unas palabras en la cabecera: el título para su composición.

Alas de cristal.

Capítulo 17

A pesar de los desafortunados sucesos, es mi deseo que tengan una muy feliz Navidad con sus seres queridos. Recuerden cuidarlos y demostrarles su amor cada vez que puedan. Nunca se sabe cuándo se irán para no volver y muchas veces nos cuesta demasiado decir «te quiero». La familia, la pareja, los amigos... Merecen escuchar cuánto los aman.

De la columna de *The Golden Swan*,
19 de diciembre de 1854.

Leo se ajustó la corbata al cuello frente al espejo, pero, como siempre, la ató torcida. Frustrado, dejó que su ayuda de cámara, Neal, se la pusiera con una destreza envidiable. Quizá si tuviera más tiempo lograría vestirse él mismo, pero quedaban veinte minutos para la cena y su impaciencia era más fuerte que su motivación.

Le era complicado mantener la atención el suficiente tiempo sin perder los nervios.

—Falta la chaqueta y estará listo —dijo Neal mientras le pasaba un cepillo a la tela para eliminar el inexistente polvo que pudiera tener.

Mientras terminaba, Leo fue hasta el escritorio y consultó su preciado cuaderno. Ahí anotaba las cosas que podía olvidar o necesitaba recordar a diario para no olvidarse. El protocolo inglés era tan difícil y enrevesado que las hojas del cuaderno se habían ido llenando poco a poco. Le aliviaba haber perdido de vista a los invitados a la fiesta navideña, aunque eso significase un retraso en su búsqueda de esposa. Era muy complicado para él mantener el tipo cada segundo y recordar cada regla, cada norma, para no demostrar que era un bicho raro. Y nunca le salía tan bien como pretendía.

Neal, como única persona conocedora de su problema, tenía pleno acceso a su cuaderno para anotar lo que necesitase cuando Leo se despistaba. La verdad, no sabía qué haría sin él si algún día decidía buscarse un trabajo mejor. Soportarle era una tarea hercúlea.

Aquel día, la mayoría de las anotaciones eran de Neal. Le recordaba que era la víspera de Navidad y que no olvidara sus regalos para la familia. Cuando se trataba de inventar historias o hacer cosas que realmente le gustaran, su mente se centraba con más facilidad, pero nimiedades como la rutina le resultaban pesadas y aburridas. Así que aquel sistema le quitaba muchos problemas de encima.

¿Cómo demonios quería su padre que dirigiese un hotel? Si ni siquiera era capaz de vestirse sin perder infinidad de tiempo mirando las musarañas. Quebraría durante el primer mes y tendría que volver a Boston arrastrando la humillación frente a su familia. Era más fácil buscarse una heredera rica, por si su padre decidía cortar el grifo.

Cuando Neal consideró que estaba presentable, asintió satisfecho. Leo se miró al espejo y evaluó su atuendo para una cena informal, como tía Olivia les había pedido: frac negro, camisa y chaleco blancos y corbata negra. Estaba impecable y sonrió a su reflejo. Tenía que aparentar seguridad, como siempre había hecho.

—Recuerde que hoy se sienta entre su prima Sophie y *lady* Satherton. —Neal siempre averiguaba la distribución de la mesa para ponerlo sobre aviso—. En el lado derecho de la mesa.

Las palabras le sonaron lejanas y tuvo que hacer un gran esfuerzo por aterrizar de nuevo a la conversación.

—Disculpa, Neal. ¿De qué hablabas?

Su ayuda de cámara se lo repitió sin perder la paciencia y Leo asintió finalmente. Haría un esfuerzo por acordarse, pero aun así Neal le entregó una tarjeta con los avisos del día. Se la guardó en la manga derecha y respiró hondo. Sonó la primera campanada de aviso para la cena y sintió alivio. Aquel día llegaría puntual.

Cuando llegó al salón de la primera planta, se encontró a sus primos y a Rose muy atareados. Leo se dejó deslumbrar por la decoración, que le pareció maravillosa. El fuego crepitaba alegremente en la chimenea, de la que colgaban once calcetines, y los candelabros iluminaban cada adorno y guirnalda, otorgándoles un toque especial y hogareño. El árbol de Navidad, que habían traído Gabriel y Michael desde el bosque, estaba decorado con múltiples lazos, figuritas y otros adornos. A sus pies ya había unos cuantos regalos de varios tamaños, envueltos con papel de colores alegres y cintas. Él puso los suyos junto a los de los demás. No eran muchos, pero era su forma de agradecer la acogida que le habían dado.

Sus primos habían hecho un gran trabajo. En ese momento recordó que le habían dicho que decorar el árbol y el salón, sin ayuda del servicio, era una tradición muy arraigada en la familia. Pero, como siempre, se había despistado. Observó a Sophie, Gwen y Rosalie, que estaban montando pequeños paquetes llenos de galletas, frutos secos y panes de jengibre, para luego envolverlos en papel de color rojo y colgarlos del árbol, junto a los demás adornos. Gabriel, Michael y Simon estaban colgando las últimas guirnaldas de la puerta. Este último les daba indicaciones desde abajo para que no quedasen torcidas.

—Un poco más arriba, Mike. —Simon señaló con el brazo el extremo izquierdo de la guirnalda. Sus hermanos, subidos en unos taburetes con pinta inestable, se movieron a la vez—. Tú no, Gabriel. Quédate quieto.

—Eres pésimo dando instrucciones —le aseguró el aludido tratando de no moverse—. Date prisa, se me cansa el brazo.

—Eres un quejica —se burló Mike.

—¿Llego a tiempo para ayudar? —intervino Leo, deseando en su fuero interno que dijeran que no.

Gwen le sonrió.

—Ven con nosotras, primo —le dijo, haciéndole un hueco a su lado—. Si se necesitan tres hombres para colgar una guirnalda, es que algo estamos haciendo mal en este mundo.

Sus hermanos protestaron de inmediato, pero Gwen se limitó a sacarles la lengua y seguir con su tarea. Leo trató de imitar a las chicas, montando la pequeña caja de cartón, llenándola de comida y envolviéndola correctamente para que no se abriera. Iba muy despacio, porque tenía miedo de dejarse alguna de las partes de la caja a causa del esfuerzo que le suponía concentrarse. En lo que logró hacer una caja completa, sus primas y Rosalie habían terminado de hacerlas todas.

—Eres muy lento, Leo —se rio Sophie, aunque lo miró con cariño.

—Ya ha ayudado más que nuestros hermanos —repuso Gwen, mirando cómo los otros tres seguían peleándose con las guirnaldas—. Cuélgalo en el árbol, primo. Te lo has ganado.

Leo miró su pequeño paquete de galletas y la satisfacción lo inundó. Había tenido que desenvolver la caja cuatro veces y había arrugado el papel, pero lo había terminado sin ayuda. Cuando cogió el lazo y lo colgó de una de las ramas, Leo sonrió ampliamente a sus primos.

Eran una familia maravillosa. Aunque era evidente que Leo no era del todo normal, le habían aceptado de inmediato sin críticas ni malas caras. Quizá por eso había logrado acabar el paquete sin distraerse demasiado; sabía que no lo juzgarían aunque se le olvidase alguno de los pasos a seguir.

El último aviso para la cena lo salvó de abrazar a alguien impulsivamente. Quizá a todos a la vez. Se reunieron con Rhys Harrington, tía Olivia y los Satherton en el comedor y todos tomaron asiento. Leo volvió a mirar con disimulo su tarjeta para asegurarse de que no se equivocaba y tomó asiento entre sus primas.

—Leo, tú vas entre Sophie y Belle —le dijo tía Olivia, haciendo que se sobresaltara.

Deshaciéndose en disculpas, se sentó donde tocaba y suspiró. Siempre le pasaba lo mismo. Miró a Rosalie, que se sentó frente a él y parecía nerviosa cuando le sonrió. Era evidente que algo había pasado entre ella y su primo Simon, pero Leo no sabía cuán lejos habían llegado. No había ningún anillo en su mano, así que Simon no había hablado con Blackmore. ¿O lo habían rechazado como futuro marido de su única hija y heredera? No le extrañaría lo más mínimo; los marqueses eran muy elitistas.

Sin embargo, por el comportamiento de Simon con el marqués, a quien tenía a su izquierda, no parecía que hubiesen hablado del tema. Su primo era aún más lento que él haciendo las cosas importantes. Le daban ganas de zarandearlo.

La llegada de la cena lo distrajo. La cocinera de la familia se había superado y preparado un verdadero festín. Comieron hasta hartarse; les sirvieron varios platos que consistían en tierna ternera a las finas hierbas, delicioso pavo con puré de patatas, verduras como guarnición, crema de calabacín y una sopa hecha a base de champán y queso camembert. La comida estuvo acompañada de vino rosado y vino blanco, este último frío. Y de postre, por supuesto, el tradicional pudín de Navidad, hecho con pasas, y ponche.

Todos comieron de maravilla y no dejaron de halagar los distintos platos con tanta efusividad que al final la marquesa viuda tuvo que reprenderlos, pero sin mucho ahínco. Las conversaciones fueron muy animadas y el ambiente navideño contagió a todo el mundo. Incluso la rígida marquesa de Blackmore reía a carcajadas junto con su tía, ambas con sendas copas de vino en la mano. Leo los observó y, aunque le apenaba no ver a su familia en Navidad, se sintió feliz.

Era la mejor Navidad que podía recordar. Y todo gracias a su segunda familia.



—¡Un perro! —gritó Gwen de repente y Rose, a su lado, dio un respingo.

Gabriel hizo gestos negativos antes de volver a ponerse las manos en la cabeza, simulando tener unas orejas saliéndole de la parte superior del cráneo. Rose adoraba jugar a las charadas y se consideraba muy buena, pero también estaba segura de que el marqués de Satherton no había sido mimo en una vida anterior.

—¡Gato! —exclamó Sophie a su izquierda.

El marqués volvió a negar con la cabeza, se frotó el mentón, pensativo y cambió la pista,

imitando a alguien o algo teniendo un escalofrío, para acto seguido fingir estar durmiendo profundamente.

—¿De verdad que no es un gato? —arguyó Sophie, riendo.

—¡Un búho! ¡Un murciélago! ¡Una lechuza! —gritó Gwen sin apenas respirar.

Gabriel se tiró del pelo, desesperado. Todo ello sin proferir ningún sonido, claro. Las normas eran las normas.

—Es un animal que duerme, Gwen, no uno nocturno —intervino Simon y Gabriel asintió ante sus palabras, contento de que alguien lo entendiese.

—¡Una marmota! —exclamó Michael.

Gabriel, impaciente, acabó fingiendo alguna clase de movimiento con garras. De repente, a Rose se le iluminó la mente.

—¿Es un oso? —dijo tímidamente, con temor a equivocarse.

Cuando Gabriel se levantó de un salto y asintió, el resto le aplaudió con efusividad. Rose trató de no sonrojarse, pero el calor en sus mejillas le dijo que no había tenido mucho éxito. Simon le guiñó un ojo y su sonrojo se incrementó.

—Eres malísimo con la mímica, Gabriel —atacó Gwen, demostrando que poseía el gen de la competitividad Daventry.

—Más bien vosotros no entendéis nada —replicó el marqués, sentándose al lado de su esposa. Le acarició la barriga con mimo y Rose sintió una punzada de ternura—. Estaba clarísimo. ¿A que sí, Rosalie?

Ella sonrió.

—Por supuesto —respondió—. A mí también me encanta hibernar.

Su madre la fulminó con la mirada, pero ella la ignoró. No iba a dejar que le estropeará la noche con sus normas.

Después de imitar a un pato, un médico y a la mismísima reina Victoria, entre otros, los Daventry propusieron jugar a la gallina ciega. En ese momento algunos decidieron retirarse hasta medianoche, cuando se dieran los regalos. *Lady* Olivia, su madre y Belle se marcharon a una salita a jugar a las cartas con su padre y Gabriel.

—Quedamos los solteros —bromeó Rhys.

Rose se fijó en que Michael le lanzaba una extraña mirada al abogado, pero no supo interpretarla.

—Somos una panda de buenos partidos —bromeó Sophie—. Nos envidian por donde pasamos.

—Habla por ti, prima —intervino Leo—. Yo soy el americano que debería volverse a su país.

—Y nosotros una vergüenza para la sociedad hasta que nos casemos —replicó Simon y Rose se dio cuenta de que la miraba de reojo—. Es ridículo hasta decir basta.

—Por la soltería —brindó Leo antes de beberse de un trago su vaso de *whisky*.

Rose miró a Simon y pensó que si tuviese una copa en la mano se negaría a alzarla. Cuando sus miradas se encontraron, la joven tuvo la sensación de que él estaba pensando lo mismo. O quizá solo era lo que ella quería creer.

—Ya basta de chorradas matrimoniales. Veamos a quién le toca ser la gallinita ciega —los cortó Gwen, impaciente, y todos se pusieron en guardia.

Sacó un puñado de palitos, los mezcló sin que la vieses y los ofreció con el puño cerrado. Uno a uno, fueron escogiendo los palitos. Rose sintió alivio cuando vio que no le había tocado el

corto; odiaba ser la gallinita y no saber qué o quién había a su alrededor. Pensar en ello la ponía nerviosa.

Su corazón dio un vuelco cuando vio que le tocaba a Simon vendarse los ojos.

—Os vais a enterar —bromeó, sonriendo contento.

—¡La gallinita coja! —Rio Gwen, aludiendo a que, efectivamente, Simon había ignorado los preceptos del doctor y continuaba andando con dificultad.

Sophie le vendó los ojos con un pañuelo y le dio vueltas hasta que no supo donde se encontraba. La sala era amplia, pero eran demasiados y había muchos muebles, lo que añadía dificultad al juego. Rose se alejó hacia la esquina opuesta para la que avanzó Simon, andando con pies de plomo. Sus hermanos lo desafiaban entre risas y casi siempre estaba a punto de cogerlos, pero se escapaban en el último segundo. Rose admitió que se lo estaba pasando muy bien.

Hasta que Simon la atrapó.

Se quedó muy quieta, tensa, mientras él palpaba su rostro para adivinar a quién había capturado. Estaba sonriendo y tuvo que contenerse para no hacerlo también.

Se dejó acariciar las mejillas, los párpados, la nariz y la boca. Tuvo que contenerse para no apoyarse en su mano y dejarse llevar. Era tan agradable que la tocara... Estaba resiguiendo una de sus cejas cuando su sonrisa se ensanchó.

—Te pillé, Rose —dijo en voz alta y los demás estallaron en carcajadas.

Simon se quitó el pañuelo y la miró feliz. Ella sacudió la cabeza.

—Has tardado mucho. —Fingió sentirse ofendida para molestarlo—. Empiezo a pensar que no me conoces mucho.

Él se inclinó un poco más hacia Rose para que los demás no lo escuchasen. La joven aguantó la respiración cuando Simon se acercó para susurrarle al oído:

—Lo sabía en cuanto te toqué, pero así he tenido una excusa para seguir acariciándote.

Cuando se incorporó, como si nada hubiese pasado, Rose se preguntó si al final conseguiría que le diese un infarto.

Tras Rose, que logró atrapar a Gwen cuando tropezó con uno de los sillones, siguieron jugando hasta medianoche. Hacía mucho que Rose no se reía tanto y disfrutó mucho de aquella velada. Decidió dejar sus preocupaciones de lado y simplemente disfrutar de la compañía. Al día siguiente volvería a ser la heredera rica que no podía decidir con quién casarse.

Cuando el reloj del vestíbulo dio las doce campanadas, todos volvieron a reunirse en el salón para desearse feliz Navidad y recibir los regalos. Las velas del árbol se apagaron, como mandaba la tradición, y los papeles de colores se rompieron para mostrar su interior. Sus padres le regalaron una pulsera de brillantes esmeraldas que probablemente no se pondría nunca y *lady* Olivia la agasajó con un dulce perfume que olía a lirios. Gwen les había hecho a todos una postal navideña preciosa, con diferentes lugares de Lily Manor pintados con acuarela en uno de los lados y Leo les regaló unos preciosos guantes con las iniciales de cada uno bordadas a mano. A los hombres les trajo una corbata con el mismo adorno.

—Una de las costureras del pueblo que está aquí cerca es una artista y me preparó los regalos hace días —dijo después de que *lady* Olivia le diera las gracias efusivamente. Se rascó la cabeza algo avergonzado—; ha sido difícil esperar tanto para darlos.

Rose miró a su alrededor, contenta. Gwen ya botaba en el asiento por las ganas de estrenar sus pinceles nuevos; Belle y Gabriel ya habían comenzado una partida de ajedrez en su nuevo tablero

y Sophie examinaba contenta sus juegos de papel de carta perfumado. Michael, Rhys y Simon probaban sus nuevos guantes de boxeo y Leo leía fascinado la nueva novela de detectives que habían dejado para él bajo el árbol. Hasta las matronas hablaban de sus regalos como si fueran niñas entusiasmadas y su padre estaba muy atareado poniendo en hora su nuevo reloj de bolsillo. San Nicolás debía considerar que se habían portado muy bien aquel año⁷.

Distraída mirando a su padre, no se dio cuenta de que Simon se sentaba a su lado hasta que le puso en el regazo una pequeña caja adornada con un lazo blanco. Nerviosa, lo miró sin saber qué hacer.

—Venga, ábrelo. —Le dedicó una amplia sonrisa—. Quiero saber si te gusta.

Deshizo el lazo con torpeza y, al quitar la tapa, se encontró con una preciosa cajita-joya en forma de mariposa. El corazón le dio un vuelco y sonrió. Era la cajita que había visto en el escaparate del pueblo, la que no se atrevió a comprar. ¿Cómo lo había sabido?

—Estaba buscando algo que regalarte y, cuando la vi, enseguida pensé en ti —le explicó como si le hubiera leído la mente—. Creo que es perfecta.

Observó la cubierta de la cajita. Las alas de la mariposa estaban pintadas en tonos rosas y verdes, y el cuerpo era dorado, así como el borde de las alas. Pero lo mejor pasaba al abrirla. Un ala ocultaba un reloj y la otra un pequeño compartimiento vacío para guardar algo pequeño. Pero lo mejor era que al abrirla comenzaba a sonar una dulce melodía que no supo identificar, pero que le encantó.

—También es una caja de música —farfulló Simon, repentinamente nervioso—. ¿Te gusta?

Rose no tenía palabras, así que simplemente asintió con la cabeza. Era el regalo más bonito que Simon le había hecho nunca. Lo miró y él le pasó el brazo por los hombros para acercarla a él. Con la cajita todavía entre las manos, apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, dejándose envolver por la melodía. Podía haberse quedado allí para siempre.

—Feliz Navidad, Mariposa.

7 La costumbre de San Nicolás —Santa Claus en América—, al igual que la de hacer regalos por Navidad, fue traída a Inglaterra desde Alemania por el príncipe Albert, esposo de la reina Victoria.

Capítulo 18

Quizá las fiestas me ponen demasiado sentimental, pero estoy convencida de que los mejores presentes son los que se dan con el corazón. No sean como el señor Scrooge o recibirán visitas indeseadas de sus propios fantasmas.

De la columna de *The Golden Swan*,
19 de diciembre de 1854.

La mañana de Navidad, el clima les dio una tregua y pudieron ir a la iglesia. Aunque salir de la casa abrigado hasta las cejas era lo último que le apetecía, Simon siguió a su incansable madre hasta el pueblo. Observó a Rose, que caminaba por delante de él con sus hermanas y anheló poder cogerla de la mano.

Recordó la noche anterior, cuando la tuvo entre sus brazos durante el juego de la gallinita, deseando llevársela a su habitación para poder hacer lo que deseaba de verdad, lejos de miradas indiscretas. Pero tuvo que conformarse con acariciar su rostro y verla suspirar ante su contacto.

Era maravillosa.

Pero lo mejor de todo había sido ver su cara cuando descubrió la caja de música en forma de mariposa. Nunca hubiese imaginado encontrar un regalo más perfecto para ella mientras paseaba por el pueblo en busca de algo que le pudiese gustar. Ver la cajita en el escaparate de la tienda fue como una señal del cielo. Y le había encantado.

No podía estar más feliz de verla tan contenta. No obstante, ambos sabían que la situación se estaba complicando demasiado y no podrían sostenerla mucho más. No lo habían hablado abiertamente, pero Rose no lo hubiese besado si no quisiera más de él.

Y él quería dárselo todo.

—Deberías hablar ya con su padre —la voz de Leo lo sobresaltó. Su primo se acompañó a su ritmo y sonrió—. Si no lo haces, algún otro se te adelantará.

Simon se tensó, poniéndose en guardia de inmediato. Tropezó y casi cae, pero pudo parar a tiempo, por lo que su pie se resintió. Estaba casi curado, pero si hacía movimientos bruscos le dolía. Ignoró la punzada que le subió por la pierna y se centró en Leo.

—¿Otro como tú? —preguntó hosco, sin poder evitar el tono de rencor en sus palabras. No había olvidado las atenciones que Leo le había profesado a Rose desde que la conocía y que todavía le profesaba.

Leo tardó en responder unos segundos que se le hicieron eternos para finalmente soltar una enorme carcajada que hizo que sus hermanos se giraran hacia él, mirándolo como si se hubiese vuelto loco. Su primo era el súmmum de la discreción.

—Te equivocas, querido primo —le dijo una vez los demás dejaron de mirarlos—. Solo quise hacerte reaccionar, pero tienes la cabeza muy dura. Seguro que es un rasgo familiar.

Simon lo miró desconcertado para después dar paso a la rabia.

—¿Estuviste jugando con Rosalie para ponerme celoso?

Leo no pareció percatarse de su ira, pues se había quedado mirando cómo la nieve caía de un pino en el borde del camino.

—¿No es genial la nieve? Podría hacer un angelito...

Estuvo a punto de zarandearlo, pero se contuvo a tiempo.

Su primo lo miró de nuevo y pareció recordar que se encontraba en mitad de una conversación importante. Sus ojos verdes volvieron a enfocarse en él y le dio una palmada en la espalda.

—Solo te digo que Rosalie se ha convertido en una amiga y no merece que la tengas esperando en el limbo —soltó de repente—. Si la amas, cástate con ella.

Simon desvió la mirada. Era preferible observar las pisadas que los demás dejaban en la nieve al pasar que enfrentarse a la verdad que acababa de escuchar.

—Sus padres jamás aceptarán que se case conmigo —susurró, poniendo voz a sus miedos por primera vez—. No tengo título.

Leo se encogió de hombros, como si acabara de decir una ridiculez.

—¿Acaso ellos van a compartir cama con vosotros? —preguntó de tal forma que a su madre le hubiesen tenido que dar sales si llega a oírlo. Una imagen de Rose en su cama, su pelo castaño desparramado por la almohada y sus ojos oscuros fijos en él, lo dejó momentáneamente aturdido—. Es ella quien te tiene que aceptar, los padres solo son un trámite aburrido.

Dicho aquello, se adelantó para seguir mirando la nieve, dejando a Simon sumido en sus pensamientos.



—Vayamos a cabalgar ahora que ha dejado de nevar —propuso Sophie—. Llevamos un montón de días encerrados y hoy por fin hemos podido salir.

Sus palabras fueron seguidas de un silencio incómodo. Los Blackmore y *lady* Olivia ya habían entrado a la casa y solo quedaban los jóvenes, que no parecían tener muchas ganas de moverse. Belle se despidió de ellos y se marchó a dormir un rato, agarrándose la bamboleante barriga, y Gabriel se marchó a ver a sus arrendatarios para desearles Feliz Navidad. La desilusión que se veía en el rostro de Sophie le encogió el corazón a Rose.

—Yo iré contigo —dijo mirándola—. Será divertido.

Su amiga le dedicó una sonrisa radiante como agradecimiento. Ante su valentía, los demás fueron hablando.

—Yo no, voy a ir a mi estudio a pintar —respondió Gwen, alejándose—. Ya sabes que soy más de interiores, hermanita.

Leo arguyó que iría a leer un rato y Simon se excusó diciendo que su esguince todavía no estaba curado del todo. Sophie miró a sus hermanos y a su primo alejarse hacia la casa y murmuró algo parecido a «cobardes».

—No te canses mucho —le dijo Simon a Rosalie con una sonrisa—. Después de comer tienes que deleitarnos con tu música.

De repente, se sintió muy nerviosa. Maldito fuera.

—Pues yo sí voy —intervino Michael, mirando a Rhys—. ¿Te apuntas, Harrington?

El abogado sonrió desafiante. Si lanzaba esa mirada en los juzgados, amedrentaría a todos los presentes.

—Propongo una carrera —dijo—. ¿Crees que puedes ganarme, Daventry?

—Él no lo sé —lo cortó Sophie—, pero yo sí.

Rose contuvo un suspiro. Ahí estaba el espíritu competitivo de los Daventry. Comenzaba a arrepentirse de haber aceptado lo que creía que sería un paseo tranquilo.

Después de ir a la casa a cambiarse las ropas elegantes por trajes de montar, llegaron a las caballerizas y los mozos de cuadra los ayudaron a preparar los caballos.

—Hemos despejado el camino de nieve —le explicó el jefe de cuadra a Michael y a Sophie—. No deberían tener problemas para moverse.

Rose acarició a la yegua castaña que le habían asignado y el animal se dejó tocar sin problemas. Le dio unos toquitos en el hombro con el morro, como si esperase que le diera de comer.

—Atenea es muy tranquila y noble, *milady*. —Uno de los mozos le dio unas palmaditas a la yegua en la grupa antes de comenzar a ensillarla—. Creo que se llevará bien con ella.

La hermosa yegua de Sophie, de color blanco y gris, relinchó contenta cuando la joven cogió el estribo para llevarla fuera y la empujó por la espalda como si quisiera que se diera prisa.

—Calma, Hera. —Escuchó decir a Sophie, riendo—. Ya te llevo a correr un poco.

Aunque la había visto pocas veces, todo el mundo sabía que Sophie era una espléndida amazona. Incluso sus hermanos lo decían, lo que ya era una importante señal de credibilidad.

Cuando Rose salió de las caballerizas, Michael ya estaba subido a su caballo, Apolo. Rhys se había atrevido a montar un potente caballo negro, de nombre Ares, que parecía muy contento de salir al aire libre. Nada que ver con el carácter de su homónimo.

—Si nos metemos por el bosque será más divertido —sugirió Rhys, y los hermanos asintieron contentos. Rose decidió que dejaría la competición en manos de los que de verdad tenían espíritu luchador.

—Rose dará el pistoletazo de salida —dijo Sophie cuando se hizo evidente que ella no iba a participar en la carrera.

Michael y Rhys se colocaron a ambos lados de la joven Daventry y se lanzaron una mirada llena de complicidad y desafío. Rose se apartó a un lado y alzó un brazo.

—Preparados... Listos... ¡YA!

Los tres contendientes salieron disparados y entraron en el bosque. Rose los siguió a una distancia prudente. Nunca había sido una gran amazona y aprendió lo justo para no caerse del caballo. Atenea relinchó contenta y Rosalie se atrevió a azuzarla un poco para ponerse al galope. El aire era frío, pero soportable y cerró los ojos un segundo para disfrutar de la agradable sensación de libertad.

Cuando volvió a enfocar la vista, se fijó en que sus acompañantes ya habían terminado la carrera, y que los chicos habían sido derrotados por Sophie, que se estaba jactando de su victoria. Orgullosa de su amiga, se dirigió hacia la meta para felicitarla. Acababa de llegar junto a Mike cuando Atenea protestó, relinchando de forma ensordecedora.

La yegua, que hasta el momento había seguido sus órdenes con facilidad, se alzó de repente sobre sus cuartos traseros. Rosalie trató de sujetarse por instinto, pero resbaló y el pie derecho se salió del estribo, cayendo hacia atrás sin poder evitarlo. El golpe la dejó sin respiración, pero la nieve paró el golpe en gran medida.

Atenea salió corriendo y Sophie salió tras ella para detenerla. Michael y Rhys la ayudaron a

incorporarse y la joven comprobó que no tenía ningún hueso roto, aunque se sentía algo mareada. Ambos hombres la miraron con preocupación, así que se apresuró a tranquilizarlos.

—Estoy bien —aseguró, forzando una sonrisa—. Solo ha sido el susto.

La verdad era que todavía le latía el corazón con fuerza y agradeció haber caído antes de que la yegua saliera corriendo; el golpe hubiese sido mucho peor, porque estaba convencida de que no hubiese podido mantenerse en la silla de montar.

Por una vez, agradeció al cielo sus escasas dotes de amazona.

—Voy a ayudar a Sophie —dijo Mike—. Tú lleva a Rosalie a la casa.

—Estoy bien —repitió, pero nadie le hizo caso.

Rhys la ayudó a montar con él y ambos emprendieron el regreso a la mansión. Antes de que llegaran a las caballerizas, ya tenían encima a dos mozos de cuadra que los ayudaron a desmontar. Rosalie vio a Simon llegar desde la casa como alma que lleva al diablo. Su expresión era preocupada.

—¿Qué ha pasado?

Entre Rhys y ella le explicaron lo ocurrido. Rose no lo recordaba tan dramático como lo contaba el abogado, pero al parecer había estado a punto de ser aplastada por los cascos de Atenea y ella no se había dado cuenta. Antes de que pudiera procesarlo, Simon la agarró y abrazó con fuerza.

—¿De verdad estás bien? —susurró contra su pelo. Parecía no creerse que estuviera de una pieza. Vio por encima del hombro de Simon que Rhys hacía todo lo posible por no mirarlos y que decidía irse a las caballerizas, donde los mozos ya estaban quitándole la silla a Ares.

—Estoy bien —le aseguró y esa vez sí pudo sonreír sin esfuerzo—. No te preocupes tanto. Soy de hierro.

Simon le devolvió la sonrisa al oír el eco de sus propias palabras.

—Sí que lo eres —dijo mirándola con tanto orgullo que Rose se ruborizó.

Estaban solos; podía decírselo.

El corazón comenzó a latirle de nuevo con rapidez, pero no tenía nada que ver con la caída. Tenía que ver con él, con su forma de mirarla y hacerle sentir que podían tener un futuro juntos. Tenía que ver con el hecho de que estaba a punto de decirle que lo amaba porque ya no podía soportarlo más. Ese secreto la quemaba por dentro.

—Simon, yo... —tragó saliva.

El ruido de cascos la interrumpió y cerró los ojos para contener su frustración. Simon desvió la vista hacia sus hermanos, que volvían con una Atenea calmada y dócil. En ese momento los odió y se odió a sí misma por ser tan inoportuna.

No era el momento adecuado, estaba claro.

—¡Ya sé lo que ha pasado! —anunció Sophie sin darse cuenta de nada. Rhys salió a recibirlos con el ceño fruncido—. Alguien la ha herido con un dardo o algún objeto similar.

Sus palabras sacaron a Rose de su espiral deprimente. Miró a Sophie sin dar crédito, pero la joven los invitó a acercarse a la yegua, que tenía una pequeña herida en la grupa. Se veía sangre ya seca alrededor del agujero.

—¿Qué? —Simon no daba crédito, pero Rhys y ella comprendieron de inmediato.

Dios santo.

—No ha sido un accidente. —El abogado se hizo eco de sus pensamientos—. Querían que

Rosalie cayese del caballo.

Pero los pensamientos de la joven iban hacia un rumbo distinto. Miró a Mike, cuya expresión era fúnebre y supo que ambos pensaban lo mismo.

—¿Querían tirarme a mí o a Michael? —susurró—. Los dos estábamos a la misma altura.

Simon la abrazó con más fuerza y en ese momento se dio cuenta de que todavía no la había soltado. Su mandíbula estaba tan tensa que parecía que se le iba a romper.

—Benjamin Hemsley ha vuelto.

Capítulo 19

Lily Manor, 25 de diciembre de 1854

Simon:
Yo también te quiero.

Rose

(Carta no enviada)

Se organizó una batida por los terrenos de Lily Manor encabezada por el marqués de Satherton y el marqués de Blackmore. El día de Navidad se tiñó de negro por lo que sin duda había sido un intento de asesinato. Rose temblaba al recordar lo cerca que había estado de haber acabado en el hospital o algo mucho peor. Muchos se habían sumado a la búsqueda, incluso Michael a pesar de que había tenido que pasar por encima de todos sus hermanos para lograr salir de la casa.

—Si ese tipo viene a por mí, no pienso esconderme —dijo con rabia—. Él ataca por la espalda, como un cobarde, pero yo pienso enfrentarlo en cuanto le vea.

Así que se había marchado en el grupo de Gabriel, mientras que Sophie acompañaba al marqués. Simon y Leo se habían quedado para reforzar la seguridad de la casa, hablando con arrendatarios y otros hombres que pudieran hacer rondas, y Gwen, junto con Belle, se estaba encargando de avisar a todo el servicio para que estuvieran alerta por si veían aparecer a alguien sospechoso. Rose, por su parte, no había podido ayudar porque su madre la había obligado a permanecer con ella y *lady* Olivia en una de las salitas de la planta superior.

Su madre, que en lugar de tranquilizarla, no dejaba de repetirle lo torpe que había sido.

—Como se te ocurre ir a montar a caballo cuando sabes que no es tu fuerte, te podrías haber partido el cuello y...

Seguía una perorata sobre por qué Rosalie era una desagradecida que no cuidaba de su seguridad y que no apreciaba cuánto había hecho la marquesa por ella. *Lady* Olivia la miró con pesar y, después de tratar de mediar un par de veces, decidió hacer oídos sordos mientras bordaba su cojín. Ojalá ella tuviera esa capacidad de abstracción.

—Esto te pasa por no tener a un hombre a tu lado que te mantenga a salvo de tus locuras. Deberías haberte casado ya y aquí estás, para vestir santos. Después de lo que tu padre ha hecho para...

Rose se levantó del sillón. Ya había tenido suficiente.

—¿Dónde te crees que vas, Rosalie? —le gritó su madre en cuanto la vio alcanzar la puerta.

Ni siquiera se giró para mirarla. No podía.

—Lejos de ti —dijo antes de salir dando un portazo.

Después lo pagaría caro, pero ahora mismo solo sentía alivio. Bajó a la sala de música, uno de los lugares que sabía que estaría vacío y donde podría estar sola. Las palabras de su madre

todavía resonaban en sus oídos y quería ahogarlas. Entró en la habitación y cerró la puerta. Se sentó en el suelo, harta de ser la hija de esa mujer, y se tapó los oídos con las manos para no escuchar sus palabras.

Pero era inútil.

—Basta —suplicó.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, incontrolables. Estaba cansada de ser la hija perfecta, la que siempre obedecía porque quería que estuviesen orgullosos de ella. Pero no recordaba una sola vez que su madre hubiese apreciado sus esfuerzos. Solo recibía reproches, regaños y más exigencias. Tenía que ser la mejor, perfecta, una dama intachable. Pero solo era una chica con temor a socializar y una herencia que le venía grande. Solo era un trofeo que conseguiría el hombre que aprobaran sus padres.

Su madre había dirigido su vida como si ella fuera una marioneta y no sabía cómo romper los hilos de su cárcel; le parecían indestructibles. La desesperación que sentía amenazó con ahogarla y se esforzó por respirar hondo, cerrando los ojos con fuerza para apagar todo lo que tenía alrededor.

—¿Rose?

La voz de Simon fue como una luz en medio de la oscuridad. Sintió que se agachaba a su lado y no pudo más. Enterró la cara en su pecho y comenzó a llorar con verdadero desconsuelo. Él la rodeó con sus brazos y no trató de hacer que hablara. La dejó llorar, acariciándole el pelo con suavidad.

—Estoy aquí contigo —fue lo único que dijo.

Y Rose sintió, mientras seguía llorando sin parar, que todo iría bien. Aunque no tenía idea de cómo. Deseó que sus palabras se convirtieran en una promesa permanente y lloró con más fuerza cuando se percató de que nunca estaría con ella para siempre. No mientras fuese la heredera Blackmore.

Estuvieron en silencio, sentados en el suelo de la sala de música, hasta que ella pudo respirar con normalidad y sus hipidos cesaron. Rose tenía los ojos hinchados y húmedos, pero el nudo que sentía en la garganta se había aflojado un poco. Cuando saliera de aquella sala todo volvería, pero de momento, allí con Simon, pudo dejar su angustia encerrada.

—Aún no te he dado tu regalo de Navidad —musitó contra su camisa.

—¿Y qué es? —respondió él. No lo estaba mirando, pero notó que sonreía.

Rose se incorporó y se restregó los ojos. Simon tenía una expresión ilusionada que le enterneció el corazón. La ayudó a incorporarse y ella le indicó que se sentara en la banqueta del piano.

—Quédate ahí —le ordenó con un dedo amenazante, y él se repantingó contra el piano y esperó como un buen chico.

Rose respiró hondo y fue hasta el atril, donde esperaba su partitura, ya terminada. Había sido muy duro acabar la composición, pero miró con orgullo su *Alas de cristal* y no pudo evitar sentir una oleada de satisfacción. Era suya, surgida directamente de su corazón. Sus sentimientos plasmados en un pentagrama.

Rosalie se dirigió lentamente hacia la funda del violín. Era consciente de que su mirada no se apartaba de ella mientras abría los cierres y levantaba la tapa del estuche con cuidado. Pero tenía que ser valiente, se dijo al coger el bello instrumento y acariciarlo con ternura. Se colocó el violín

sobre el hombro y apoyó la barbilla en la mentonera. Sujetó el arco con firmeza hasta casi hacerse daño y se obligó a relajarse. Solo importaban sus ojos, los que ella deseaba que la mirasen. Que la mirasen de verdad.

Así que, cuando deslizó el arco sobre las cuerdas del violín, solo estaba pensando en él. Se olvidó de todo excepto de Simon. Lo miró directamente a los ojos, esos que conocía tan bien, y observó cómo se agrandaban por la sorpresa antes de cerrar los suyos para concentrarse. Y entonces tocó para él, volcando todo lo que sentía en las notas que formaba con los dedos, sacando a la luz una melodía que tenía en la cabeza desde hacía mucho tiempo. Una partitura que apareció en su alma muchos años atrás, cuando se encontró con un niño sentado en la rama de un árbol y supo que sería alguien importante para ella.

Tocó para él y rogó a los cielos para que la música le dijese lo que ella no se atrevía a expresar con palabras. Rogó para que entendiera que estaba presente en cada nota de su partitura.

En ese momento, Rosalie le entregó a Simon todo lo que tenía.

La última nota reverberaba en el aire cuando bajó el arco y abrió los ojos de nuevo. Cuando miró a Simon, agrandó los ojos por la sorpresa: estaba llorando. Se le encogió el corazón.

—Simon... —comenzó sin tener ni idea de qué decir después.

Pero él no le dio tiempo, porque se levantó y en un segundo estaba sobre ella, besándola con intensidad.

—Te amo con toda mi alma —confesó mirándola a los ojos. Los de él todavía estaban aguados por la emoción.

La besó de nuevo, sin esperar respuesta, y ella se dejó llevar, asimilando lo que acababa de decirle. Dios santo, la amaba. No podía creer que...

—¡Apártate de mi hija! —oyó que bramaba una voz, sobresaltándolos.

Simon se incorporó de golpe y ambos miraron hacia la puerta de la sala de música, que habían dejado abierta. Se le cayó el alma a los pies.

Sus padres los habían visto. Y miraban a Simon como si quisieran pedir que pusieran su cabeza en una pica.

Estaban en problemas.



El marqués de Blackmore estaba fuera de sí cuando lo empujó lejos de su hija. Simon no trató de defenderse, pero tampoco se mantuvo a la suficiente distancia como para que no pudiera darle un puñetazo. O estrangularlo, como parecía querer hacer.

—¡No puedo creerlo! ¡No me esperaba esto de ti, Rosalie! —La marquesa había preferido arremeter contra su hija, cosa que enfureció a Simon—. ¡Te has arruinado!

Sus gritos, por desgracia, atrajeron a su familia, que acabó apelotonada en la puerta de la sala de música. Gabriel, Mike, Sophie y Rhys todavía iban vestidos con la ropa de montar y Gwen tenía una enorme mancha azul celeste en la mejilla. El único presentable, irónicamente, era Leo.

Así que ya habían vuelto de registrar los terrenos, pensó con amargura. Justo a tiempo para la función.

Y su madre estaba en primera fila.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó la marquesa viuda.

El marqués de Blackmore se giró hacia ella con expresión desencajada. Su rostro, normalmente afable, se había puesto rojo de ira.

—¡Tu hijo se estaba aprovechando de mi Rosalie!

—¡Eso no es cierto! —exclamó Rose, pero su padre no le hizo el mínimo caso.

—Cuidado con lo que dice, Blackmore —intervino Gabriel—. Mi hermano no sería capaz de algo así. No toleraré otra falsa acusación bajo este techo.

—¡La estaba besando! —gritó la marquesa, fuera de sí.

—¡No estaba aprovechándome de ella! —gritó él aún más fuerte y todo el mundo calló—. Pensaba pedirle que se casara conmigo antes de que ustedes aparecieran montando este circo.

Se hizo el silencio y Rose soltó una exclamación ahogada, mirándolo de hito en hito. ¿Acaso le sorprendía? Demonios, era evidente que estaba loco por ella. Había tenido que agarrarse a la banqueta con fuerza para no ir a abrazarla antes de que terminara de interpretar la pieza. Una composición que había salido de ella y lo había emocionado, sin poder evitar echarse a llorar como un niño. Aquella partitura era su corazón hecho música.

Su hermana Gwen, en cambio, asintió y le guiñó un ojo.

—¿Y no has pensado que tenías que hablar conmigo primero? —preguntó Blackmore, todavía furioso.

Parecía un toro a punto de arremeter contra su objetivo, pero Simon se obligó a mantener la calma.

—A mi modo de ver, es la dama en cuestión quien debe dar su beneplácito primero —manifestó sin ningún signo de arrepentimiento. Rose no era ningún trofeo que entregar; ella misma debía elegir su camino.

Y él iba a ofrecerle esa elección antes de que todo el mundo apareciese. ¿Cómo no iba a querer casarse con ella? Acababa de decirle que la amaba. Un camino distinto era inconcebible.

—Pues a mi modo de ver, ¡nunca te casarás con mi hija! —Los gritos de Blackmore debían de escucharse hasta en el pueblo—. ¡No eres digno de ella!

Sus hermanos soltaron exclamaciones de protesta, pero todas fueron ahogadas por Rose, que hizo que todos se giraran hacia ella.

—¡Dejad de hablar de mí como si no estuviera! —Simon vio que estaba a punto de explotar. Ya la había encontrado antes llorando, destrozada, y sabía que todo aquello estaba superándola. Las lágrimas volvieron a caer por sus mejillas y deseó saber hacer magia y hacer desaparecer a todo el mundo para volver a abrazarla de nuevo—. ¡No soy una moneda de cambio con la que negociar!

La joven salió corriendo y nadie trató de detenerla; todos se habían quedado de piedra y Simon sabía por qué. Rosalie nunca levantaba la voz, siempre se comportaba de forma correcta y lo contrario era un hecho extraordinario. Le encantó que los demás viesan lo que él veía: una mujer formidable.

Vio que Leo le hacía una seña antes de salir tras ella. Lo consoló que hubiese alguien que le hiciera compañía mientras él arreglaba aquello.

—Escúcheme bien, Blackmore —dijo acercándose a él—. Si ella me acepta, me casaré con su hija. Y cualquiera que quiera impedírmelo me verá al amanecer. Solo si estoy muerto me impedirá que luche por ella.

—¡Bien dicho, hermano! —exclamó Gabriel antes de poner cara de circunstancias y simular ser un marqués serio y respetable.

—La herencia Blackmore no quedará en manos de un... tercer hijo —aseguró la marquesa, mirándolo con verdadera animadversión.

—¿Estás despreciando a mi hijo por no tener título, Gladys? —La voz de su madre era tan fría que todos sus hijos, incluido Simon, se encogieron inconscientemente—. Admito que puedes ser algo cargante y te importan demasiado las apariencias, pero te consideraba mi amiga. Sin embargo, en cosa de una hora he visto lo cruel y despreciable que puedes ser.

La marquesa de Blackmore se dio cuenta de su error en el momento en el que vio cómo la miraba *lady* Olivia. Simon podía ver en su rostro que estaba asimilando las consecuencias de enemistarse con los Daventry. Aquello podía ser su ruina.

Le dio lástima que solo le preocupara eso.

—Hace un rato he visto la razón por la que Rosalie no puede superar su timidez —siguió diciendo su madre sin ningún tipo de filtro; estaba realmente enfadada—. Tú tienes la culpa, Gladys. Le cortas las alas y la menosprecias para que sea como tú y, como no lo consigues, le haces daño. Y ahora pretendes decidir como si pudieses mandar en su corazón. Solo lograrás que te odie si sigues haciéndola tan infeliz.

Lady Blackmore estaba muda ante el torrente de acusaciones que estaba soltando *lady* Olivia Satherton, como si no pudiera concebir la idea de que su hija fuera infeliz por su culpa. Simon sintió una oleada de orgullo hacia su madre y, por cómo la estaban mirando sus hermanos, los cinco sentían lo mismo. Incluso Belle estaba observándola con la boca abierta.

—Esta noche, cuando suene el último aviso para cenar, ambos os habréis ido de mi casa. —La sentencia de la marquesa viuda fue firme. Los Blackmore miraron a Gabriel, que no hizo nada por desdecir a su madre. Simon estaba seguro de que no lo hubiese hecho ni aunque hubiese querido—. Rosalie es libre de quedarse, pero si la obligáis a marcharse con vosotros me aseguraré de que no seáis recibidos en ningún evento social para lo que queda de vuestra vida.

El ostracismo social; la peor pesadilla de *lady* Gladys Blackmore.

Cuando los Blackmore salieron de la habitación, los vítores de sus hermanos se escucharon en toda la casa. Su madre sonrió un segundo antes de volver a ponerse seria y dirigirse a él. Simon tragó saliva.

—Madre, yo... —comenzó.

—Menuda has montado, Simon. —No parecía enfadada, pero sí cansada—. ¿Qué vas a hacer?

—Casarse con ella, por supuesto —intervino Gwen—. Se aman.

Simon la miró, pero no dijo nada. Rose no había podido responder a su declaración ni sabía si quería casarse con él. Necesitaba saber qué le estaba pasando por la cabeza en esos momentos. Se había ido llorando, por el amor de Dios. Tenía que encontrarla.

—Iré a buscarla —anunció, pero no pudo dar ni dos pasos seguidos.

—No —esa vez fue Rhys quien habló—. Espera a que ella venga a ti. Necesita salir de esto sola o no superará nunca sus miedos.

—¿Ahora vas de terapeuta? —le espetó a su amigo, molesto.

¿Por qué todo el mundo se empeñaba en alejarlo de ella?

—Tu amigo tiene razón. —Su madre se cruzó de brazos—. Debe hacer esto sin ti, sin nadie, o no podrá estar en paz.

Simon sacudió la cabeza.

—Pero... —dijo derrumbándose—. ¿Qué debo hacer yo?

Sabía que tenían razón, pero el instinto de protegerla era muy fuerte. No obstante, la parte más racional de su ser sabía a ciencia cierta que Rose estaría bien. Ella podía hacer lo que se propusiera. Se sentó en el suelo, exhausto, y bajó la cabeza. No estaba seguro de poder detenerse si seguía en pie. Pensó en su rostro antes de marcharse y un nudo se instaló en su pecho. No merecía aquello; merecía ser tratada como una reina y por quien ella quisiera. Maldita herencia. Maldita y mil veces maldita.

De repente sintió una cálida mano sobre su hombro, apretándolo con fuerza, y levantó la cabeza a tiempo para ver a Gabriel sentarse a su izquierda. Mike y Rhys hicieron lo mismo tras él, espalda contra espalda, y Sophie se sentó a su derecha. Gwen fue la última, sentándose delante, terminando el círculo. La pelirroja lo miró a los ojos antes de sonreír y abrazarlo. Los demás hicieron lo mismo y Simon se sintió protegido rodeado por sus hermanos y su amigo.

—Estamos contigo —dijeron.

Para siempre.

Capítulo 20

Ahora que ha pasado la Navidad, las miras están puestas en las fiestas de Fin de Año. Recuerden preparar sus mejores disfraces para los bailes de máscaras que se celebrarán por toda la ciudad, aunque es cierto que muchos no los necesitan. No me negarán que la mayoría de las personas ya llevan puesta una careta durante todo el año.

De la columna de *The Golden Swan*,
27 de diciembre de 1854.

El invernadero de Lily Manor, la joya de la corona de los jardines. Un presente que el anterior marqués le hizo a su mujer, Olivia, llenando aquella cúpula de cristal de sus flores favoritas. Un regalo para la vista y los sentidos, aunque ahora en invierno se veía muy triste sin la mayoría de las flores. Sin embargo, estaba vacío y lo único que Rose necesitaba era silencio.

Poner en orden sus pensamientos y decidir qué hacer.

Se sentó en uno de los sillones, bordados con lirios, y se frotó los brazos para entrar en calor. Aunque iba a abrigada con el vestido de lana gruesa, con las prisas había olvidado el abrigo, y la nieve estaba acumulándose de nuevo en el exterior. Respiró hondo y observó el vapor blanco que escapaba de su aliento.

«Te amo con toda mi alma».

«Pensaba pedirle que se casara conmigo...».

«¡No eres digno de ella!».

Lo que acababa de vivir era un caos en su mente, que trataba de decidir de qué ocuparse primero. Sus padres la habían visto besando a Simon y, como imaginaba, habían montado en cólera. Él no era el candidato que ellos tenían en mente porque no era un noble con título. No importaba que la amara y que quisiera casarse con ella por algo más que su herencia.

Dios santo, le había dicho que la amaba.

Podría haber pensado que su declaración de intenciones era a causa de la presión de haber sido descubierto, pero sabía que Simon no era así. En ningún momento había tratado de aprovecharse de ella y jamás había mirado su dinero. Era la única persona que la conocía de verdad.

Y la amaba.

Simplemente no podía creerlo. Llevaba años deseando escucharlo decir algo parecido, imaginando el momento en todos los escenarios posibles, y en ese momento le era imposible asimilarlo. Su corazón la había elegido a ella, igual que el suyo le pertenecía a él.

Necesitaba escucharlo de nuevo, decirle que ella sentía lo mismo. Sus padres le habían robado ese momento, irrumpiendo como locos en la sala de música.

Pero ¿cómo hacérselo ver? Jamás escuchaban.

—Con el frío que hace y decides esconderte aquí.

Rose se sobresaltó y giró la cabeza para ver cómo Leo cerraba la puerta del invernadero y se acercaba a ella. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Deseo estar sola.

Leo hizo caso omiso y se sentó frente a ella, quedándose en silencio. Se fijó en que miraba el invernadero con curiosidad y se preguntó si estaría echando de menos las flores.

—¿Cuántas placas de vidrio harían falta para la estructura? —susurró.

Rose lo miró perpleja y se echó a reír, cosa que le había parecido imposible cinco segundos antes. Al escucharla, Leo volvió a poner los pies en la tierra y sonrió como disculpándose.

—He vuelto a decir alguna tontería, ¿verdad?

Rose todavía sonreía cuando le respondió:

—Solo tú serías capaz de hablar de vidrios en un momento así.

Leo suspiró, cansado, y la joven dedujo que sus rarezas eran algo que le preocupaba en demasía.

—Pero no pasa nada —se apresuró a decir.

Ahora fue Leo el que rio.

—Eres la primera persona que me dice eso —admitió—. Para mi familia soy un vago y un *bueno para nada*. Como si hiciera todo esto por voluntad propia.

Era la primera vez que Leo hablaba abiertamente de sus despistes, o lo que fueran, algo que todos habían asumido como parte de él. Fue tan sorprendente que, por un momento, Rose olvidó sus problemas.

—¿Hacer el qué?

—Olvidos, despistes... —comenzó compungido—. Cuando me visto me dejo el chaleco o la corbata, pierdo mi reloj por lo menos tres veces al día, pierdo la noción del tiempo y llego tarde la mayoría de las veces... Por no hablar de que mi mente vaga sin control cuando estoy hablando con alguien. Me cuesta muchísimo concentrarme la mitad del tiempo, pero todos los médicos que me han visitado aseguran que no tengo nada, así que la gente terminó asumiendo que lo hacía aposta.

Rose se quedó en silencio, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

—Me gustaría demostrarle a mi padre que puedo hacer lo que me pide, pero dirigir un hotel entra en la lista de asuntos que no consigo que me interesen por mucho que lo intente —siguió diciendo—. Acabaría decepcionándolo de nuevo.

—Pues yo creo que podrías hacerlo... —respondió ella y, antes de que Leo le discutiese, añadió—: ...si consigues que despierte tu interés. Te he visto leer libros sin ni siquiera pestañear; hay cosas que puedes hacer sin distraerte. Sin ir más lejos, no has vuelto a decir nada fuera de contexto desde hace un buen rato.

Leo la miró como si acabara de darse cuenta de que tenía razón y estaba manteniendo una conversación larga y fluida sin distraerse.

—Son novelas de misterio, no me sirven —explicó poco convencido. Se quedó en silencio durante un largo minuto en el que Rose lo dejó reflexionar. Al menos esperaba que estuviera reflexionando en esa dirección—. ¿Crees de verdad que puedo dirigir un hotel? Necesitaría muchísima gente ayudándome. Abogados, contables...

Ella asintió sin dudarle.

—Por supuesto que puedes —le aseguró—. Eres demasiado inteligente como para desperdiciarlo casándote con una chica rica que no te haga feliz. Ni tú a ella.

Leo la miró sorprendido y Rose rio.

—Soy más observadora de lo que parece, Leonard Daventry —dijo—. Y te agradezco que no intentaras camelarme.

—A pesar de mis despistes, sé ver cuándo alguien está enamorado hasta la médula. —Rose no dijo nada, y Leo tomó la palabra—. No dejes que te quiten eso, Rosalie. Mereces ser feliz con mi primo.

A la joven se le humedecieron los ojos. Hoy se estaba comportando como una niña llorona, pero no era capaz de detener las lágrimas.

—No es tan fácil —musitó—. Mi madre...

—Tu madre no puede obligarte a casarte con alguien a quien no quieres —replicó Leo—. Si el problema es la maldita herencia que te han lanzado encima, entonces deshazte de ella. Corta las cuerdas que te atan; solo puedes hacerlo tú.

Rose no respondió y él aprovechó para levantarse y dirigirse hacia la puerta.

—Piénsalo, *milady* —le dijo con una sonrisa—. Creo que es momento de que ambos seamos valientes.

¿Podría serlo? Enfrentarse a sus padres era algo que le provocaba escalofríos. Siempre había sido sumisa con su madre, haciendo lo que ella quería todo el tiempo. Si era la dama perfecta, ella la aceptaría por fin. Le dedicaría algo de cariño. Solamente una vez se había enfrentado a ella, cuando quiso quitarle su violín. Y consiguió conservarlo prometiendo que obedecería siempre.

Rose ahogó una exclamación. Luchó por la música cuando era una niña, una de las cosas que más amaba en la vida. Consiguió vencer, aunque tuvo que perder su libertad a cambio. Las cosas más importantes son las que más cuesta conseguir.

Sabía lo que tenía que hacer.

—Eh, Leo —dijo antes de que se fuera. Él se giró y Rose sonrió al sentir que el nudo que tenía en la garganta se aflojaba un poco, apenas lo suficiente para dejarla respirar mejor—. Gracias.

Él sonrió.

—Gracias a ti, amiga mía —respondió—. Y si sabes de alguien que se maneje bien con la contabilidad, avísame.

Lo dijo en broma, pero Rose ensanchó su sonrisa. Leo estaba intentando superar sus obstáculos y ella debía hacer lo mismo. Ninguno de los dos podía estancarse por más tiempo. Y, antes de ayudarse a sí misma, podía hacer algo por su nuevo amigo americano.

—Pues resulta que sí conozco a alguien que puede ayudarte. Y tú también.



Sus padres estaban recogiendo y empaquetando sus cosas con ayuda del servicio cuando ella llegó. El marqués iba de una habitación a otra, dando órdenes a su ayuda de cámara con la altanería que lo caracterizaba. Su madre, por su parte, la miró brevemente antes de seguir guardando las cosas de su tocador en una bolsa.

—Prepara tus cosas, nos vamos —le ordenó sin dejar de trabajar—. No podemos continuar aquí, así que volveremos a Londres.

Ni siquiera parecía afectada por lo ocurrido. Lo único que salía de ella era una rabia impresionante que la envolvía en una nube negra. Su padre, mientras tanto, aprovechó ese momento para entrar de nuevo en la habitación y seguir despotricando contra los Daventry.

—Esto es una ofensa, no puedo creer que se nos trate así...

Pensó en los hermanos, que no parecían tan afectados en absoluto. A la vuelta del invernadero con Leo se había encontrado con Gabriel, Michael, Sophie y Gwen, que habían decidido salir de nuevo a buscar a Hemsley. Antes de marchar, la habían saludado como si nada hubiese pasado, y ella lo agradeció mucho. No hubiese soportado más asaltos.

Tras despedirse de Leo, la joven había subido a la habitación de su madre, que comunicaba con la de su padre por una puerta, sabiendo que los encontraría allí. De camino, se topó con Belle, seguida de cerca por Pepper, su perro guardián. La nueva *lady* Satherton se limitó a abrazarla sin decir palabra y le sonrió para darle ánimos antes de marcharse a sus quehaceres. No hacía falta más para que Rose supiera que estaba de su parte.

Todos ellos eran parte de una familia extraordinaria y pensar en ello le dio fuerzas para entrar en la habitación de sus padres, cuando lo que deseaba era salir corriendo sin mirar atrás. Aquella gente la había acogido sin pestañear y no quería separarse de ellos. No quería separarse de Simon.

Rosalie respiró hondo antes de hablar.

—N-no pienso irme a n-ninguna p-p-parte.

Sus padres la miraron de hito en hito, e incluso los miembros del servicio se detuvieron para mirarla boquiabiertos. Amelia, su doncella, le dirigió un gesto de ánimo a espaldas de los marqueses. Aquella seña le dio valor y volvió a respirar hondo, como si así lograra que el aire llegara mejor a sus pulmones.

—¿De qué estás hablando, Rosalie? —su madre respondió con hastío—. Y por el amor de Dios, deja de tartamudear. Pareces una idiota.

—Gladys... —Comenzó su padre a reprenderla, pero Rose ya había tenido suficiente.

Una vez abiertas las compuertas, no pudo detener el torrente de reproche y rencor que había retenido durante años, como un veneno corrosivo corriendo por sus venas. Simplemente lo dejó ir, porque estaba cansada de envenenarse.

—Estoy harta de ti, madre. Harta de que intentes que sea como tú quieres. —Su madre fue a protestar, pero no la dejó—. Por una vez en tu vida, calla y escucha.

Y, milagrosamente, le hizo caso.

—Nunca me has aceptado como soy y puedo vivir con ello, pero no voy a permitir que decidas por mí en esto. Simon es a quien elijo para compartir mi vida.

El marqués no dijo nada, anonadado por el recién adquirido carácter de su única hija, pero su madre ya había presumido de suficiente contención.

—¡Es un tercer hijo! —exclamó como si fuese una enfermedad incurable. Al momento se serenó y le dedicó una mirada de lástima que Rosalie aborreció—. Sé que crees que no encontrarás nada mejor y que él te hará el favor de casarse contigo por ser tu amigo, pero encontraremos a alguien para ti. No es difícil con tu dote.

Sintió repulsión ante sus palabras y la furia se abrió paso.

—Es el hombre del que estoy enamorada —rebatía sin dudar—. Y él siente lo mismo. Ni siquiera se te ha ocurrido que alguien pueda quererme, ¿verdad? —Su madre no respondió y ese silencio fue suficiente respuesta, pero se negó a que le doliese su desprecio—. Si de verdad quisieras lo mejor para mí, como tantas veces me has dicho, aceptarías la boda.

—Él solo quiere nuestro dinero —replicó encabezada—. No lo creas, Rosalie.

Pero la joven ya había escuchado suficiente.

—Me casaré con él, os guste o no. —Se alejó de ellos y se dirigió a la puerta; no podía mirarlos ni un segundo más—. Es mi última palabra.

Creía que ya no dirían nada más, pero su madre atacó por última vez.

—Entonces despídete de la herencia.

Rose rio, sardónica, ante la idea errónea de que esa amenaza fuese a afectarla en lo más mínimo. Al contrario, sus palabras eran como una liberación. La herencia solamente había sido un lastre que por fin podía soltar.

—Quedáosla. Nunca la quise.

Y salió de la habitación sin mirar atrás.

Rose se alejó unos metros y detuvo en el pasillo. Se apoyó en la pared, cerca de los retratos de los antiguos marqueses de Satherton. Respiró hondo varias veces, tratando de serenar sus nervios, y no levantó la vista hasta que las manos dejaron de temblarle. Miró hacia el retrato de Joseph, el padre de Simon, y no pudo evitar sonreír.

—Lo he conseguido, *milord* —dijo conforme la euforia se adueñaba de ella—. Lo he conseguido.

La habían desheredado y era evidente que no podría volver a su casa, pero había encontrado el valor suficiente para enfrentarse a su madre y había vencido. Por fin pudo plantarse y decirle todo lo que pensaba. Dios santo, lo había logrado.

—Lo has conseguido.

Rose se giró y se encontró con Simon. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? El corazón, que había ralentizado un poco su pulso, volvió a latir frenético en cuanto lo tuvo a escasos centímetros. Lo miró a los ojos, casi del color del hielo, y supo sin ninguna duda que serían su hogar por siempre.

—¿M-me has escuchado hablar con ellos? —susurró ella.

—Te he visto entrar en la casa y quería hablar contigo —explicó algo avergonzado—. No he podido evitar escuchar parte de la conversación. Has sido muy valiente diciéndoles todo eso.

Ella sacudió la cabeza con pesar.

—Tendría que haberlo hecho mucho antes. —Se sonrojó al comprender de repente todo lo que Simon habría escuchado, pero una voz en su interior le dijo que no era momento de acobardarse ahora que había decidido alzar la voz—. Y también tendría que habértelo dicho mucho antes.

Él se acercó a ella despacio, hasta que sus rostros casi se rozaron. La agarró de los hombros con suavidad y la acarició por encima de la tela gruesa del vestido, aunque Rose lo notó en cada milímetro de su piel.

—¿Decirme qué? —preguntó con un susurro.

Rosalie le acarició el rostro y él entrecerró los ojos ante la tierna caricia.

—Que te amo —susurró contra su boca antes de besarlo.

Él le devolvió el beso con ansia, como si acabara de liberar sus contenciones. De repente, Simon la cogió de la mano y la llevó hacia una de las habitaciones cercanas destinadas a los invitados, que estaba vacía. Una vez cerró la puerta, Simon la apretó contra la pared y siguió besándola sin descanso, poseyendo su boca y cada centímetro de piel que encontraba libre. Entre beso y beso le decía cuánto la quería y cuánto había esperado ese momento; palabras que inflamaron su corazón. Ella lo rodeó con los brazos y le devolvió cada beso y caricia hasta que ambos acabaron jadeantes.

—Espera —dijo él separándose de ella, pero no lo suficiente para que hubiese espacio entre sus cuerpos—. Quiero hacer esto bien.

Algo mareada, ella lo miró sin entender, pero abrió los ojos de par en par cuando él sacó una pequeña caja del bolsillo de su chaqueta. Lo vio tragar saliva y mirarla nervioso, como si no supiera cómo proceder.

—Esta habitación oscura no era el lugar que había imaginado, pero tendrá que servir porque no puedo esperar un segundo más —susurró él, alejándose para descorrer las cortinas y que entrara el sol del atardecer.

Dios santo, iba a desmayarse. Malditos corsés, eran como jaulas roba alientos. Esperaba no tener que necesitar las sales, porque eso no sería nada romántico. Pero, cuando Simon se arrodilló ante ella, sintió que le faltaba el aire. Abrió la cajita y Rose se encontró con un precioso anillo de compromiso con un pequeño diamante engarzado.

—Rose Annalie Ridgeway, ¿me harías el grandísimo honor de ser mi esposa?

Sí y mil veces sí.

Capítulo 21

Debemos empezar el año sin asuntos pendientes que nos impidan entrar en 1855 con buen pie. Si aman, díganlo. Saben que no puedo resistirme a las bodas que llegan por sorpresa y todavía quedan cuatro días para que termine el año.

De la columna de *The Golden Swan*,
27 de diciembre de 1854.

Le había dicho que sí.

Rose lo había mirado con esos enormes ojos castaños que lo traían loco y había sonreído feliz cuando el anillo se había deslizado por su dedo a la perfección.

Estaban prometidos. La mujer más maravillosa que había conocido iba a ser su esposa, porque lo había elegido a él para pasar el resto de su vida.

Cuán afortunado era.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, y se dio cuenta de que se había quedado embobado mirándola.

Él no podía hablar, así que la besó de nuevo, intentando que entendiera sin palabras lo que sentía. Que se pasaría el resto de su vida tratando de hacerla feliz cada día. Ella le devolvió el beso y pronto estuvieron enredados en una maraña de besos, caricias, y ropa que sobraba.

Simon le subió la mano por la pierna, levantando la falda a su paso, pero las gruesas medias le impedían tocarla como le hubiese gustado. Odió todas las capas de ropa que debían usar las mujeres; quería sentir su piel sin ningún tipo de restricción.

—Mariposa —le dijo sujetando los botones delanteros de su vestido—. ¿Puedo...?

Ella no dudó en asentir y Simon, envalentonado, volvió a besarla sin descanso, tirando del vestido sin ningún tipo de comedimiento. Si se rompía, le compraría diez más como ese. Todo lo que pidiera. Pondría el mundo a sus pies.

El vestido cayó, y para entonces Simon estaba a punto de explotar. Le mordió el cuello antes de avanzar hasta su siguiente objetivo: las cuerdas del corsé, a las que tuvo que dedicarles más tiempo. Simon maldijo a las modistas con todas sus fuerzas por hacer entramados tan complicados.

—Déjame a mí —le dijo ella, abriendo el corsé con mucha más soltura. Simon se dio cuenta de que le temblaban las manos y trató de serenarse.

Su experiencia con mujeres no era demasiado amplia, pero sabía lo que tenía que hacer para complacerla y ella lo averiguaría pronto. Ambos se descubrirían el uno al otro; tenían toda la vida por delante para ello.

Y ese momento era solo el principio.

Cuando el corsé cayó junto al vestido, Simon se alejó un par de pasos para observarla. Rose se sonrojó ante el escrutinio, pero no trató de taparse, lo que demostraba que estaba cómoda a su lado. Eso lo tranquilizó, pues le preocupaba que la paz, la seguridad, que se daban el uno al otro como amigos desapareciese al ir más allá. Pero nada más lejos de la realidad.

Quería adorar cada centímetro de ella.

Le desató las enaguas y se las quitó con cuidado, dejándola solo en camión y medias. Le acarició los brazos y notó que se le ponía la piel de gallina.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Rose negó con la cabeza y sonrió.

—Me temo que tus caricias ejercen demasiado efecto sobre mí.

Su sinceridad lo abrumó y tuvo que contenerse para no caer a sus pies y demostrarle que era todo lo contrario: ella era la que terminaba con todas sus defensas con solo sonreírle.

La besó de nuevo y ella tiró de su chaqueta con fuerza. Simon captó el mensaje y se deshizo de la prenda, seguida del chaleco y la camisa. Rose le acarició el pecho desnudo con suavidad y Simon se estremeció. Ella sonrió, orgullosa.

—¿Quién tiene efecto en quién? —preguntó él antes de agacharse para quitarle las medias.

Despacio, tomándose su tiempo, Simon deslizó la suave tela a lo largo de sus piernas, repartiendo besos conforme la piel quedaba al descubierto. Ella lo agarró del pelo cuando Simon terminó de acariciarla. La miró y se dio cuenta de que la excitación comenzaba a apoderarse de ella.

—No sabes lo mucho que deseaba esto, Mariposa —confesó con cierta vergüenza—. He soñado contigo más veces de las que puedo contar.

Rose hizo que se alzara hasta quedar a su altura.

—No eres el único —respondió—. Llevo años enamorada de ti.

Lo besó con fiereza, y el resto de las prendas acabaron en el suelo. Ambos cayeron en la cama, compartiendo caricias, mordiscos y besos. Simon se tomó un momento para mirarla y contuvo un suspiro; era preciosa. Tanto como siempre había imaginado que sería.

Rose lo miraba con la misma reverencia que él y alargó la mano para acariciar su miembro, curiosa. Simon sintió un ramalazo de placer y no pudo evitar besarla hasta que casi olvidó cómo se llamaba. Cuando consiguió separarse un poco de ella, la miró a los ojos y le sonrió.

—Nadie te ha explicado esto, ¿verdad?

Ella negó lentamente y no le sorprendió. A las damas solo les explicaban en qué consistía compartir cama con un hombre la noche antes de la boda y la mayoría de veces eran instrucciones sin sentido sobre mantenerse quieta sin hacer nada y esperar a que pasara. No negaba que muchos hombres eran unos idiotas, pero darle placer a una mujer era demasiado satisfactorio como para que llegaran a la cama envueltas en la ignorancia.

—Se oyen cosas, pero... —Hizo una pausa, mordiéndose el labio, y él no pudo resistirse a besarla de nuevo—. Nadie da detalles.

Simon contuvo una sonrisa. En ese momento, no había otra cosa en el mundo que deseara más que darle tantos detalles como quisiera.

—Tendrías que haberme preguntado. —Le dio un pequeño mordisco en el cuello que la hizo jadear y él sonrió contra su piel—. Iremos al ritmo que necesites, Mariposa.

—No podía preguntarte si quería evitar pensar en ti en ese... contexto —respondió avergonzada—. Me hubiese vuelto loca.

—¿Quieres preguntar ahora?

Ella lo atravesó con la mirada, tan intensa como lo que él mismo sentía.

—Prefiero que me lo enseñes.

Y eso haría.

—Como mandes.

Simon comenzó a bajar por su pecho, besando cada centímetro que encontraba. Mordió y lamió sus pezones, adorando cómo se retorció por el placer. Bajó por su estómago, despacio, alargando la sensación de incertidumbre. Rose cada vez estaba más impaciente por algo que no conocía, pero que se moría por experimentar. Todo su cuerpo gritaba por ello.

Simon la acarició entre las piernas, presionando su clítoris con suavidad y Rose cerró los ojos, asimilando el placer. La satisfacción que sintió al verla arquear la espalda por su causa fue inmensa. Nunca había sentido algo así con nadie; quería hacerla disfrutar toda la vida.

Cuando Simon sustituyó la mano por su boca, Rose gimió en respuesta. Él la sujetó para que no se moviera y siguió con su placentera invasión, estimulándola hasta que su prometida estalló en mil pedazos con un grito que tuvo que ahogar en la almohada.

—Dios mío —la oyó susurrar.

Él le lanzó una sonrisa cargada de intenciones.

—¿Quieres que siga?

Ella asintió con la cabeza de inmediato y Simon ensanchó la sonrisa.

—Bien porque quiero volver a ver tu cara cuando llegues al orgasmo de nuevo —respondió antes de volver al ataque.



Rose ya entendía las miradas cómplices que compartían las mujeres casadas cuando hablaban de sus deberes maritales. Viendo a Simon entre sus piernas, más que un deber, el sexo debería considerarse una obligación. Cerró los ojos con fuerza, y se mordió el labio para no gritar cuando el placer llegó a su punto álgido.

Simon le besó los párpados, y Rose le dedicó una sonrisa mientras esperaba a que su corazón recuperase su ritmo normal. Lo escuchó reír y abrió los ojos.

—¿De qué te ríes? —preguntó frunciendo el ceño.

—Te veo cansada —se burló con cariño.

Rose le sacó la lengua en respuesta.

—Por supuesto que no. —Se puso seria—. Esto no es todo, ¿verdad?

Él rio de nuevo.

—Ni por asomo, Mariposa. —Simon la besó y ella se lo devolvió con ansia. Cada beso era mejor que el anterior—. Y estoy deseando mostrarte más.

Rose le acarició la entrepierna, dejando clara su petición. Y por la mirada que Simon le lanzó, él también lo estaba deseando.

—Mariposa —susurró contra su rostro—, no...

—Sé que dolerá. —No era del todo ignorante a lo que le pasaba a una mujer la primera vez que estaba con un hombre—. Pero quiero hacerlo. Te deseo.

Simon respiró hondo, como si fuera a enfrentarse a lo más difícil que hubiese hecho nunca. Cuando entró en ella, despacio y con dificultad, Rose sintió incomodidad, pero él le acarició el clítoris hasta que pudo penetrarla mejor. El agudo pinchazo duró unos segundos, pero una vez se hubo acostumbrado a la invasión, todo fue más soportable. Miró a Simon, que estaba tenso como

el arco de su violín.

—Estoy bien —le prometió para tranquilizarlo—. Pero creo que me gusta más lo otro.

Simon rio y ella sintió el movimiento por todo su cuerpo. Ambos jadearon.

—Las próximas veces será mucho mejor —aseguró y la promesa de un futuro que iba intrínseca en sus palabras la llenó de calidez—. Pero esta no tiene por qué ser mala del todo.

Comenzó a moverse en su interior y las sensaciones que la recorrieron se hicieron más fuertes. Pero ya no eran incómodas, ni dolían, sino que el placer fue en aumento y verlo disfrutar a él lo mejoraba aún más. Por instinto, Rose movió las caderas ante cada embestida, acompasándose al ritmo de él, como cuando tocaban música juntos e iban recorriendo el mismo compás. Pronto se le hizo insoportable continuar.

—Simon... —gimió antes de dejarse llevar de nuevo.

—Eres preciosa —susurró él, aunque tan bajito que pensó que lo había imaginado.

Él fue bajando el ritmo hasta detenerse y le dio un beso en los labios.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

Rose se tomó unos segundos para responder. Sentía ardor entre las piernas, pero era soportable. Por lo demás, se encontraba de maravilla y así se lo hizo saber. Él sonrió, aliviado y salió despacio de su interior. La abrazó con fuerza y ella se recostó en su pecho, escuchando el retumbar de su corazón.

Deseó quedarse allí para siempre.

Capítulo 22

No saben lo mucho que me gusta terminar el año dando buenas noticias. Y es que cuando leí la sección de anuncios de *The Times* y vi que se anunciaba un compromiso que esperaba con ansia desde hacía meses, no pude alegrarme más. Mis más sinceras felicitaciones a *lady* Rosalie Ridgeway y al señor Simon Daventry. Ya era hora de que se diesen cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, ¿no opinan igual? Espero que sean muy felices y que me inviten a la boda.

Y ustedes, queridos lectores, espero que despidan 1854 de la mejor manera posible.

De la columna de *The Golden Swan*,
31 de diciembre de 1854.

El último día del año amaneció gris. No nevaba desde hacía un par de días y la nieve comenzaba a derretirse y formar una capa sucia en el suelo al mezclarse con la tierra. Pero lo más importante era que, por una vez, en la casa de campo Daventry se había producido un milagro que ni siquiera había logrado el espíritu navideño: todos habían bajado a desayunar a la misma hora.

Mientras las chimeneas de la casa se limpiaban a fondo para eliminar todo lo malo que hubiera sucedido durante el año, la marquesa viuda miraba a sus hijos por encima de la taza de té, como si los hubiesen cambiado por otros más puntuales y disciplinados. Rose contuvo la risa al verla tan sorprendida.

—¿Qué es tan gracioso? —Simon, sentado frente a ella, comía huevos revueltos como si no fuese a comerlos más. Le guiñó un ojo antes de tragarse otro bocado y Rose se esforzó por no sonrojarse.

Llevaban tres días durmiendo juntos, gracias a la discreción de Amelia, quien, bendita fuera, se encargaba de que el servicio no se encontrase a Simon entrando en su habitación. Y más importante aún: su familia. Por muy prometidos que estuvieran, todavía no se habían casado y debían comportarse.

Pero le resultaba muy difícil estar lejos de él y más sin su madre allí para vigilarla. Era una sensación de libertad que nunca había imaginado experimentar.

Sus padres habían cumplido y se marcharon en el plazo de tiempo que les había dado *lady* Olivia. Por un lado se sentía aliviada, pero por otro le dolía que no hubiesen cambiado de parecer y estuvieran con ella en un momento que la hacía tan feliz. Le daba igual el dinero; era su familia de sangre y no estaban acompañándola por culpa de frivolidades y apariencias.

Debería odiarlos, pero no podía.

—Tu madre no acaba de creerse que estamos todos aquí con ella —respondió Rose antes de comerse un pedazo de bacón.

—Es que es como ver un animal mitológico —intervino Sophie, sentada a la derecha de la joven.

Frente a Sophie se sentaba Gwen, que era la única que no estaba dando buena cuenta de su

plato. Y eso era lo más extraño de todo.

—No tengo hambre —respondió cuando Simon le preguntó.

—Eso sí es inaudito —se burló Sophie—. Creía que tú siempre tenías hambre.

Gwen se limitó a sacarle la lengua antes de ponerse en pie. Los caballeros, por protocolo, hicieron lo mismo. Incluso en el ámbito privado, las reglas estaban demasiado arraigadas como para obviarlas.

—Con permiso, madre —Toda la mesa la observó excepto Leo, que siguió comiendo como si nada pasara—. Voy a ir a dar un paseo.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Rose apurando su té—. Me gustaría estirar un poco las piernas.

—¡No os alejéis mucho de la casa! Todavía no han encontrado a ese malnacido —advirtió *lady* Olivia.

—¿Qué mosca le ha picado? —Escuchó que preguntaba Sophie cuando Rose cerraba la puerta del comedor. Gwen ya iba unos pasos por delante y tiró de la campanilla para pedir las capas.

Rose también se lo preguntaba, pues no era la Gwen de siempre. No obstante, quería esperar a que ella hablase; la pelirroja era una persona a la que era mejor no presionar o todo sería peor.

Cuando les trajeron las capas, salieron rumbo al bosque, por el camino que conducía a las casas de los arrendatarios del marquesado.

Durante unos minutos no dijeron nada. Gwen caminaba con rapidez, pisando fuerte, y su mirada era seria. Rose le siguió el ritmo como pudo, pero al final tuvo que pedirle que se detuviera.

Ella no le hizo el menor caso.

—No estamos lejos —se limitó a decir.

Rose suspiró y deseó que lo que fuera que afligiese a Gwen tuviera solución. No estaba en su naturaleza amar el senderismo.



—*Milord*, tiene visita. —El mayordomo de la familia entró en la sala de desayuno poco después de que Rose y Gwen se marcharan—. Es el inspector Otterbourne. Le he dicho que esperara, pero insiste en verlo.

Las conversaciones volvieron a cortarse de golpe, pero esa vez la tensión podía palpase en el aire.

—Hazlo pasar —dijo Gabriel, poniéndose en pie.

Belle y su madre intercambiaron una mirada preocupada antes de ponerse la máscara de anfitriona y sonreír. Cuando Nicholas Otterbourne entró, todos lo miraron como si la mismísima reina acabara de cruzar la puerta.

—Buenos días —saludó—. Siento venir de improviso, pero no tuve tiempo de mandar un aviso.

Simon pensó que estaba más demacrado que cuando vino por primera vez, por lo que dedujo que no debía de estar durmiendo mucho últimamente.

—Bienvenido, inspector. —Gabriel le estrechó la mano—. Me temo que nos encuentra terminando de desayunar. ¿Nos acompaña?

Otterbourne negó.

—No, gracias. Yo...

—No acepto un no por respuesta, inspector —intervino su madre al mismo tiempo que tocaba la campanilla para pedir que pusieran otro servicio para el recién llegado—. Está usted a punto de desfallecer.

No era el único que había notado que el inspector era como un muerto en vida. Enseguida estuvo sentado, con una taza de té delante y un plato lleno hasta arriba de tocino, huevos, arenques, salchichas y tostadas con mantequilla. Por la poca resistencia que empleó, Otterbourne necesitaba comer con desesperación. Tomó el tenedor y comenzó a comer con verdadera ansia. Se parecía a Gwen cuando le ponían tarta de zanahoria de postre.

Aun así, el inspector comía con unos modales impecables, más propios de la clase alta que de la trabajadora. Simon frunció el ceño, pensativo.

—¿Y a qué debemos su visita? —preguntó Belle cuando consideró que Otterbourne volvía a parecer una persona normal—. ¿Han atrapado a Hemsley?

El inspector dejó el tenedor, como si le avergonzara haber perdido los papeles de esa manera, pero Simon dedujo que lo que en realidad deseaba era limpiar el plato y repetir.

—Me temo que traigo malas noticias —dijo con voz lúgubre—. Se ha visto a Hemsley en una posada de Langford. Intentó matar a *lady* Alyce Vane, pero huyó después de saltar por la ventana del primer piso y robar una de las monturas del establo.

Las exclamaciones de horror y sorpresa no se hicieron esperar. Rhys enseguida saltó de su asiento.

—¿Kade está bien?

El inspector asintió y Rhys respiró aliviado. Simon no daba crédito. ¿Qué tenía que ver el medio hermano de Rhys en todo aquello?

—¿Y *lady* Alyce? ¿Qué hacía en Langford? —preguntó Belle.

—Langford está a pocas horas de aquí a caballo —comentó Sophie, mirando a Gabriel.

Simon se fijó en Mike, que apretaba los puños con fuerza.

—No llegamos a ir a Langford el otro día, durante la búsqueda —lo dijo como si se reprochara no haber recorrido más kilómetros buscando a Hemsley.

Gabriel se giró hacia el inspector.

—Cuéntenos qué ha pasado.

Otterbourne les explicó cómo había seguido a Alyce desde que salió de viaje rumbo a Escocia y trató de forzarla después de que su acompañante y guardaespaldas bajara la guardia. Rhys admitió haberle pedido a su hermano que ayudara a Alyce a cruzar la frontera con Escocia para paliar los efectos de su ruina. Todos lo miraron asombrados, pues el abogado no hablaba mucho de sus raíces escocesas.

—Creía que tu hermano no salía de las Tierras Altas —comentó Simon.

Rhys se encogió de hombros.

—Tenía asuntos que hacer en Londres —dijo de forma escueta, y Simon no quiso insistir. Ya hablarían cuando estuviesen a solas.

—¿O sea que ese tipo escapó antes de que llegase Scotland Yard? —preguntó Leo, reconduciendo la conversación—. ¿Y dónde está ahora?

Otterbourne asintió a regañadientes, como si le costara horrores admitir que se les había escapado delante de las narices.

—El rastro nos ha traído hasta sus tierras.

—No conseguirá hacerme nada —gruñó Michael—. Que se atreva y lo mataré.

Pero Otterbourne negó con la cabeza.

—*Lady Alyce* me comentó que Hemsley le había dicho que iba a ir en busca de la fuente de todos sus problemas; aquella que se lo había robado todo. —El inspector hizo una pausa—. Creo que se trata de...

A Simon se le paró el corazón al imaginar qué iba a decir.

—Rose —dijo, y los miró a todos angustiados—. Va a por Rose.

Todos se miraron. Ella había heredado el dinero sujeto al título, el que le hubiese correspondido a Hemsley por herencia. Y todo el mundo sabía que el fugitivo tenía problemas de dinero y muchas deudas. Aquello lo hubiese solucionado, pero Rose era la heredera. En la mente enferma de Hemsley, ella tenía la culpa de todo.

Se habían centrado tanto en Mike que no se les había ocurrido pensar en que atacaría a Rose.

—¿Está aquí todavía? —preguntó Otterbourne.

Se le cayó el alma a los pies. Si Hemsley conseguía burlar la vigilancia...

—Ha salido con nuestra hermana a pasear.

Otterbourne palideció y se levantó como un resorte.

—Tenemos que encontrarla.



Gwen la llevó hasta un claro dentro del bosque. A lo lejos se veía una pequeña casa de madera que parecía llevar allí muchos años. Estaba rodeada por un pinar y una pequeña valla de color claro rodeaba la parcela.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rosalie.

—En una casa que pertenecía a una familia de antiguos arrendatarios del marquesado que se marcharon a trabajar a las fábricas —respondió Gwen—. La encontré por casualidad y, como nadie la reclamó, la convertí en un sitio al que venir a pensar sin que mi familia me atosigue. También vengo a pintar de vez en cuando.

—¿Vienes aquí en secreto? —Conforme se iban acercando por el camino de entrada, Rose vio que la casita estaba en bastante buen estado.

Gwen rio.

—No sé puede tener ningún secreto cuando eres la pequeña de cinco hermanos —respondió con tono irónico—. Pero no me importa mientras lo respeten. Además, me ayudaron a remodelarla y arreglarla. Hasta mi madre lo sabe.

Una vez más, los Daventry demostraban la unión y la comprensión de la que carecía su propia familia.

—¿Y sobre qué tienes que pensar hoy?

Gwen suspiró y se detuvo frente a la valla de madera.

—Hoy madre me ha dicho que debutaré la próxima temporada y ya ha empezado conmigo la cruzada que también tiene con mis hermanos. No para de decir que tome tu ejemplo y encuentre a un hombre bueno que me quiera y que me cuide; es una verdadera pesadilla. —Gwen puso los ojos en blanco ante la mirada compungida de Rose—. No me malinterpretes, me encanta que te cases con mi hermano. Ya era hora de que os dieseis cuenta de que estáis hechos el uno para el

otro.

Rose se sonrojó y trató de reconducir la conversación para alejarla de ella.

—¿Pero? —preguntó.

—Pero no quiero un hombre que me quiera y me cuide —respondió enfadada—. No quiero debutar para convertirme en una res en el mercado matrimonial. Quiero cuidarme sola y que ese hombre que se supone que aparecerá en mi camino me respete por ello. Mi padre nunca trató de imponernos nada y, si me caso, no permitiré que me domestiquen.

Rose la miró sorprendida por su alegato. Las mujeres nacían para casarse, tener hijos y llevar una casa; esa era su razón de ser. La idea quedaba tan arraigada en sus mentes que ni se les ocurría discutir sobre ello. Simplemente era el camino que seguían en la vida: salir del ala del padre para entrar en la del marido. Con suerte, la mujer encontraba a alguien que la amara y no acababa encerrada en un matrimonio de conveniencia que le hacía infeliz toda su vida. No tenían propiedades, todo era parte de la compra matrimonial.

Estaban cuidadas, sí, pero en una jaula de oro. Y eso en el mejor de los casos. Rose había escuchado cosas que no se decían en voz alta por miedo a romper la fachada de moralidad que se había formado alrededor de la aristocracia, pero muchas mujeres preferirían seguir solteras a haberse casado. Pero se les tenía dicho que lo que pasaba en una casa se quedaba bajo su techo.

Entendía lo que Gwen quería decir, igual que también sabía que muchos y muchas la tomarían por loca por decir aquellas cosas. Pero le parecía muy valiente.

—Sé lo que piensas —dijo Gwen como si adivinase por dónde marchaban sus pensamientos—. Pensar que una mujer pueda llevar las riendas de su vida es de chiste, pero no pienso conformarme.

Sin esperar respuesta, la joven pelirroja abrió la puerta sin dudar y se giró cuándo vio que Rose no la seguía.

—¿Vienes? —preguntó antes de entrar.

Conformarse era lo que hacían, ¿cierto?

Seguía pensando en ello cuando entró distraída tras Gwen en la pequeña casita y, antes de que pudiera darse cuenta, sintió un fuerte golpe en la nuca y todo se volvió negro.



Lo primero que Rose pensó al despertar es que sufría un terrible dolor de cabeza que no recordaba cómo había empezado. Lo segundo fue que la silla en la que estaba sentada era verdaderamente incómoda. Tendría que pedirle a su madre que las cambiaran antes de que todos sufrieran dolores de espalda continuos. Lo tercero era que aquello no encajaba; no estaba en Blackmore House.

Con dificultad, trató de abrir los ojos poco a poco, aunque la luz la molestaba. Cuando por fin pudo enfocarlos, vio a Gwen inconsciente frente a ella, atada de pies y manos a una silla. El pelo le caía suelto alrededor de su rostro, por lo que no podía ver si estaba bien.

Asustada, Rose trató de mover manos y pies, pero no le fue posible hacerlo más de unos milímetros. Se dio cuenta de que las ataduras eran fuertes, pero no estaban del todo apretadas. Quien las había atado no sabía demasiado bien lo que hacía, por lo que intentó mover las muñecas para liberarse, aunque no le resultaría fácil.

—Es inútil, pequeña Rosalie. —Una voz a su espalda le puso los pelos de punta—. No podrás desatarte.

Maldijo en voz baja.

—H-hemsley —dijo, tratando de contener su ansiedad.

El hombre apareció en su rango de visión, pero le costó mucho reconocer en él al Hemsley que la había molestado en el baile de Lily Manor. El pelo despeinado y sucio, junto con la barba de varios días, le hacían casi irreconocible. Solo los ojos, llenos de odio y antipatía, seguían igual. Su atuendo estaba ajado y roto, aunque no parecían ser ropas de noble. Quizá se las había robado a algún pobre granjero. Lo único que todavía conservaba era aquel horrible anillo que portaba la noche del asesinato. Su rostro debía de reflejar espanto al mirarlo, porque Hemsley rio amargamente.

—Sí, esto es lo que me habéis hecho la puta de Alyce y tú —manifestó con rabia—. Yo hubiese sido un marqués rico si no hubiese sido por ti.

Escupió la última palabra con verdadero asco, señalándola.

—Ya he oído que te casas —rio sardónico—. Por fin alguien ha apreciado lo rico que será contigo, ¿verdad?

Rose se obligó a no responder al ataque y miró a Gwen, preocupada. Hemsley siguió su mirada y tocó la cabeza de la pequeña Daventry.

—Me he pasado un poco golpeando a esta —dijo, y cuando apartó la mano tenía sangre en las yemas de sus dedos. A Rose le dio un vuelco el corazón—. Pero deberías preocuparte por ti misma.

—¿Q-qué pret-tendes? —preguntó como pudo.

—M-míram-me. Soy idiiooooot-ta —se burló él, imitándola—. Es increíble que no te hayan metido en un convento para que nadie tenga que escucharte hablar como una retrasada.

Rose respiró hondo, tratando de no sentirse aludida; no le daría ese gusto. De repente, a espaldas de Hemsley, vio que Gwen levantaba la cabeza con dificultad y, a través de la cortina de cabello pelirrojo, le decía sin emitir ningún sonido: «sigue hablando». La vio removerse, doblando los brazos en ángulos imposibles, y rápidamente buscó algo que decirle.

—Te cogerán y te ahorcarán por el asesinato de la condesa —dijo todo lo fuerte que pudo—. Ahora mismo nos estarán buscando. Los Daventry no te dejarán hacernos daño.

—Quizá yo vaya a la horca —respondió encogiéndose de hombros. Su mirada estaba enloquecida y Rose sabía que sería capaz de cualquier cosa. Y cuando sacó una pistola de su pantalón y apuntó a su pecho, su corazón se saltó un latido—. Pero primero te enviaré al infierno. A ti y a la Daventry.

Gwen comenzó a sacudir la cabeza como si se hubiese vuelto loca, pero Rose no iba a fallarle aunque no tuviera idea de lo que estaba pensando hacer. Miró el cañón de la pistola, pensando en lo rápido que había cambiado sus métodos de asesinato. Desesperada y tratando de que no se le notara lo aterrada que estaba, siguió hablando con una claridad que no hubiese esperado de ella en semejante situación. Quizá era la adrenalina.

—¿Has pasado de envenenar a disparar? —preguntó con todo el desdén que pudo reunir—. ¿Y cómo lo hiciste, por cierto? Nadie te vio echar el veneno.

Hemsley señaló su horrible anillo con suficiencia y ella comprendió.

—El anillo tiene un compartimento.

Era una jugada muy inteligente. Hemsley solo tuvo que abrir el anillo y echar el veneno fingiendo que chocaba con Michael. Nadie vería nada ni dejaría rastro alguno.

—Da el pego, ¿verdad? —El hombre le leyó la mente—. Lástima que errase mi objetivo.

Rose tragó saliva antes de seguir hablando.

—Intentaste matar a Michael —dijo despacio—. Gwen no te ha hecho nada. Suéltala.

Hemsley volvió a encogerse de hombros.

—Tanto me da un Daventry que otro —respondió. Rose vio de reojo que Gwen se libraba de las ataduras de las manos y comenzaba a desatarse los pies. Se preguntó si sus manos pequeñas de pintora habrían acelerado el proceso. Volvió a mirar a su agresor para no dirigir la atención hacia su amiga—. Michael solo era un obstáculo para llegar a Alyce, pero ella ya no me interesa.

—Así que solo quieres vengarte de mí por lo que crees que te he hecho —musitó ella—. Yo no decidí tener la herencia. De hecho, ya no la tengo. Llegas tarde.

Aquello sí captó la atención de Hemsley. Rose, a punto de llorar, trató de mantener el tipo mientras Gwen seguía peleando con las cuerdas que ataban sus tobillos a la silla.

—¿Qué quieres decir?

Su voz era fría, pero tenía un matiz de interés que quiso aprovechar. Se le ocurrió una idea.

—Como no me caso con quien mis padres han elegido, me han desheredado —explicó en tono neutro—. Ahora la herencia irá a parar a quien sabe Dios, porque si me matas serás un asesino que irá a la horca sin posibilidad de salvación.

Hemsley se quedó quieto. La pistola bajó un par de centímetros, por lo que Rose siguió hablando sin vacilar.

—Piénsalo, nadie te vio meter el veneno en la copa. Es tu palabra contra la de Alyce, que ahora está deshonrada y huida. ¿A quién crees que creería la gente? Ella es una mujer caída y tú un hombre de buena posición —Vio que la idea calaba en su mente, por lo que siguió por ese camino—. Si montas una buena defensa, pueden absolverte por el asesinato de la condesa. Pero si nos matas...

Gwen por fin liberó los pies y se puso en pie despacio, colocándose a espaldas de Hemsley. Llevaba algo en la mano que no pudo ver, pero se alegró muchísimo de verla libre. Quizá consiguiera escapar y pedir ayuda. Al menos ella se salvaría.

—Si te absuelven tendrás el marquesado Blackmore para ti solo, junto con todas sus propiedades —concluyó, añadiendo un matiz de pena a su voz para que no sospechara—. Solo tienes que soltarnos y volver como un hombre inocente que huyó porque no quería ir a la cárcel. Algo totalmente comprensible, por supuesto.

Quizá fuera el hambre, la sed o todos aquellos días sin comodidades, pero Hemsley reflexionó sobre lo que acababa de escuchar y pareció creer en sus palabras. Despacio, bajó la pistola un poco más, pero Rose no se atrevió a respirar demasiado hondo. No se atrevió a moverse ni un milímetro.

—Eso que dices es... cierto —dijo girándose.

Pero antes de que pudiese mirar a su espalda, Gwen saltó hacia él, clavándole un objeto largo y afilado en el hombro, dónde la articulación se une con el cuello. Hemsley gritó de dolor y dejó caer la pistola, por lo que la joven pelirroja aprovechó para cogerla y dispararle en la pierna derecha sin dudar. Rose se asombró por la enorme precisión con la que clavó la bala. El hombre cayó al suelo sin dejar de gritar, y Gwen le apuntó de nuevo, dispuesta a disparar otra vez.

—Como intentes moverte, la siguiente irá en la frente.

Se había rasgado el vestido e iba despeinada, pero en ese momento Gwendolyn Daventry estaba más bella que nunca. Rose miró el objeto que Hemsley trataba de sacarse del hombro y ahogó una exclamación cuando vio que era una aguja para sujetar los sombreros al pelo.

—Siempre he dicho que eran instrumentos de tortura —aseguró Gwen con media sonrisa—. ¿No estás de acuerdo, Rosalie?

En ese momento, la puerta de la cabaña se abrió y un alterado Nicholas Otterbourne entró pistola en mano, apuntando a diestro y siniestro. Cuando vio a Gwen de pie, apuntando a un Hemsley derrotado, se le descolgó la mandíbula. Rose casi rio ante la cómica situación, pues seguramente nadie lo había descolocado tanto como aquella mujer de apenas diecisiete años.

Gwen lo miró con tranquilidad.

—Llega tarde, inspector —le dijo sin más, con una pequeña sonrisa en el rostro—. Ya puede detenerlo. ¿O quiere que lo haga yo por usted?

Capítulo 23

Me complace anunciarles que Scotland Yard ha detenido a Benjamin Hemsley. Hace dos días intentó acabar con la vida de *lady* Rosalie Ridgeway y *lady* Gwendolyn Daventry, pero afortunadamente las jóvenes damas se encuentran sanas y salvas y el delincuente ha sido trasladado a la cárcel de Reading.

Aunque sé que muchos esperan que felicite al inspector Nicholas Otterbourne por tan encomiable labor, él no es el verdadero héroe de la historia y estoy segura de que me perdonará si no le doy crédito alguno más que el de colocarle las esposas a nuestro odiado asesino. Deberían agradecer a *lady* Gwendolyn el haber reducido a su agresor de forma espléndida. Es una suerte que su fallecido padre decidiese enseñarla a disparar con puntería envidiable y que ella fuera tan magnífica alumna.

De la columna de *The Golden Swan*,
2 de enero de 1855.

La vuelta a Londres fue atareada para los Daventry. Gracias a *The Golden Swan*, que solo Dios sabía cómo averiguaba todo tan rápido, toda la sociedad quería conocer de primera mano la historia de la detención de Benjamin Hemsley. Las invitaciones a eventos, tanto públicos como privados, eran tales que hasta *lady* Olivia comenzó a agobiarse. La gente había dejado atrás el asesinato de la condesa de Lynch como quien olvida una cita con el dentista y, con el asesino entre rejas, los Daventry habían recuperado su buena fama sin sufrir ninguna secuela. Incluso los más escépticos, que no creían la versión de *The Golden Swan*, poniendo a Gwen como heroína, no querían perderse unos minutos en compañía de los Daventry.

Así que, cuando *lady* Olivia anunció que celebrarían en Satherton House el baile de máscaras que deberían haber celebrado la noche de Fin de Año, Rose pensó que se había vuelto loca.

—Es la mejor forma de que la gente se calme —les había explicado a sus escépticos y nada dispuestos oyentes—. Y una ocasión fabulosa para anunciar de forma oficial el compromiso de Simon y Rosalie.

Así que allí estaba, con Amelia, ajustándole la máscara plateada al recogido para que no se le moviese al bailar. Sonrió a su doncella, feliz de tenerla. Amelia había decidido quedarse con ella cuando sus padres se marcharon de Lily Manor, y Rose por poco lloró cuando la vio en su dormitorio, ordenando su ropa como si nada hubiese pasado.

Fijó la vista en su anillo de compromiso y respiró hondo. Después de todo lo que había pasado, bien podría haber perdido el miedo a las multitudes.

—Irá bien, *milady* —la tranquilizó su doncella—. Se casa con el amor de su vida y eso es maravilloso.

—Lo sé —dijo con una pequeña sonrisa que enseguida se esfumó—. Pero han pasado muchas cosas: Hemsley, mis padres...

Ni siquiera habían intentado saber si estaba bien, e imaginaba que se habrían enterado de todo

por *The Golden Swan*, así que el pensar que no tenían ni idea era un argumento poco convincente incluso para engañarse a sí misma.

—Olvídelo todo y disfrute de la fiesta —Amelia rebatió sus preocupaciones—. Se lo merece.

Tenía razón. Aquel era su baile de compromiso; debería estar exultante. Compuso una sonrisa convincente y se alisó las faldas color plateado antes de girarse hacia su doncella. Por una vez, el corsé estaba atado a la medida adecuada, sin que nadie intentase estrecharlo.

—¿Qué tal estoy?

Amelia le devolvió la sonrisa.

—Preciosa, *milady*.

Cuando bajó al vestíbulo, la mayoría de los Daventry ya estaban allí, esperando. Le extrañó no ver a Simon; supuso que se le habría hecho tarde.

—Quedan diez minutos para que los invitados empiecen a llegar —anunció Belle, nerviosa. La joven ya no debía asistir a los eventos hasta después de dar a luz, pero los Daventry eran a menudo la excepción a la regla—. Preparaos.

Leo apareció de repente, en su línea de puntualidad. El americano enseguida alabó el aspecto de Rose, que rio al fijarse en él.

—Tienes la máscara puesta al revés —le dijo y lo ayudó a colocársela correctamente—. Suerte que los hombres no debéis sujetárosela con el peinado.

—Probablemente se me olvidaría peinar me la mayor parte del tiempo —respondió divertido. Miró a su alrededor antes de volver a dirigirse a ella—. ¿Has visto a Simon?

—Pues... —comenzó ella.

El sonido de la puerta la distrajo. Miraron hacia allí extrañados, pues la puntualidad inglesa no permitía salirse del horario impuesto en la invitación.

—Todavía no es la hora. —La mirada de Olivia era desconcertada, pero enseguida se recobró—. Todos a sus puestos.

Los Daventry presentes se pusieron en fila para recibir a los primeros invitados. El mayordomo ordenó a los lacayos abrir la enorme puerta doble y la sorpresa de Rose fue mayúscula cuando vio en el umbral a alguien que no esperaba.

Su padre.

El marqués de Blackmore saludó con una inclinación de cabeza a los anfitriones, que parecían estatuas de sal. Miró entonces a su hija, todavía al pie de la escalera, y le lanzó una mirada arrepentida.

—¿Puedo hablar un momento contigo? Por favor —pidió.

Rose tragó saliva, pero él ya no era el marqués hostil que había visto por última vez en Lily Manor. También le llamó la atención que su madre no estuviese allí, y quizá fue eso lo que la convenció para aceptar.

—Está bien —respondió.

Su padre suspiró aliviado y Gabriel dio un paso adelante. Rose pensó que iba a echarlo de allí, pero nada más lejos de la realidad:

—Podéis usar mi despacho —ofreció.

Agradecida, Rosalie guio a su padre hasta allí y trató de calmar sus nervios. Desde el secuestro llevaba unos días asustadiza e intranquila; dormía mal y tenía pesadillas. Aquella fiesta era lo último que necesitaba, aunque quizá le serviría para distraerse. Creía haberlo conseguido hasta

hacía unos minutos, pero ver a su padre la había alterado de nuevo; no esperaba que viniera. Ni siquiera había protestado cuando *lady* Olivia se había negado en rotundo a enviarles una invitación al baile, a pesar de que era Simon quién se lo pedía. Ellos se lo habían ganado a pulso y ahora recogían lo que habían sembrado.

Así que no podía imaginar el motivo de la visita de su padre.

Y mucho menos que lo primero que saliese de él fuera una disculpa.

—Lo siento mucho, Rosalie —comenzó realmente afectado—. Mi comportamiento ha sido inexcusable. Traté de casarte con alguien a quien no querías con tal de dejar mi patrimonio en buenas manos, y no pensé en tu felicidad. Fui un egoísta y te pido perdón.

Rose se quedó en silencio durante un rato, asimilando lo que acababa de escuchar. Su padre hizo un alarde de paciencia infinita al esperar su reacción sin mover un músculo.

—¿Por qué vienes a decirme esto ahora? —preguntó al fin.

—Porque eres mi niña y no quiero perderte. —Su padre le tomó las manos con fuerza—. Cuando me enteré de lo que ese malnacido estuvo a punto de hacerte sentí verdadero terror. Lo hubiese matado con mis propias manos si hubiese llegado a hacerte algo.

Rose cerró los ojos, tratando de no llorar.

—¿Y madre?

Su padre no respondió, pero no hizo falta. Su madre nunca daría el brazo a torcer y ambos lo sabían. Le dolía, pero no podía, ni quería, gastar energías en una lucha perdida de antemano. No merecía la pena.

Pero sí podía tratar de arreglar la brecha existente entre su padre y ella. Él le había tendido la mano para hacerlo.

—Te perdono.

Su padre por poco rompe a llorar, y Rose se sorprendió. El marqués, siempre estoico, nunca había mostrado debilidad ante ella.

—Muchas gracias, hija mía —susurró—. Sé que no la necesitas, pero tienes mi bendición para casarte con Simon Daventry. Es un buen hombre.

No la necesitaba, pero le llenaba de alegría escuchar esas palabras.

—Y, por supuesto, la herencia sigue en tus manos —manifestó con total seriedad—. No pienso cambiar el testamento.

Rose asintió, abrumada. Había pasado de ni siquiera tener dote a volver a ser la heredera Blackmore. Pero no quería que aquello volviese a ser una piedra que arrastrar. Ahora tenía las fuerzas suficientes para aprovecharlo.

—Padre, me gustaría pedirte un par de favores.



Simon paseaba nervioso a lo largo del salón de baile, atestado de invitados. Había pasado la tarde atosigado por hombres que querían saber qué había pasado en Lily Manor, así que había llegado tarde y maldijo el haber ido al club de caballeros durante un rato. Entonces le informaron de que Rose estaba hablando con su padre en el despacho de Gabriel y, demonios, quería saber qué estaba pasando.

Una vocecilla nada agradable le decía que quizá la estaba convenciendo para que rompiese el

compromiso, así que trató de acallarla observando a los invitados. Todos iban enmascarados, pero la mayoría eran fáciles de reconocer. Vio a Sophie y Gwen hablando animadamente con un grupo de damas y a Gabriel bailando con su madre. Estaba buscando a su cuñada cuando vio a Michael desaparecer hacia las habitaciones del primer piso acompañado de Rhys. Pero no tuvo mucho tiempo de preguntarse adónde iban, porque Leo lo abordó de inmediato.

—A ti te estaba buscando —dijo con una sonrisa—. Me gustaría hablar contigo de un asunto importante.

Aquello llamó la atención de Simon, que olvidó todo lo demás. Aunque no dejó de vigilar de reojo la entrada al salón de baile por si veía a Rosalie.

—Te escucho —respondió.

—He oído que se te dan bien los números —comenzó.

—Sí, eso creo —dijo un desconcertado Simon.

Leo sonrió ampliamente.

—No voy a andarme con rodeos, primo. —Simon pensó que nunca le había visto tan concentrado en algo como en aquella conversación—. Voy a montar un hotel temático y quiero que seas mi administrador.

Simon no sabía qué preguntar primero. ¿Un hotel temático? ¿Él administrador? Leo debió de notar su estupor, porque suavizó el tono.

—No puedo hacer esto solo y mi padre confía en mí. —Respiró hondo, como si le costara mucho admitir aquello—. Olvidaré las cifras, los nombres de los clientes y me encontraré en la ruina a los dos días. Necesito a alguien de confianza que me ayude y que pueda llevar la contabilidad.

—¿Y quieres que sea yo? —farfulló Simon.

Ya no solo era que confesase que tenía un problema de despiste, era que fuera lo suficientemente valiente como para admitirlo y pedir ayuda. Aquel Leo le gustaba muchísimo más que el que había conocido al principio.

—Exacto —asintió de forma enérgica—. Te contaré mi idea en cuanto aceptes mi propuesta. ¿Qué te parece?

No era mala idea. De hecho, lo atraía mucho el empezar un negocio. Unas semanas atrás pensaba en qué podría trabajar para sentirse realizado, pero con todo lo que había pasado, no pudo dedicarle tiempo. Y ahora su primo le hacía una oferta tentadora. Sería duro, incluso en circunstancias normales, pero podía hacerlo; podía ayudar a Leo a montar un hotel de éxito. Y era cierto que se le daban bien los números.

¿Por qué no?

—Está bien. —Simon sonrió—. Cuenta conmigo.

Leo lo abrazó con fuerza, contento, y Simon soltó una carcajada ante tanto ímpetu. Tendría que acostumbrarse a tanta efusividad americana. Le dio unas palmadas torpes en la espalda hasta que Leo se separó de él.

—Muchas gracias, Simon —le dijo con una sinceridad abrumadora—. No sabes lo que significa para mí.

Avergonzado por tal expresión de sentimientos, Simon se rascó la cabeza y trató de cambiar de tema.

—¿Y sabes cómo llamarás al hotel?

Leo soltó una carcajada enorme, como si fuera evidente.

—Daventry's, por supuesto.



Sentada en los jardines, sola, Rose respiró hondo y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que de verdad llegaba aire a sus pulmones. Por fin las cosas iban a mejor.

—¿Puedo acompañarla, bella dama?

Rose sonrió al recién llegado. Tenía tantas cosas que contarle... Cómo había vuelto a cambiar su vida después de una sola conversación.

—Por supuesto, caballero.

Simon se sentó a su lado y estiró las piernas hacia delante. Se quedaron en silencio, un silencio tranquilo y en paz, de los que no incomodaban. Al contrario, le encantaba saber que ambos podían estar en silencio sin necesidad de llenarlo.

Pero también le gustaba saber que podía contarle cualquier cosa.

—Cuando era pequeña, solía correr por el campo y acababa siempre echa un desastre. — Esbozó una pequeña sonrisa al recordar—. Mi madre se aseguró de que dejara de hacerlo; las damas no corren.

Simon no respondió, dejándola desahogarse.

—Hoy le he pedido a mi padre que me deje correr y ha aceptado. —Lo miró de reojo antes de explicarse—. Va a enseñarme a administrar sus propiedades para que pueda seguir su labor el día que las herede. Sé que al casarme contigo todas pasarán a tu nombre, pero...

—Son tuyas —la cortó él—. No hay nadie mejor que tú para administrar las tierras de tu familia. Yo solo seré el que firme los documentos importantes.

Rio y ella se contagió de su risa.

—Bien, porque he convencido a papá para que ceda una de sus propiedades de St. James a mi dote —le explicó contenta—. Y quiero que Leo la utilice para su hotel.

Simon sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Ya sabías de esto?

Rose asintió.

—Yo le dije que te hiciera la propuesta —le explicó—. Sé que quieres trabajar.

Simon le cogió el rostro con las manos y la besó con fuerza.

—¿Eso es que estás de acuerdo? —Rio ella.

—Por supuesto que lo estoy —respondió sonriendo con verdadera alegría.

Sabía que él no se opondría a su idea y que la dejaría volar, como la mariposa que siempre había creído que era. Y ella comenzaba a creer también en ello, a pensar que podía superar obstáculos si se lo proponía. A no conformarse con ser la dama perfecta que su madre quería que fuese.

A ser Rose Annalie Ridgeway sin ningún filtro.

—Eres maravillosa, Rose —Simon la atravesó con esa mirada azul que tanto amaba—. Lo conseguirás.

Ella sonrió.

—Lo conseguiremos. —Se besaron de nuevo y Rose sintió que flotaba—. Te quiero, Simon

Daventry.

—Y yo a ti, Mariposa. —Se levantó como un resorte y le tendió la mano. Ella se la dio sin dudar, incluso cuando le dedicó esa sonrisa pícaro que tanto le gustaba—. Y ahora, ya que tanto te gusta correr... ¿Echamos una carrera hasta las cocinas? Me apetecen unas galletas de chocolate.

Rose rio, aceptando el desafío.

—Te ganaré.

Epílogo

Tierras Altas de Escocia, agosto de 1855

Alyce gritaba con todas sus fuerzas, pero el dolor no se mitigaba. Era como si la partieran en dos una y otra vez sin poder hacer nada por evitarlo. Aun así, poder desahogarse de esa manera era un gran alivio.

—¡Empuja! —gritaba la matrona—. Ya queda poco, niña. No desfallezcas ahora.

La joven apretó los dientes para no responderle de malos modos. No era tan fácil cuando ya llevaba horas en esa cama, tratando de sacar un bebé de su interior. Empapada en sudor y cansada, comenzaba a perder las fuerzas, pero aun así respiró hondo y volvió a empujar, gritando con toda su capacidad pulmonar. Debían de haberla escuchado en Inverness.

—¡Ya se ve! —La matrona, emocionada, la miró—. ¡El último!

Alyce cerró los ojos y utilizó las pocas fuerzas que le quedaban para empujar por última vez. Cayó en la cama, exhausta, y sin poder moverse. Pero, por encima de su estupor, escuchó algo que le llenó el corazón de calidez.

El llanto de un bebé, que se escuchaba con la potencia de una estampida de caballos.

—Es una niña sana. —La matrona estaba radiante mientras envolvía a su bebé en una sábana limpia—. Una preciosa guerrera pelirroja.

Alyce extendió los brazos para cogerla y la matrona se la dio antes de ir a avisar a la señora del castillo de que todo había terminado. La joven miró la pequeña cara de su niña, que dormía plácidamente, y acarició su cabecita, cubierta por una pelusilla rojiza. No pudo evitar romper a llorar.

Después de todo lo que había pasado para llegar hasta allí, el regalo que le daba el cielo era inmenso.

—Bienvenida al mundo, mi preciosa Ariana.

La protegería con su vida. Aprendería a defenderse sola y volvería a Londres con la cabeza alta. Todavía tenía asuntos pendientes que resolver.

Fin

Nota de la autora

No puedo acabar este libro sin hacer una aclaración sobre Leo. Lo que el nuevo Daventry padece es el llamado Trastorno de Déficit de Atención de tipo Inatento. Esto quiere decir que Leo padece los síntomas que encajan con el déficit de atención, pero no padece de hiperactividad. El término TDAH no ha podido ser usado en la novela porque no apareció por primera vez hasta el siglo XX. De esta forma he intentado reflejar una enfermedad muy común de la manera más respetuosa posible.

Agradecimientos

Gracias a mi familia, que siempre me apoya incondicionalmente. Mamá, papá, tata, Sofia... sois maravillosos.

A Albert, mi compañero de vida. Gracias por tu infinita paciencia cuando una historia me absorbe demasiado.

A Lena, que siempre me acompaña en el camino y soporta mis desvelos cuando la trama no evoluciona como quiero. Mil gracias por escucharme siempre.

A Lourdes, por sus extraordinarios consejos sobre música. El violín de Rose suena mucho mejor gracias a ti.

A Lara, que siempre me anima desde la distancia.

A Teresa, mi maravillosa editora, por creer en esta historia incluso antes de que la terminara. Y gracias a todo el equipo de Ediciones Kiwi, por tratar tan bien a los Daventry.

Y a ti, que estás leyendo esto. Sin ti nada sería posible. Gracias por darnos una oportunidad a los Daventry y a mí. Nos vemos pronto.